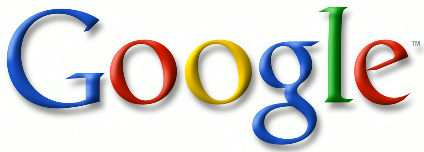
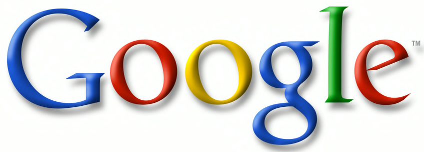





TAYLOR INSTITUTION
DOMINUS ILLUMINATIO MEA



AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

TOMO SEGUNDO.

AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA
ROBADAS A ESPAÑA,

Y ADOPTADAS EN FRANCIA

POR MONSIEUR LE SAGE,

RESTITUIDAS A SU PATRIA

Y A SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL ZELOSO

QUE NO SUFRE SE BURLEN DE SU NACION.

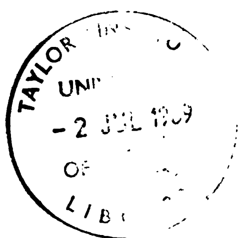
TOMO SEGUNDO.



CON PRIVILEGIO:

EN VALENCIA Y OFICINA DE D. BENITO MONFORT

MDCCLXXXVIII.


TAYLOR
UNI
-2
OF
LIB

AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.
LIBRO QUARTO.
CAPITULO PRIMERO.

No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.

Un tantico de honor y de Religion que conservaba todavía en medio de mis estragadas costumbres me obligó no solo á dexar á Arsenia, sino tambien á romper todo comercio con Laura, á quien sin embargo no podía ménos de amar, aun conociendo que me hacia mil infidelidades. Feliz aquel que sabe aprovecharse de ciertas rafagas de razon que oportunamente vienen á turbar los ilícitos embelesos en que se halla ciegamente enredado. Amaneció, pues, una mañana muy dichosa para mí, en la qual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que casi nada me debia, ni con mi querida Laura, salí de aquella casa, que solo respiraba libertad, desahogo y disolucion. Premióme inmediatamente el cielo esta buena obra. Encontré al mayordomo de mi difunto amo Don Matias, á quien saludé. Conocióme luego, y me preguntó á quien ser-

servia. Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dexarla por salvar mi inocencia. El mayordomo como si de suyo fuera hombre timorato y escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dixo que siendo yo un mozo tan honrado y tan christiano queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, pues en aquel mismo dia me acomodó con Don Vicente Guzman, de cuyo mayordomo era él grande amigo.

No podia entrar en mejor casa; y así nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era Don Vicente un caballero ya anciano, y muy rico, que habia muchos años vivia sin pleytos y sin muger, porque los Médicos le habian privado de la suya, queriéndola curar de una tos que verisimilmente la dexaria vivir mas largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamas en volverse á casar, aplicándose enteramente á la educacion de Aurora, su hija única, que entraba entónces en los veinte y seis años, y era una dama completa. Juntaba á una hermosura poco comun, un entendimiento excelente, y gran instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de hablar, sobre todo de guerras y de batallas. Si por desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego resonaba en su boca la trompe-

ta heroyca, y se tenian por muy afortunados los oyentes si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las tres partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oian con el gusto con que él las relataba. A esto se añadia que era muy prolixo, sobre ser un poco tartamudo, con que sus relaciones se hacian pesadísimas, y verdaderamente intolerables. Por lo demas no era fácil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre igual, nada duro ni caprichoso: cosa verdaderamente rara en hombres tan distinguidos. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y con economía, se trataba muy honradamente. Componiase su familia de varios criados, y de tres mugeres que servian á Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de Don Matias me habia metido en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio y las inclinaciones de todos; arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habiase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de Don Vicente, quando me pareció que su hija me miraba con alguna parcialidad, distinguiéndome entre los demas criados. Siempre que se encontraban sus ojos con los mios observaba, á mi parecer, un cierto agrado

do que no veia en ella quando miraba á los otros. A no haber tratado yo con petimetres y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pudiese pensar en mí: pero me habian abierto los ojos aquellos señores mios, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta calidad. Si hémos de dar crédito á los histriones (me decia yo á mí mismo) tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de las quales saben muy bien aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama no tendrá de estos caprichos? Pero no (añadia prontamente) no puedo persuadirme tal cosa. No es esta señorita una de aquellas Mesalinas, que, olvidadas del noble orgullo que las comunica su nacimiento, se rinden á la indecencia de abatirse hasta el polvo, y se deshonran á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrúpulo de inspirar, ni de sentir ellas mismas una pasion delicada que las ocupa sin peligro.

Este era el juicio que yo hacia de mi ama, bien que dudoso y bacilante, no sabiendo precisamente á que atenerme. Miéntras tanto siempre que me veia no dexaba de sonreirse y de alegrarse: apariencias todas que podian muy bien hacerme consentir en mi fortuna, sin pasar por vano ni por tonto. Y así no hallé mo-

do

do para resistirme á ellas. Consentí, pues, en que Aurora estaba grandemente prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos afortunados criados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme ménos indigno del bien que parecia querer procurarme mi fortuna, comencé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar telas, aguas de olor y pomadas. La primera cosa que hacia por la mañana luego que me levantaba de la cama era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con toda la posible propiedad, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de mi aseo, y con otros medios que aplicaba para dar gusto y hacerme grato, me lisongeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que habia mas de veinte años que servia en casa de Don Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba todavía el título de dueña, aunque ya no exercia aquel empleo. Por el contrario, en lugar de velar sobre las acciones de Aurora, como lo hacia en otro tiempo, ahora solo atendia á encubrirlas y ocultarlas, con lo qual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche, habiendo buscado la dueña la ocasion de hablarme, sin que nadie pudiese oirnos, me dixo en voz baxa

que si era discreto baxase al jardin á media noche, donde oiria cosas que no me disgustarian. Respondíla, apretándola la mano, que sin falta alguna baxaria, y prontamente nos separamos por miedo de ser sorprendidos. Ya no dudé entonces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se me hizo el tiempo hasta la cena, sin embargo de que siempre se cenaba temprano, y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Pareciame que aquella noche todo se hacía en casa con extraordinaria lentitud. Y para que mi rabia fuese mayor, quando Don vicente se retiró á su quarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á contarme por la centésima vez sus campañas, con que tanto nos habia á todos matraqueado. Pero lo que jamas habia hecho, y lo que precisamente reservó para regalarme aquella noche, fue irme nombrando uno por uno todos los Oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas que cada uno habia hecho. No puedo ponderar quanto me costó el reprimir mi cólera y el estarle oyendo hasta que al fin acabó y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al quarto donde estaba la mia, y donde terminaba una escalera secreta que conducia al jardin. Díme un buen baño de pomada por todo el cuerpo; vestíme una camisola limpia bien perfumada; nada omití de quanto me pareció podia contribuir á fomentar el capricho que me habia figurado en mi ama, y fuíme al sitio para donde estaba citado.

No

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que cansada de esperarme se habia buelto á su quarto, perdiendo yo todas mis esperanzas. Eché la culpa á Don Vicente, y quando estaba dando al diablo sus campañas sonó el relox, conté las horas, y hallé que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el relox andaba mal, creyendo imposible que no fuese ya la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un quarto de hora despues volví á contar las diez de otro relox. ¡Bravo! dixe entónces entre mí: todavía me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseémonos, y pensémos en el papel que hago hoy. Es para mí harto nuevo. No estoy acostumbrado á las fantasías de las damas; solamente sé lo que se practica con las comediantas y las mujercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad y franqueza, las dice su atrevido pensamiento sin ceremonia. Pero con las damas se observa otro ritual. Es menester que el galan sea cortés; tierno y comedido, pero no tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna, para lograrla debe esperar un momento favorable.

Así discurria yo, y así me prometia proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendria la dicha de verme á los pies de aquel adorable objeto, y de decirla mil cosas amorosas, pero de manera que el respeto no se quejase de la pasion. Con este fin llamaba á la memo-

mo-

moria varios trozos de las piezas de teatro, que me pareció podian servirme y hacerme mucho honor en nuestra primera visita. Lisonjeábame de que los aplicaria con oportunidad, y esperaba que, á exemplo de algunos comediantes, pasaria por discreto y hombre de espíritu, siendo así que solo era hombre de memoria. Miéntras me ocupaba en estos pensamientos, los quales divertian mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí sonar las once. Alegréme de que solo faltaban sesenta minutos, y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginacion, parte paseándome, y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el centro del jardin. Dió en fin la hora tan deseada, es decir, la media noche. Pocos instantes despues se dexó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero ménos impaciente. Señor Gil Blas, me dixo, ¿quánto há que está Vmd. aquí? Dos horas, la respondí. En verdad, añadió ella riéndose, que es Vmd. muy cumplido, y da gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho mas merece la fortuna que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con Vmd., y le está esperando en su quarto: no tengo otra cosa que decirle; lo demas es razon que lo oiga de su propia boca. Sígame á donde le conduzca. Diciéndo esto me tomó de la mano, y ella misma me introduxo en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.

CAPITULO II.

Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que tuvo con él.

Estaba Aurora medio desnuda, lo que no me desagradó. Saludéla con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fué posible. Recibióme con una cara risueña; hizome sentar junto á sí, y lo que mas me gustó, mandó á la dueña que se retirase á su quarto. Despues de este preludio, volviéndose hácia mí, me dixo: Gil Blas, ya habrás conocido que yo te miro con buenos ojos, y que te distingo entre todos los criados de mi padre; quando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dexará dudarlo este paso que ahora doy.

No la dí tiempo para que dixese mas. Parecióme que como hombre discreto y cortesano debia respetar su pudor, y no dárla lugar á mayor explicacion. Levantéme, y arrojándome á sus pies todo transportado, como un heroe de teatro que se arrodilla delante de su Princesa, exclamé en tono declamatorio: ¡ah, señora! será posible que Gil Blas, juguete hasta aquí de la fortuna, sea tan feliz que haya podido inspiraros sentimientos... Baxa un poco la voz, me interrumpió sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el quarto vecino.

no. Levántate, y escuchame sin interrumpirme. Si, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo y te quiero bien, y en prueba de eso voy á fiarte un secreto, del qual pende la quietud y tranquilidad de mi vida. Sabe que amo á un caballerito mozo, galan, ayroso y de ilustre nacimiento. Llámase D. Luis Pacheco. Le he visto algunas veces en el paseo y en la comedia, pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, como tambien quales sean sus inclinaciones, si virtuosas ó viciosas. En esto quisiera ser instruida con toda exâctitud. Para lo qual necesito de un hombre sagaz y sincero, que, informándose bien de sus costumbres, sepa darme una quenta fiel y puntual. He puesto los ojos en tí, persuadida á que nada arriesgo en encargarte esta comision. Espero que la desempeñarás con tanta discrecion y con tanta destreza, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló Aurora esperando mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad quando no la acompaña la fortuna, supe mostrarla un zelo tan vivo y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no fué bastante á desimpresionarla del mal concepto en que la pudo haber puesto mi temeraria presuncion, bastaria

por

por lo ménos para que conociese que yo sabia enmendar con prontitud y con decoro una inconsiderada necedad. Pedíla no mas que dos dias de tiempo para poderla dar buena razon de Don Luis. Otorgómelos; y llamando ella misma á la Ortiz, esta me volvió á conducir al jardin, diciéndome al despedirse: á Dios, Gil Blas, no te volveré á encargar otra vez que seas puntual en acudir al sitio consabido ó á qualquiera otro donde fueres citado, porque ya está vista tu puntualidad.

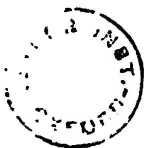
Volvíme á mi quarto, no sin algun dolor de haberme engañado tanto. Con todo eso tuve bastante juicio para conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme que esto podia hacerme hombre; qne los medianeros de amor eran muy atendidos y mejor pagados: reflexîones que me divirtiéron y me consoláron, acostándome con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en quanto quisiese disponer de mí. Levantéme al dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era dificil saber donde vivia un caballero tan conocido como Don Luis. Tomé al instante en la vecindad informes de su conducta; pero los sugetos á quienes recurrí no satisficiéron del todo á lo que yo deseaba. Esto me obligó á solicitar nuevos y mas íntimos informes el dia siguiente, y fui mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia. Parámo-

monos para saludarnos, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dixo que le habian despedido de casa de Don Juan Pacheco, padre de Don Luis, por haberle acusado que habia bebido un frasco de vino generoso. No perdí una ocasion tan oportuna para saber quanto deseaba, y lo conseguí á fuerza de preguntas y repreguntas; de manera que volví á casa muy alegre por hallarme en parage de cumplir la palabra que habia dado á mi ama, con quien habia quedado de acuerdo que debia volver á verla en el mismo sitio, y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera; léjos de impacientarme con las prolixas relaciones de mi amo, yo mismo le metí en la conversacion de sus combates. Esperé á que sonase media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce en todos los reloxes que se podian oir de la casa. Entónces baxé con mucho sosiego al jardin, sin pensar en perfumes ni en pomadas.

Encontré ya á la dueña en el sitio consabido, y la taymada me dixo con un poco de socarroneria: en verdad, Gil Blas, que hoy ha rebaxado muchas lineas el barometro de tu puntualidad y de tu diligencia. No la respondí palabra, haciendo como que no la entendia, y ella me conduxo al quarto donde me estaba Aurora esperando. Preguntóme luego que me vió si me habia informado bien de Don Luis. Sí, señora,

la

la respondí y en dos palabras informaré á V. S. de todo lo que he llegado á entender. En primer lugar sé que muy en breve partirá á Salamanca á continuar sus estudios. Es un caballerito lleno de honor y de bondad; en quanto al valor, no le puede faltar, basta decir que es caballero y Castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellas modales; pero lo que quizá dará poco gusto á V. S. es, que vive un poco demasiadamente á la moda de los modernos señoritos; quiero decir, que es furiosamente calavera. Creerá V. S. que siendo todavía tan jóven como es, ha puesto ya á buen recado â dos comediantas. ¿Qué es lo que me dices? exclamó Aurora. ¡Dios mio, y qué costumbres! Pero dime, ¿estás seguro de lo que cuentas? ¿Cómo si estoy seguro? la respondí. No hay cosa mas cierta. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana, y ya se sabe que los criados son muy sinceros siempre que se trata de publicar los defectos y flaquezas de sus amos. Fuera de eso, el tal Don Lnis es muy amigo de Don Alexo Seguiar, de Don Antonio Centelles y de Don Fernando de Gamboa; prueba invencible de su disolucion. Basta, Gil Blas, dixo suspirando mi pobre ama: en virtud de tu informe comienzo desde este punto á combatir mi indigno amor. Aunque hab'a echado ya profundas raices en mi pobre corazon, no desconfio de arrancarle. Vete, prosiguió ella, y admite en premio de tu trabajo esta corta demos-



tracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo, solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu discrecion y silencio.

Aseguréla que en este particular podia vivir sin el menor cuidado, porque yo era el Harpócrates de todos los confidentes. Dicho esto me retiré, impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda me hubiera dado Aurora mucho mas si yo la hubiera dado á ella otra noticia mas gustosa, quando pagaba con tanta liberalidad una que la habia sido de tanto disgusto. Arrepentíme de no haber imitado á los escribanos y alguaciles, que disfrazan la verdad: y me enfadé mucho contra mi necedad por haber sofocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades. Pero al fin me consolé con los veinte doblones, que ventajosamente me recompensaban lo que habia gastado en pomadas y aguas de olor.

CAPITULO III.

De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente, y de la extraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.

Poco despues de esta aventura se sintió enfermo

ìmo Don Vicente. Sobre ser de una edad bastantemente abanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan violentos que desde luego se comenzó á temer algun suceso funesto. Fueron llamados los dos mas famosos Médicos de Madrid; uno el Doctor Andres, y otro el Doctor Oquendo. Pulsáron atentamente al enfermo, y despues de una exâcta observacion conviniéron entrámbos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto conviniéron, y en ninguna otra cosa pudiéron concordar. Decia el Señor Andres que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de fluxo y refluxo, debian ser expelidos con purgantes, ántes que se fixasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debia esperar á que madurasen ántes de echar mano á los purgantes. Pero ese método replicaba el otro Doctor, es directamente contrario al que nos enseña el príncipe de la medicina. Hypócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad, y desde los primeros dias de la mas ardiente calentura, diciendo en términos expresos que se ha de acudir prontamente con la purga quando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion. En eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: vos entendéis por *orgasmo* agitacion, siendo así que se debe entender madurez.

Recalentáronse nuestros Doctores en esta

ta disputa. El uno presentó el texto Griego, y citó todos los autores que le explican como él. El otro se fiaba en la traduccion Latina, empeñándose con mayor calor, y tomando el negocio en tono mas alto. ¿A qual de los dos se ha de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese decidir aquella qüestion, pero hallándose precisado á optar escogió entre los dos la opinion del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto Andres, que era el mas mozo, se retiró, pero no sin decir primero quatro pullas bien picantes al mas anciano sobre su *orgasmo*; y hé aquí que queda triunfante Oquendo. Habiendo este cursado sin duda la misma escuela, y estudiado los mismos principios que el Doctor Sangredo, comenzó á sangrar abundantemente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen maduros y cocidos; pero la muerte, que temió quizá que una purga tan sabiamente diferida no le quitase la presa que ya tenia en la mano, previno la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fué el fin del señor Don Vicente, que perdió la vida porque su Médico no sabia el Griego.

Aurora despues de haber hecho á su padre unas exêquias dignas de un hombre de aquel nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, dándoles recompensas proporcionadas á su lealtad y méritos.

He-

Hecho esto se retiró á una Quinta que tenia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendia. Yo fuí uno de los que quedaron en la familia, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de serla necesario. No obstante el fiel informe que yo la habia hecho de Don Luis, todavía le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia abandonado á su torrente. Como ya no necesitaba de precauciones para hablarme me dixo un dia suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á Don Luis: por mas que hago para borrarle de mi pensamiento, se me representa siempre á él, no ya como tú me le pintaste, encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enternecióse diciendo estas palabras, y no pudo impedir que no se la desprendiesen algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto me conmovió aquel su dulce llanto. Ni podia hacerla mejor la corte que mostrándome sensible á su ternura. Veo, amigo Blas (continuó ella enjugándose los ojos) veo tu buen corazon, y estoy muy satisfecha de tu zelo, que prometo recompensar bien como él merece. Nunca me ha sido mas necesario tu auxîlio y tu asistencia. Voite á descubrir el pensamiento que ahora me ocupa enteramente; sin duda que te parecerá extravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir quanto ántes á Salamanca. Mi idea es dis-

disfrazarme en caballero baxo el nombre de Don Felix, y entablar conocimiento con Pacheco, procurando ganar su amistad y confianza. Hablaréle freqüentemente de Doña Aurora de Guzman, suponiéndome primo suyo. Naturalmente deseará conocerla, y aquí es donde yo le espero. Nosotros tendrémos en Salamanca dos posadas. En una haré el papel de Don Felix, y en otra de Doña Aurora; y dexándome ver de Don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es muy extraño mi proyecto; pero la pasion que me arrastra, y la inocente intencion con que procedo acaban de cegarme y de aturdirme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismísimo parecer que Aurora en punto á la extravagancia y á lo peligroso del proyecto. Sin embargo, aunque le reconocia tan contrario á la razon y al honor, como lo era á la decencia, me guardé muy bien de hacer del pedagogo. Antes al contrario comencé á dorar la píldora, y me esforcé á querer persuadir que en vez de ser un proyecto disparatado, era un delicado juego de ingenio, sin peligro y sin conseqüencia. Esto dió gran gusto á mi ama, porque á los amantes siempre los agrada que se celebren y se aplaudan sus mas locos devaneos. En fin convenímos los dos en que esta temeraria empresa la debiamos mirar como una especie de comedia bufonesca inventada para

di-

divertirnos, en la qual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogímos los actores entre los domésticos, y repartímos á cada qual su papel. Cada uno aceptó el que se le encárgó sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. Á la señora Ortiz se le encomendó el de tia de Doña Aurora, señalándosela un criado y una doncella, y debia tomar el nombre de Doña Ximena de Guzman. Yo debia servir á Doña Aurora en calidad de ayuda de càmara, escogiendo entre las mugeres una que, disfrazada en hombre, la asistiese en particular. Arreglados así los papeles nos restituímos á Madrid, donde supímos que se hallaba Don Luis, pero disponiéndose para partir prontamente á Salamanca. Dímos órden para que se hiciesen quanto ántes los vestidos que habiamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y en sazon. Luego que se concluyeron se plegaron y se metieron en diferentes baules, y dexando al mayordomo el cuidado de la casa, partió Doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del Reyno de Leon, acompañada de todos los que habiamos de hacer papel en la comedia.

Habiamos ya atravesado toda Castilla la Vieja, quando se rompió el exe del coche, entre Avila y Villaflor, á trecientos ó quatrocientos pasos de una Quinta que se dexaba ver al pié de una montaña. Hallábamonos muy embarazados porque se acercaba la noche; pero un

pay-

disfrazarme en caballero baxo el nombre Felix, y entablar conocimiento con I procurando ganar su amistad y confiar hablarle frequentemente de Doña Aurora man, suponiendome primo suyo. Nat te deseará conocerla, y aquí es donde pero. Nosotros tendrémos en Salam posadas. En una haré el papel de Dc en otra de Doña Aurora; y dexándo Don Luis unas veces vestida de hom de muger, espero traerle al fin que puesto. Confieso, añadió ella misma, extraño mi proyecto; pero la pasion rastra, y la inocente intencion con acaban de cegarme y de aturdirme sc á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismísimo parecer en punto á la extravagancia y á lo proyecto. Sin embargo, aunque tan contrario á la razon y al honor. á la decencia, me guardé muy bien pedagogo. Antes al contrario com la píldora, y me esforcé á querer en vez de ser un proyecto dispar delicado juego de ingenio, sin consequencia. Esto dió gran gus porque a los amantes siempre le se celebren y se aplaudan sus ma neos. En fin convenimos los dos e necesaria empresa la debiamos mi especie de comedia bufonesca in

a
en
en
as.
dia
iésе-
ietu-
a. A
a con
mímos

nuevo
cion de
ala don-
sobresa-
n con la
eza; pero
verdadera-
uerto, ten-
sma sangre,
despues de
de él se de-
rra, el retrato
diferente acti-
tud.

paysano que casualmente pasó por allí nos sacó de aquel embarazo. Informónos que aquella Quinta pertenecia á una tal Doña Elvira, viuda de Don Pedro Pinares, y nos dixo tanto bien de aquella señora, que mi ama se determinó á despacharme para suplicarla de su parte que se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió Doña Elvira el informe del paysano. Recibióme con el mayor agrado, y respondió á mi súplica en los términos que se deseaba. Pasamos todos á la Quinta, tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontrámos á la puerta la viuda de Don Pedro, que salió cortesanamente á recibir á mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que se hiciéron las dos de parte á parte. Solo diré que Doña Elvira era una dama ya de avanzada edad, pero tan cariñosa, atenta, y de tan señoril educacion, que ninguna la excedia en desempeñar noblemente los deberes de la hospitalidad. Conduxo ella misma á Doña Aurora á un sobervio y magnífico quarto, donde la dexó luego en libertad para que descansase, y ella fue á dar providencia hasta en las cosas mas menudas que nos podian tocar. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena dió órden que se sirviese en el quarto de Aurora, donde ámbas á dos se sentáron á la mesa. No era la viuda de Don Pedro una de aquellas personas que no saben hacer los honores de una mesa, manteniéndose en ella con un ay-

re

re enfadosamente grave, silencioso y sostenido. Era de genio desembarazado, alegre y festivo, sabiendo perfectamente el arte de mantener siempre viva la conversacion. Explicábase noblemente con voces bellas y propias, y exponia sus pensamientos con cierto ayre fino y delicado, que hacia parecer originales aun los mas comunes. A mí me tenia encántado, y no ménos encantada se manifestaba Aurora. Estrecháronse las dos en una tierna amistad, y quedáron de acuerdo en fomentarla con un comercio recíproco de cartas. No podia componerse nuestro coche hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde, por lo que nos detuvímos todo aquel dia en la misma Quinta. A nosotros se nos sirvió tambien nuestra cena con gran abundancia, y por consiguiente dórmimos todos tan bien como habiamós cenado.

El dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de Doña Elvira. Comiéron las dos en una sala donde habia muchas pinturas. Entre otras sobresalia una, cuyas figuras se reprentaban con la mayor propiedad y con exquisita viveza; pero que presentaba á la vista un objeto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, anegado en su misma sangre, cuyo semblante parecia que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dexaba ver, tendido tambien por tierra, el retrato de una Dama jóven, aunque en diferente acti-

 tud.

tud. Atravesaba su pecho una espada, y quando se representaba exhalando el último aliento tenia fixos los ojos en un gallardo jóven, que explicaba un mortal dolor viéndola tan próxîma á perderla. El pincel habia estampado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba ménos la atencion. Era un anciano de grave, hermosa y venerable traza, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista no se mostraba ménos afligido que el desconsolado jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas excitaban en el mozo y en el anciano los mismos movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo poseido de una profunda tristeza parecia como rendido totalmente á ella; mas en el mozo se reconocia una especie de furor en medio de la afliccion. Todos estos afectos se representaban con expresiones tan vivas, que no nos hartábamos de verlas y admirarlas. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora (la respondió Doña Elvira) es una fiel, aunque muda relacion de las desgracias de mî familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, que excitó en ella un vivísimo deseo de saber á fondo lo que en aquello la queria decir la viuda de Don Pedro, y no se pudo contener sin manifestarla este deseo. Elvira se ofreció galántemente á satisfacérsele. Y como esta cortesana oferta se hizo á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y á

la

la mia, todos quatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama queria que nos retirásemos; pero Doña Elvira, que conoció nuestra gran gana de oir la explicacion de aquel quadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos detuviésemos; porque la Historia que voy á referir (añadió con mucho agrado) no es de aquellas que están pidiendo secreto. Un momento despues dió principio á su relacion en los términos siguientes.

CAPITULO IV.

El Matrimonio vengado.

NOVELA.

Rogerío, Rey de Sicilía, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se rebeló contra él, y encendió en el Reyno una guerra no ménos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del Rey, que se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelion: clemencia que solo produxo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de muchos vasallos suyos, persuadidos á que habia perdonado la vida á su hermano para que en la lentitud fuese mayor y mas cruel la venganza. Todos los demas, con mas razon ó con mayor fundamento, atribuian á sola su hermana

Ma-

Matilde el duro tratamiento que Manfredo sufria en la prision. Con efecto esta Princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado Príncipe, y no cesó de perseguirle miéntras él mismo vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se consideró como un castigo de su desnaturalizado corazon.

Dexó dos hijos Manfredo, ámbos en tierna edad. Dudó por algun tiempo Rogerio si se desharia de ellos, temiendo que en edad mas avanzada no les viniese el pensamiento de vengar el mal trato que se habia hecho á su padre, renovando un partido que todavía se sentia con fuerzas para suscitar peligrosas turbaciones en el Estado. Comunicó su pensamiento al Senador Leoncio Sifredo, su primer Ministro. Este para desviarle de aquel intento se encargó de la educacion del Príncipe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al Rey que confiase la del mas jóven, por nombre Don Pedro, al Condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio á que estos dos fieles Ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debia, los entregó á su fidelidad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constancia. Era esta de la edad de Enrique, hija única de la Princesa Matilde. Dióla maestras que la enseñasen y criados que la sirviesen, sin perdonar á medio alguno que conduxese á su correspondiente educacion.

Tenia Sifredo una Quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio que se decia

Bel-

Belmonte. Aquí se dedicó este Ministro á dar á Enrique una educacion que le hiciese digno de ocupar con el tiempo el Real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel Príncipe unas prendas tan amables que se dió todo á él como si no tuviera otros hijos, aunque con efecto era padre de dos niñas. La mayor que se llamaba Doña Blanca, y contaba un año ménos que el Príncipe, se veia dotada de una perfecta hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, estaba aun en la cuna. Amáronse Blanca y Enrique luego que fueron capaces de amar: pero se amaban sin libertad para comunicarse. Sin embargo no dexaba el Príncipe de lograr tal vez alguna ocasion. Aprovechó tambien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo le permitiese poner en execucion un proyecto que estaba meditando. Sucedió oportunamente por aquel tiempo que Leoncio, de órden del Rey, se vió precisado á hacer un viage á una de las Provincias mas remotas de la Isla. Durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su quarto, que estaba inmediato al de Doña Blanca. Cerróla con una portezuela de madera tan ajustada á la abertura, y pintada con un cierto baño del mismo color de la superficie del tabique, de manera que no se distinguia de él, ni era fácil que se conociese el artificio, abriéndose y cerrándose á manera de un estuche: obra toda de un há-

bil

bil arquitecto á quien el Príncipe habia interesado en este servicio, executado con tanto primor como secreto.

Por esta puerta se introducia algunas veces Enrique en el quarto de Doña Blanca, pero sin abusar jamas de aquella peligrosa licencia. Si en haberla concedido Blanca tuvo mas parte su pasion que su prudencia, por lo ménos fué con la precaucion de haber hecho prometer á Enrique que nunca pretenderia de ella otros favores que los mas inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso que habia entendido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha órden á Sifredo de que pasase á la Corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran Canciller del Reyno. Figurábase ver á Enrique ya en el trono; y temia perderle quando se viese en aquella elevacion. Tenia bañados en lágrimas los ojos quando entró en su quarto Enrique. Madama (dixo) ¿qué novedad es esta? ¿qual es el motivo de esa profunda tristeza? Señor, respondió ella, no he sido dueña de reprimir mis lágrimas, ni de disimular mi dolor. El Rey vuestro tio dexará presto de vivir, y vos ocupareis su lugar. Quando se me representa la gran distancia que va á poner entre vos y mí esta nueva grandeza confieso que me lleno de inquietud. Un Monarca mira las cosas con ojos muy diferentes que un amante; y aquello mismo que era todo su embeleso quando reconocia

un

un poder superior al suyo apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan, y que no puede calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad. No desconfio de vuestro amor; desconfio solamente de mi dicha. Adorable Blanca, respondió el Príncipe, tus temores por una parte me ofenden y por otra me obligan; justificando ellos mismos la pasion que tus prendas han encendido en mi corazon. Tu desconfianza es efecto de tu amor, pero el exceso de ella es ofensa del mio, y casi estoy por decir que lo es tambien de aquel concepto tuyo, á que me parece soy acreedor. No, no pienses que mi destino, sea el que fuere, pueda jamas separarse del tuyo. Cree firmemente que tú sola serás siempre toda mi alegría, todo mi consuelo y toda mi felicidad. Destierra, pues, de tí ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos? ¡Ah señor! replicó la hija de Leoncio, luego que vuestros vasallos os vean coronado os pedirán por Reyna una Princesa que descienda de una larga generacion de Reyes, y añada nuevos Estados á los vuestros. Quien sabe (¡ay de mí) si vos os dexaréis rendir, sacrificando á la que se llama razon de Estado, y á sus instancias vuestros mas vivos deseos. Mas ¿á qué fin (repuso Enrique no sin alguna conmocion) á qué fin afligirte de presente con unos pensamientos melancólicos de lo que puede suceder ó no

su-

suceder en lo futuro? Si el cielo dispusiere del Rey mi tio y señor, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi Corte. Así lo prometo poniendo por testigo á todo lo mas sagrado que se reconoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique. Lo restante de la conversacion se pasó en hablar de la enfermedad del Rey, en que manifestó Enrique la bondad y la nobleza de su corazon. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el Monarca su tio, pudiendo mas con él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la estaban esperando. Habiéndola visto un dia el Condestable de Sicilia á tiempo que salia del quarto de su padre, quedó ciegamente prendado de ella. Pidiósela á Sifredo al dia siguiente, y este se la concedió gustoso y agradecido; pero sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio se suspendió aquel tratado sin que Doña Blanca hubiese tenido la menor noticia de él.

Una mañana quando Enrique acababa de vestirse, quedó extrañamente sorprendido viendo entrar en su quarto á Leoncio seguido de Doña Blanca. Señor, le dixo aquel Ministro, vengo á participaros una noticia que sin duda os afligirá; pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el Rey vuestro tio. Por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es vuestra ya.

Los

Los Grandes del Reyno estan aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, Señor, vengo por encargo de ellos á recibirlas de vuestra boca, y acompañado de mi hija Blanca para rendiros los dos el primero y mas sincero homenage que deben rendiros todos vuestros vasallos. No cogió de nuevo al Príncipe esta noticia, por estar ya informado dos meses ántes de la grave enfermedad que padecia el Rey, que poco á poco le iba consumiendo. Sin embargo quedó suspenso algun tiempo; pero rompiendo despues el silencio, y volviéndose á Leoncio le dixo estas palabras: sabio Sifredo, te miro y siempre te miraré como padre. Haré gloria de gobernarme por tus consejos. Tú serás Rey de Sicilia mas que yo. Diciendo esto se acercó á una mesa donde habia una escribania, tomó un pliego de papel, echó en él su firma en blanco...¿Qué haceis, Señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi reconocimiento, respondió Enrique; y dicho esto presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndola: recibid, señora, esta prenda de mi fe y del dominio que os doy sobre mi arbitrio y voluntad. Recibióla Blanca cubierta su bella cara de un honestísimo rubor, y respondió al Príncipe: admito con respeto y agradecimiento las gracias y benignidades de mi Rey; pero dependo de un padre, y espero que no llevareis á mal ponga en sus manos vuestro benignísimo pliego para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el pliego con la firma en blanco de Enrique. Conoció entónces Sifredo lo que hasta aquel punto se le habia escapado á su penetracion. Comprendió todo lo que el Príncipe le queria decir, y le contestó diciendo: espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamas abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar tal caso: sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel; no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, ordena todo lo necesario para mi coronacion, y dí á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el Ministro á su nuevo amo, y partió á Palermo, llevando consigo á Doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, mas ocupado de su amor que de la elevacion al trono que le estaba aguardando.

Luego que se dexó ver en la Ciudad resonáron en el ayre mil gritos de alegría, y entre las aclamaciones del pueblo entró en palacio, donde halló ya concluidas todas las disposiciones para su coronacion. Encontró en él á la Princesa Constanza en largos y rigurosos vestidos de luto; mostrandose penetrada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre es-

te asunto recíprocos cumplidos, y ámbos los desempeñáron con discrecion y con espíritu ; pero con un poco de mas frialdad por la parte de Enrique que por la de Constanza, la qual, no obstante los disturvios de la familia , nunca habia querido mal á este Príncipe. Ocupó el Rey el trono , y la Princesa se sentó á su lado en un taburete algo mas baxo que él. Los Magnates del Reyno se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia , y Leoncio que como gran Canciller del Reyno era depositario del testamento del difunto Rey , dió principio á ella leyendo en alta voz el mismo testamento. Contenia este en substancia que hallándose el Rey sin hijos nombraba por succesor en la Corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la Princesa Constanza, y quando no quisiese darla la mano de esposo, quedase excluido de la Corona de Sicilia, y pasase al Infante Don Pedro , su hermano menor, baxo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oir esta cláusula. No se puede expresar el dolor que le causó; pero creció hasta lo sumo quando acabada la lectura del testamento vió que Leoncio, hablando con toda la asamblea , dixo así : señores , habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo Monarca la última disposicion del difunto Rey , este generoso Príncipe consiente en honrar con su Real mano á su prima la Princesa Cons-

tan-

tanza. Interrumpió el Rey al Canciller, diciéndole conturbado: acordaos, Leoncio, del papel que Blanca... Señor (respondió Sifredo cortándole con precipitacion sin darle tiempo á que se explicase mas) ese papel es este que presento á la asamblea. En él reconocerán los Grandes del Reyno el augusto sello de V.M., la estimacion que hace de la Princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto Rey su tio. Acabando de decir estas palabras comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le habia llenado. En él prometia el nuevo Monarca á sus pueblos en la forma mas auténtica casarse con la Princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonáron en la sala los aplausos y los vivas del magnánimo Rey Enrique, en que prorumpiéron todos los presentes. Como era notoria á todos la poca inclinacion con que este Príncipe habia mirado siempre á la Princesa, temian, no sin razon, que despreciando la injusta condicion del testamento, excitase movimientos en el Reyno, y se encendiese en él una güerra civil que le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oir, esta seguridad dió motivo á las universales aclamaciones, que despedazaban en secreto el corazon del nuevo Rey.

Constanza, que por su propia gloria y por cierto movimiento de cariño tenia en todo esto mas interes que otro alguno, se aprovechó de

aque-

aquella ocasion para asegurarle de su eterno reconocimiento. Hizo quanto pudo el Príncipe para disimular su turbacion; pero era tanta la que le agitaba quando recibió el cumplido de la Princesa, que ni aun acertó á corresponder con aquello poco que pedia la cortesana atencion. Rindióse en fin á la violencia que se hacia, y acercándose al oido de Sifredo, que por razon de su empleo estaba al lado de su persona, le dixo en voz baxa: ¿qué es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos no fué para que usases de él de esta manera. Acordaos, Señor de vuestra gloria, le respondió Sifredo con teson y firmeza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplis la voluntad del Rey vuestro tio, perdióse para vos el Reyno de Sicilia. Apénas dixo esto se separó del Rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso. No podia resolverse á abandonar á Blanca, ni á dexar de partir con ella la magestad y la gloria del trono: estando dudoso largo rato del partido que habia de tomar. Determinóse al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Afectó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisongeándose de que miéntras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima ganaria con gracias á los Grandes del Reyno, y afirmaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abra-

Abrazada esta idea quedó un poco mas tranquilo, y volviéndose á Constanza la confirmó lo que el gran Canciller la habia dicho en público. Pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazon ofreciendo su fe á la Princesa, entró Blanca en la sala de la Junta, donde venia de órden de su padre á cuplimentar á Constanza, y llegáron á sus oidos las palabras que Enrique la decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, la dixo presentándola á Constanza: rinde, hija mia, tu fidelidad y tu respeto á la Reyna tu Señora, deséandola todas las prosperidades de un floreciente reynado y de un feliz himenéo. Golpe terrible, que traspasó el corazon de la desgraciada Blanca. Inútilmente se esforzó á disimular su dolor. Inmutósela el semblante encendido de repente, pasando en un momento de encendido á pálido; con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo no entró en sospecha alguna la Princesa. Atribuyó el desórden de sus palabras al natural embarazo y cortedad de una doncella criada léjos de la Corte, y poco acostumbrada al despejo de los Palacios. No sucedió lo mismo con el Rey. Perdió toda su compostura y magestad á vista de Blanca, y saliò fuera de sí mismo, leyendo en sus ojos la desesperacion que la agitaba. No dudó, que creyendo las apariencias, ya en su corazon le tenia por un traydor. No seria tan grande su inquietud si pudiera hablar-

blarla, pero ¿cómo era esto posible á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este Ministro todo lo que pasaba en el corazon de los dos amantes, y queriendo prevenir las calamidades que podia causar al Estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la asamblea á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla quanto ántes.

Luego que llegáron á aquel parage la hizo conocer todo el horror de su destino. Declaróla que la habia prometido al Condestable. ¡Santo cielo! (exclamó transportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre) y qué espantosos suplicios tenias reservados á la desgraciada Blanca! Fué tan violento su transporte que todos los sentidos del cuerpo y todas las potencias del alma quedáron suspensos. Helado su cuerpo, frio y pálido, se dexó caer entre los brazos de Leoncio. Conmoviéronse las entrañas de este quando la vió en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecia su hija, se mantuvo inmoble en su primera resolucion. Volvió Blanca en sí recobrados los espíritus, mas por la violencia de su mismo dolor que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus lánguidos ojos, y reconociendo la priesa que se daba á socorrerla: señor, le dixo con voz desmayada y casi imperceptible, me aver-

avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza; pero la muerte, que ya no puede tardar de poner fin á mis tormentos, os librará presto de una hija desdichada que sin permiso vuestro pudo disponer de su corazon. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: ántes bien espero que tu virtud volverá presto á exercer sobre tí su imperio. La pretension del Condestable te hace honor. Bien sabes que es el primer hombre del Estado... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el Rey me habia hecho esperar... Hija, dixo Sifredo cortándola la cláusula, sé todo lo que me puedas decir en ese asunto. No ignoro el afecto con que miras á este Príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias no lo desaprobára; ántes yo mismo procuraria con todo ardor asegurarte la mano de Enrique, si el interes y la gloria del Estado no le pusieran en precision de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por succesor suyo el difunto Rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la Corona de Sicilia? Créeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te agita. Con todo eso, supuesto que nuestra libertad es muy superior á nuestros destinos, y que el hombre sabio dominará á los astros, excita ese tu grande espíritu á un generoso esfuerzo. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el Reyno que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que tu pasion por el Rey podia dar mo-

ti-

tivó á rumores poco ventajosos á tu honor; y para desvanecerlos ó prevenirlos el único medio es casarte con el Condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar. El Rey te dexa por un trono, y da su mano á Constanza. El Condestable tiene mi palabra, desempeñala tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario que me valga de toda mi autoridad, absolutamente te lo mando.

Dichas estas palabras la dexó, dándola lugar para hacer reflexîon sobre quanto acababa de decirla. Esperaba que despues de haber pesado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra lo que la arrastraba la inclinacion, se determinaria por sí misma á dar la mano al Condestable. No se engañó en esto, pero ¡quanto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolucion! Hallábase en el estado mas digno de lástima. El dolor de ver que habian pasado á evidencias sus sospechas sobre la deslealtad de Enrique, y la precision en que su pérdida la ponia de entregarse á un hombre á quien no le era posible amar, la excitaban ímpetus de afliccion tan violentos que cada respiracion era un nuevo suplicio para ella. Si es cierta mi desdicha (exclamaba quando estaba sola) ¿cómo es posible resistirla sin que me cueste la vida? Implacable y bárbaro destino, ¿á qué fin apacentarme con las mas dulces esperanzas para precipitarme al fin en un abismo de males? Y tú, pérfido amante, tú te has entrega-

do á otra despues de haberme prometido á mí una eterna fidelidad? ¿ Tan presto te olvidas de la fe que me prometiste? Quiera el cielo que en castigo de tu cruel engaño el lecho conyugal, que vas á manchar por medio de un perjurio se convierta en teatro de crueles remordimientos en vez de los lícitos placeres que esperas. Que las caricias de Constanza sean una fuente envenenada que derrame de continuo ponzoña en tu corazon infiel. Y por decirlo todo de una vez, que tu himenéo sea tan infeliz y tan desdichado como el mio. Si, traydor: sí, pérfido, seré esposa del Condestable, á quien no amo, para vengarme yo de mí misma, castigando así el desacierto de mi eleccion en el objeto de mi amor. Ya que la Religion no me permite quitarme la vida, quiero que los dias que me restan sean una cadena no interrumpida de desdichas, aflicciones y tormentos. Si en ese corazon ha quedado todavía alguna centella de amor á mi persona, será un tormento para tí verme en los brazos de otro hombre; pero si enteramente te has olvidado de mí, podrá á lo ménos gloriarse la Sicilia de haber producido una muger que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazon.

En estos y semejantes desahogos del dolor pasó la noche que precedió á su matrimonio con el Condestable aquella infeliz víctima del amor y de la obligacion. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta su hija á obe-

de-

decerle en lo que deseaba, se dió priesa á no malograr tan favorable ocasion. El mismo dia hizo venir al Condestable á Belmonte, y le casó secretamente con su hija en la Capilla de su Palacio. ¡ Oh y que dia para Blanca ! No la bastaba renunciar á una corona; perder un amante amado; entregarse á un objeto aborrecido: era menester hacerse la mayor violencia, y disimular su opresion á vista de un marido naturalmente zeloso y preocupado de la pasion mas vehemente. Encantado el esposo con el gusto de poseerla, no se apartaba un momento de su lado, privândola así del triste consuelo de llorar en secreto su desdicha. Llegô la noche, y llegó con ella la hora en que á la hija de Leoncio se redobló la afliccion. Pero ¡ quanto creció esta quando habiéndola desnudado sus criadas se vió á solas con el Condestable ! Preguntóla este respetosa y tiernamente qual era el motivo de aquel abatimiento que leía en sus ojos y observaba en su semblante. Turbó esta pregunta á Blanca, y fingió que se sentia indispuesta. Por entónces quedó el esposo engañado, pero duró poco el engaño. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veia, y la apuraba para que entrase en la cama, sus instancias, que no acertó á explicar bien, presentaron á su imaginacion la idea mas dolorosa y mas cruél: tanto, que no siendo ya dueña de poderse contener, dió libre curso á sus ahogados suspiros y á su reprimido

do llanto. ¡Oh qué espectáculo para un hombre que se consideraba en el colmo de sus mas vivos deseos! No dudó yá que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero á su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en un estado casi tan deplorable como el de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase; dándola palabra de que la dexaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas, si juzgaba que esto la podia servir de algun alivio. Respondió Blanca que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento y la debilidad que sentia. Fingió creerla el Condestable. Acostóse en esto Blanca, y los dos esposos pasáron aquella noche muy diferente de las que concede himenéo á dos reciencasados que tiernamente se aman.

Miéntras la hija de Sifredo se entregaba toda á su dolor, andaba el Condestable examinando en sí mismo qué cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadiase á que tenia algun competidor, pero quando le queria descubrir se barajaban y se confundian sus ideas; y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz. Habia pasado en esta agitacion las dos terceras partes de la noche quando llegó á oir un ruido sordo. Quedó altamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos dentro de aquel mismo quarto. Túvolo por ilusion,

acordándose de que él mismo habia cerrado la puerta quando se retiráron las criadas de Blanca. Abrió no obstante la cortina para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea, solo pudo oir una voz lánguida y baxa, que repetia varias veces Blanca, Blanca. Encendiéronse entónces sus zelosas sospechas, convirtiéndose en furor; sobresaltado el honor le hizo salir de la cama, y considerándose obligado á precaver una afrenta ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada, y con ella desnuda acudió furioso hácia donde le llamaba la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya. Ya avanza, ya se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del quarto al que parecia huir, y no le encuentra. Párase: aplica el oido, y nada escucha. ¡Qué encanto es este! Acércase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honor; tienta el cerrojo, y hallala cerrada como la habia dexado: No pudiendo comprehender nada de tan extraña aventura llama á los criados mas cercanos, y como para eso abrió la puerta, párase en medio de ella, cerrando la entrada y la salida para que no se le escapase el que buscaba.

A sus repetidas voces acuden algunos domés-

mésticos, todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á exáminar todos los rincones del quarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de que alguno haya entrado en él, no encontrándose puerta secreta, ni abertura por donde pudiese introducirse. Sin embatgo no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tántos incidentes que le persuadian á no dudar de su desgracia. Esto excitó en su fantasía una confusion de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño parecia recurso inútil igualmente que arriesgado. Era muy interesada á la verdad para que se pudiese esperar de ella una sincera explicacion. Tomó, pues, el partido de abrir su corazon con Leoncio, diciéndole que le parecia haber sentido algun ruido en su aposento, pero que se habia engañado. Encontró á su suegro que salia de su quarto, habiéndole despertado el rumor que habia oido, y despedidos los criados le contó menudamente todo lo que le habia pasado, con muestras de extraña agitacion, y de profundo dolor.

Sorprendióse altamente Sifredo al escuchar toda la aventura, y no dudó ni un solo momento de su verdad por mas que las apariencias la representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasion del Rey: pensamiento que le cubrió de la mas viva afliccion. Pero léjos de contestar á las zelosas sospechas de su hierno, le representó con

ay-

ayre de seguridad que aquella voz que imaginaba haber oido, y aquella imaginaria espada que se figuraba haberse opuesto á la suya no podian ser otra cosa que fantasias de una imaginacion alterada con los zelos; que no era posible que alguno tuviese aliento para entrar en el quarto de su hija, que la tristeza que habia observado en ella podia ser efecto natural de alguna oculta mugeril indisposicion; que el honor nada tenia que ver con las alteraciones del temperamento, ni con las incomodidades del sexô; que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en soledad, y que se veia entregada á un hombre tan inopinadamente, sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podia ser la causa muy natural de aquellos suspiros, de aquella afliccion y de aquel amargo llanto; que el amor en las doncellas de sangre noble solo se producia á beneficio del tiempo, y con la continuacion obsequiosa de servicios; que en virtud de esto podia calmar sus inquietudes, y ántes bien le aconsejaba redoblase su ternura y dar toda libertad á sus finezas, para ir disponiendo poco á poco el corazon de Blanca á mostrarse mas sensible; y que le rogaba en fin volviese á su hija, en la inteligencia que su desconfianza y turbacion la ofendian mucho.

Nada respondió el Condestable á estas razones, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la turbacion de su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimu-

mular que intentar inútilmente convencer al viejo de un suceso en que lo inverisimil disputaba sus privilegios á lo verdadero. Volvió al quarto de su muger, restituyóse á la cama, y procuró lograr algun paréntesis de sus molestas inquietudes á beneficio del sueño. Blanca por su parte no estaba mas tranquila que él. Demasiadamente habia oido todo lo que oyó su esposo, y no podia tener por ilusion una aventura de cuyo secreto y motivos estaba tan informada. Es verdad que se admiraba mucho de que Enrique hubiese solicitado introducirse en su quarto despues de haber dado su palabra con tanta solemnidad á la Princesa Constanza. Y en vez de celebrar este paso y de que le causase alguna alegría, lo consideró como un nuevo ultrage, que encendió en su corazon mayor y mas irritada cólera.

Miéntras la hija de Sifredo preocupada contra el jóven Rey le miraba como el mas pérfido de todos los mortales, el desgraciado Monarca, mas ciegamente apasionado que nunca por su amada Blanca, deseaba avocarse á solas con ella para justificar su constante fidelidad á pesar de todas las contrarias apariencias. Hubiera venido mucho mas presto á Belmonte para este efecto si se lo hubieran permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si ántes de aquella noche se hubiera podido escapar á los ojos de la Corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia para hallar modo de introducirse

se-

secretamente en la Quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba al jardin. Por esta llegó á su antiguo quarto, y desde él se introduxo en el de Blanca, mediante la consabida y oculta puerta. Fàcil es imaginar quanta seria la admiracion de este Príncipe quando se encontró con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar sobre el mismo hecho al temerario que tenia atrevimiento para hacer resistencia y levantar su mano sacrílega contra su propio Rey; pero suspendió su resentimiento el respeto que debia al honor de la hija de Leoncio, y mas turbado que ántes volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la Ciudad poco ántes que despuntase el dia, y se encerró en su quarto tan agitado que no le fue posible lograr algun reposo. Solo pensó en restituirse á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo la vehemencia de su amor le estaba executando para procurar instruirse quanto ántes en todas las circunstancias de tan cruel aventura.

Apénas se levantó dió órden que se previniese el equipage de caza, y con pretexto de querer divertirse en ella se fué al bosque de Belmonte. Cazó por disimulo algun tiempo, y quando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó, y partió solo hácia la Quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenia muy conocidas todas las

sendas del bosque ; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo algun pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, quando al atravesar un sendero que iba á dar en una de las puertas del parque, vió no distantes de sí á dos mugeres que estaban sentadas sobre la fresca yerba á la sombra de un corpulento y frondoso árbol. No dudó que eran algunas personas de la Quinta, y esta vista le causó algun sobresalto ; pero su agitacion llegó al extremo quando volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacia el caballo reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habiase escapado de la Quinta, llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel retirado sitio.

Luego que Enrique la conoció voló hácia ella, precipitóse, por decirlo así, del caballo, arrojóse á sus pies, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion, la dixo enternecido : suspended, bella Blanca, esos injustos ímpetus de vuestro acerbo dolor. Las apariencias (confiésolo asi) me condenan justamente ; mas quando esteis informada de mis ocultos intentos puede ser que lo que se os representa delito sea para vos la mayor prueba de mi inocencia y del exceso de mi amor. Estas palabras, que en el concepto de Enrique le parecian ca-

capaces de templar la afliccion de Blanca, solo sirvieron para exâcerbarla mas. Quiso responderle, pero atropellándose en el pecho los suspiros cerraban el camino á los esfuerzos de la voz. Asombrado el Príncipe de verla tan embargada prosiguió diciéndola: ¿pues qué, señora, es posible que no pueda yo cálmar la inquietud que os agita? ¿por qué desgracia ha perdido vuestra confianza un hombre que despreció una corona y su propia vida por conservarla solo para vos? Entónces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo para poderse explicar, le respondió, articulando mal las palabras, cortadas con sollozos: señor, ya llegan tarde vuestras promesas: no hay yá poder en el mundo para que sea uno mismo el destino de los dos. ¡Ah, Blanca, interrumpió Enrique broncamente, qué palabras tan crueles han salido de tu boca! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será tan temerario que tenga aliento para oponerse á un Rey que reducirá á ceniza toda la Sicilia ántes de sufrir que ninguno os robe á sus amorosas esperanzas? Inútil será, señor, todo vuestro poder (respondió con desmayada voz la hija de Sifredo) para deshacer el invencible impedimento que nos separa. Sabed que ya soy muger del Condestable.

¡Muger del Condestable! exclamó el Rey dando algunos pasos hácia atras; y no pudo decir mas, tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas, y cayó desmayado

do al pié de un árbol que estaba cerca de él. Quedó pálido, trémulo y tan enagenado que solo tenia libres los ojos para fixarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dexaba comprender quanto le habia penetrado el infortunio que le anunciaba. Blanca por su parte miraba tambien al Príncipe en ayre, que se conocia ser muy parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos amantes con un silencio en que á vueltas de la ternura se dexaba traslucir cierta especie de horror. Volvió finalmente algun tanto de su desmayo, y esforzándose como pudo, dixo con suspiros: ¿qué habeis hecho señora? Vuestra crédula aprension me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el Rey á su parecer la culpase, quando ella vivia persuadida á que tenia de su parte toda la razon para estar quejosa de él, y le dixo no sin alguna viveza: ¿qué, señor, pretendeis por ventura añadir el disimulo á la traicion? ¿Quereis que desmienta á mis propios oidos, y que á pesar de su informe os tenga por inocente? No, señor; confieso que no me siento con fuerzas para hacer esta violencia á mi razon. Sin embargo, dixo el Rey, esos testigos de que tanto os fiais os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tan verdad es que yo estoy inocente y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del Condestable.

¿Pues

¿Pues qué, señor, repuso Blanca, negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano, y con ella el de vuestro corazon? ¿No asegurasteis á los Grandes del Reyno que os conformariais con la voluntad del Rey difunto, y á la Princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los homenages que se debian à una Reyna y esposa del Príncipe Enrique? Sin duda que mis ojos estarian alucinados como mis oidos. Confesad ántes bien que no creisteis debia contrabalanzar el corazon de Blanca al interes de una corona, y sin abatiros á fingir lo que no sentis, ni quizá habeis sentido jamas, confesad que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con la dichosa Constanza que con la desgraciada hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon: igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazon de un Príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro; pero vos tampoco debiais mantenerme en este error. No ignorais los sobresaltos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A qué fin asegurarme lo contrario? ¿A qué fin tanto empeño en disipar mis temores! Entónces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera siempre sido vuestro mi corazon, ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamas haber obtenido de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del Condestable, y por no exponerme á
las

las conseqüencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que dexe á un Príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

Diciendo esto hizo una gran reverencia á Enrique, y se alejó de él con toda la aceleracion que la permitia el estado en que se hallaba. Aguardaos, señora, clamaba Enrique, haciendo ademan de detenerla por un brazo. No desespereis á un Príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara de haber preferido á vos; ántes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca caminando siempre, aunque con paso mas lento. Debierais haber impedido diese la mano al Condestable ántes de abandonaros á tan generosos transportes; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia sea reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisiereis. Si tuve la flaqueza de dexar que mi pobre corazon fuese sorprendido, tendré á lo ménos valor para sofocar sus movimientos, y para que vea el Rey de Sicilia que la esposa del Condestable ya no es ni puede ser amante del Príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con despecho, acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu, y dexó al Rey traspasado de dolor. No podia ménos de sentir el de la profunda herida que habia abierto en su corazon la

no-

noticia del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! exclamaba. ¿Es posible que así hubieses perdido la memoria de nuestros recíprocos empeños? ¿A pesar de mis juramentos y los tuyos estamos ya separados? ¿Con que no fué mas que una ilusion la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ¡Ah cruel, y qué cara me cuesta la gloria que tanto me lisonjeaba de haber logrado que mi amor fuese de tí correspondido!

Representósele entónces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada con todo el horror de los mas rabiosos zelos; y esta pasion se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para inmolar á su dolor al Condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon á calmar los impetuosos movimientos de la desordenada pasion. Con todo eso quando consideraba imposible desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, entraba en una especie de ira desesperada, que se acercaba á furor. Lisonjeábase de que la borraria aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla sin testigos y con plena libertad. Calentado á este pensamiento concluyó que era menester alejar de su compañia al Condestable, y resolvió hacerle prender como á sospechoso reo de Estado en las presentes circunstancias. En esta conformidad dió la órden al Capitan de sus guardias, el qual partió á Belmonte, apoderóse
de

de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo, dexándole preso en el castillo de Palermo.

Consternóse el Palacio de Belmonte á vista de un incidente tan ruidoso como impensado. Sifredo montó inmediatamente á caballo, y partió en posta á responder al Rey por la inocencia de su hierno, y á representarle las funestas conseqüencias de una prision en que la venganza y el despecho pretendian disfrazarse con el trage de la justicia. Previendo bien el Rey este paso que daria su Ministro, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca ántes de dar libertad al Condestable, habia dado órden que á ninguno se dexase entrar en su quarto aquella noche. Sin embargo Sifredo pudo persuadir á la guardia que en esta universal órden del Rey no se debia entender comprendido su primer Ministro miéntras expresamente no se le nombrase, y facilitándose así la entrada en el quarto Real: Señor, le dixo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetoso y fiel vasallo quejarse de su señor, vengo á quexarme á vos de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi hierno? ¿Ha considerado V. M. el eterno oprobrio de que cubre á mi familia, y las conseqüencias de una prision que puede enagenar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del Estado? Tengo avisos ciertos, respondió el Rey, de que el Condestable mantiene delinqüentes inteligencias con el Infante Don Pedro.

dro. ¡El Condestable inteligencias secretas y delinqüentes ! interrumpió admirado y sorprendido Leoncio. ! Ah señor ! no lo crea V. M. Sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazon. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al Condestable ser hierno mio, para estar en este punto á cubierto de toda sospecha. El está inocente; vos lo sabeis : otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

Ya que me hablas con tanta claridad , repuso el Rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al Condestable. ¡Ah! ¿y no podré tambien quejarme de tu crueldad? Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente toda mi dicha, toda mi quietud y todo mi reposo, poniéndome en estado por tus oficiosas máxîmas de que mire con envidia al mas vil de todos los mortales. No , no te lisonjees de que yo entre jamas en tus ídeas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza... ¡ Qué , señor! interrumpió Leoncio fuera de sí. ¿Cómo será posible que no os caseis con la Princesa, despues de haberla lisonjeado con esta esperanza á vista de todo el Reyno? Si es que engañé su esperanza , repuso el Monarca , echate á tí solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ?Quién te obligó á escribir el nombre de Constanza en un papel que se habia hecho para tu hija ? Sabias



bias muy bien mi intencion. ¿Quién te dió autoridad para tiranizar el corazon de Blanca, obligándola á casarse con un hombre á quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mio, para disponer de él en favor de una Princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de Matilde, de aquella cruel Matilde que atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio? ¿Y á esta querias tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no esperes de mí esta locura, ni este profano sacrificio. Antes de ver encendidas las teas de tan bárbaro himenéo verás arder á toda la Sicilia, y anegados en sangre sus campos.

¡Qué es lo que escucho! exclamó Leoncio. ¡Qué terribles amenazas! ¡qué funestos anuncios me haceis! pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es muy grande el amor que profesais á vuestros vasallos para que se pueda recelar que vuestro tierno corazon les solicite jamas tan lastimoso destino. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os dexárais llevar de las flaquezas propias de hombres ordinarios. Si yo dí mi hija al Condestable fué, Señor, únicamente por ganar para vuestro servicio á un hombre valeroso, que con la fuerza de su brazo y del exército que tiene á su disposicion apoyase vuestros intereses contra las pretensiones

del

del Príncipe Don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos... ¡ Ah! que esos lazos (interrumpió exclamando Enrique) son el funesto cordel que á mí me ha sofocado, me ha perdido. ¿Cruel amigo! ¿qué te habia hecho yo para que descargases sobre mí tan duro y tan intolerable golpe? Habiate encargado que manejases mis intereses; pero ¿ quándo te dí facultad para que esto fuese á costa de mi corazon? ¿Por qué no dexaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿Parécete que no tendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el Condestable fuese uno de ellos sabria muy bien castigarle. Ya sé que los Reyes no han de ser tiranos, y que su primera obligacion debe ser la felicidad de sus pueblos; ¿pero han de ser esclavos de estos los mismos Soberanos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres, de ser dueños de sus afectos desde el mismo punto que la Providencia los destinó para el supremo gobierno? !Ah Leoncio! si los Reyes han de perder aquella preciosa libertad que goza el último de los mortales, haí te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el Ministro, no puede ignorar V.M. que el Rey su tio aligó la succesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la Princesa Constanza. ¿ Y quién dió autoridad al Rey mi tio (repuso Enrique con calor y vi-

viveza) para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan bárbara ley de su hermano el Rey Don Cárlos quando entró á succederle? ¿Y por ventura tenias tú obligacion de sujetarte á una condicion tan iniqua? Cierto que para un gran Canciller te muestras poco instruido en nuestros usos y costumbres. Eñ una palabra, quando prometí mi mano á Constanza fué involuntaria mi promesa, nunca tuve ánimo de cumplirla. Si Don Pedro funda su esperanza de ascender al trono en mi constante resolucion de no cumplir aquella palabra, no mezclemos á los pueblos en una diferencia que derramaria mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede resolver la disputa y decidir qual de los dos será digno de reynar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas. Contentóse con volverle á pedir de rodillas la libertad de su hierno, que consiguió diciéndole el Rey: anda, y vuélvete á Belmonte, que presto te seguirá el Condestable. Retiróse el Ministro, y se restituyó á su Quinta, persuadido á que su hierno vendria luego tras de él; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Miéntras tanto entregado este á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexîones. La prision le habia abierto los ojos, y conoció qual era la verdadera causa de su desgracia. Abandonado enteramente á la violencia de

los

los zelos, y olvidado de la fidelidad que hasta allí le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido á que el Rey no malograria la ocasion y no dexaria de ir aquella noche á visitar á Doña Blanca, para sorprenderlos á entrámbos suplicó al Gobernador del castillo que le dexase salir de la prision por algunas pocas horas, baxo su palabra de honor de que ántes del amanecer se restituiria á la prision. El Gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas habiendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del Rey su libertad. No contento con esto le dió un caballo para que fuese á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una puertezuela, cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la Quinta sin que ninguno le sintiese. Llegó hasta el quarto de su muger y se escondió tras un biombo que estaba en la antesala. Pensaba observar desde allí todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dexar á su ama, y se retiraba á un gabinete inmediato donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo de la prision de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria á Belmonte, aunque su padre la habia dicho que el Rey le habia asegurado le seguiria presto. Igualmente se persuadió á que el Rey

apro-

aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que podia tener terribles conseqüencias para ella. Efectivamente poco tiempo despues que Nise se habia retirado se abrió la falsa puerta y apareció el Rey que se arrojó á los pies de Blanca, diciéndola ; no me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al Condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delinqüente este artificio la culpa es de vos sola. ¿Para qué os negasteis à oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entónces (¡ay de mí!) ya no tendré modo para hablaros. Oidme, pues, por la última vez, que quiero sincerarme del cargo de traidor. Si confirmé á Constanza la promesa de mi mano, fué porque en las circunstancias en que me puso Sifredo no podia hacer otra cosa. Erame preciso engañar á la Princesa por vuestro interes y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para librarme de aquella aparente obligacion: pero vos disponiendo de vuestra persona con demasiada facilidad preparasteis un eterno dolor á dos corazones que perfectamente se amaban, y hubieran sido siempre felices.

Dió fin á este breve discurso con tan visibles señales de verdadera desesperacion, que Blanca se sintió conmovida. Ya no tuvo la menor

nor duda de su fidelidad y de su inocencia. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues experimentó mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah señor! dixo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros mi fatal estrella, me causa nueva afliccion el saber que estais inocente. ¡Qué es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado: y arrebatada de despecho recibi la mano del Condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah infelice! Yo fuí la delinqüente, y yo misma fabriqué nuestra desgracía. Quando estaba tan quejosa de vos, acusandoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo, imprudente y ligerísima amante, la que rompia los lazos que habia jurado de hacer indisolubles. Vengáos, señor, pues os tocó vuestra vez. Aborreced á la ingrata Blanca... Olvidad....¿Y os parece que lo podré hacer, señora? interrumpió Enrique tristemente. Que será posible arrancar de mi corazon una pasion que no podrá sofocar vuestra misma injusticia. Con todo eso, señor (dixo suspirando la hija de Sifredo) es menester esforzaros para conseguirlo. ¿Y vos, señora (replicó el Rey) sereis capaz de este esfuerzo? No prometo lograrlo (respondió Blanca) pero nada omitiré para ello: lo intentaré con todas mis fuerzas. ¡Ah cruel! exclamó el Rey, fácilmente olvidareis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. Y vos, señor, ¿qué es lo que pensais? repuso Blanca con entereza, os lisonjeais que

os

os tolere continuar en obsequiarme? No formeis tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para Reyna, tampoco me dió un corazon tan baxo que pueda dar oidos á ningun amor que no sea legítimo. Mi esposo es, igualmente que vos de la nobilísima casa de Anjou; y aun quando lo que debo á solo él no fuera obstáculo invencible á vuestros galantes servicios, mi gloria y mi propio honor jamas podrian sufrirlos. Suplíco, pues, á V. M. que se retire, y que haga ánimo á no volverme á ver. ¡Oh qué tirania? exclamó el Rey: ¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? No basta para atormentarme el veros entre los brazos del Condestable? ¿Quereis tambien privarme de vuestra vista, único consuelo que me ha quedado? Huid quanto ántes, señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de los que tiernamente se han amado dexa de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerse. A Dios, señor, retiraos de mi presencia. Este esfuerzo le debeis á vuestra gloria y á mi reputacion. Tambien os le pido por mi reposo y quietud. Porque al fin, aunque mi virtud no se sobresalta con los movimientos del corazon, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta extraordinarios esfuerzos el valor de resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta viveza, que, sin advertirlo derribó en el suelo un candelero que estaba á sus espaldas. Apagóse

se la bugía, cogióla Blanca á tientas; abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz; y apénas la vió el Rey volvió á repetirla las instancias para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del Monarca entró el Condestable con la espada en la mano en el quarto de su esposa, casi al mismo tiempo que entraba ella; encara con Enrique lleno del resentimiento que su rabia le inspiraba. Ya es demasiado, tirano (gritaba enfurecido) no me tengas por tan vil ni tan cobarde que pueda tolerar la afrenta que pretendes hacer á mi honor. ¡Ah traidor! respondió el Rey desenvaynada la espada para defenderse; ¿piensas por ventura executar tu intento impunemente? Diciendo esto dan principio á un combate demasiadamente vivo para que durase mucho. Temiendo el Condestable que Sifredo y sus criados acudiesen á los gritos que daba Doña Blanca y le estorvasen su venganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin reserva. Fuera de sí con el furor él mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el Rey derribado se paró.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. Preocupado el infeliz esposo contra ella no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio

nio que le daba de su dolorosa compasion. La muerte, que tenia tan cercana, no bastó para sofocar en él los rebatos de los zelos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su rival, idea tan ingrata y espantosa, que reanimando los espíritus y dando un momentaneo vigor á las pocas fuerzas que le restaban, le hizo levantar la espada, que aun tenia en la mano, y la metió entera por el seno de su muger, diciéndola: muere, esposa infiel, ya que los sagrados lazos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fe que me habias jurado al pié de los altares. Y tú, Enrique (prosiguió con voz apagada) no te glories ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi desgracia: con esto muero contento. Dixo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que, entre las sombras de la muerte, dexaba ver un cierto no sé qué de fiero y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y mezclada la sangre de esta inocente víctima se confundia con la del bárbaro homicida, cuya execucion fué tan pronta y tan impensada, que no dió lugar al Rey para precaver el efecto.

Prorumpió este en un horrible y lastimoso grito quando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que la quitaba la vida, quiso acudir á prestarla el mismo auxîlio que ella habia deseado prestar á su marido; pero Blan-

ca

ca hízo ademan de detenerle, diciéndole con voz desfallecida: señor, esta es la víctima que estaba pidiendo la suerte inexôrable; y así son igualmente inútiles vuestro socorro y vuestro dolor. Quiera el cielo que este sacrificio aplaque la cólera de nuestro fatal destino, y asegure la felicidad de vuestro reynado. Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al eco de sus lastimosos gritos, entró en el qüarto; y enteramente embargado de los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó sin movimiento. Blanca, que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el Rey: á Dios, señor (le dixo) conservad tiernamente mi memoria? mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre. Respetad sus canas, compadeceos de su dolor y haced justicia á su zelo. Sobre todo haced notoria á todo el mundo mi inocencia: esta es, la cosa mas principal que os encomiendo. A Dios, amado Enrique... Yo me muero... Recibid mi postrer aliento.

Dixo, y falleció. Quedóse inmoble el Rey, guardando por algun tiempo el mas lúgubre y mas sombrio silencio. Rompióle en fin diciendo á Sifredo: mira, Leoncio; esta es la obra de tus manos. Contémplala bien, y considera en ese trágico suceso el fruto de tu oficioso zelo por mi servicio. Nada respondió el afligidísimo anciano, preocupado todo del dolor que le añudaba la voz y le cortaba el aliento. ¿Pero á qué fin

em-

empeñarme en querer describir lo que es superior á toda explicacion ? Basta decir que uno y otro se hicieron las mas tiernas y vivas reconvenciones y quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los internos afectos.

El Rey conservó toda la vida la mas dulce memoria de su fidelísima y honradísima amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El Infante se coligó con ella para hacer que subsistiese lo dispuesto por Rogerio en su testamento : pero se vieron precisados á ceder al Príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. Á Sifredo le desprendió del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tédio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta Quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca, y tuvo el consuelo de casar á Porcia ántes de morir. Casóla con Don Pedro de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es (prosiguió la viuda de Don Pedro de Pinares) la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa este quadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de tan funesta aventura.

CAPITULO V.

De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman.

Despues que la Ortiz, sus compañeras y yo oímos esta historia salímos de la sala, donde dexamos solas á Doña Aurora y Doña Elvira. Pasaron las dos el resto del dia en varias diversiones, sin cansarse la una de la otra; y quando partímos el dia siguiente fué tan dolorosa su separacion como pudiera serlo la de dos íntimas amigas acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegámos en fin á Salamanca sin el menor contratiempo. Tomámos luego una casa noblemente alhajada, y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos acordado, se comenzó á llamar Doña Ximena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia ménos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una dama y un page, y se dirigieron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun quarto desocupado, y habiéndola respondido, que sí, la enseñaron uno bastantemente adornado. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó una mesada del arriendo, expresando que era para un sobrino suyo que venia de Toledo á estudiar á Salamanca, y le esperaba aquel dia.

Des-

Despues que la dueña y mi ama dexaron concertado aquel alojamiento, se retiraron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose las cejas con el mismo color, se disfrazó de suerte que parecia un señorito jóven, garboso y desembarazado; y á no ser que la cara era demasiadamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso el disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page, y todos nos persuadímos á que tampoco esta representaria mal su papel, así porque no era de las mas hermosas, como por cierto ayre de despejo, y aun de descaro, que era muy propio del personage que la tocaba hacer. Despues de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es, en la posada de caballeros, ellas y yo nos dirigimos allá. Entrámos en una carroza con los baules y toda la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agrado, y nos conduxo á nuestro quarto, donde comenzamos á travar conversacion con ella. Convenimos en la comida que nos habia de dar y en lo que *la* habiamos de pagar, quedando el buen trato de su cuenta. Preguntámosla despues si tenia en casa otros huéspedes. Al presente, respondió, ninguno tengo, y siempre tendria muchos si quisiese recibir á todo género de gentes; pero mi genio

no

no lo lleva, y en mi casa solo admito señoritos y personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á acabar aquí sus estudios. Llámase Don Luis Pacheco, y acaso le conocerán Vmds. ó habrán oido hablar bien. Ni uno ni otro, respondió Aurora; y ántes bien habiendo de vivir con él en una misma casa, tendria particular gusto en saber qué hombre es, por lo que podria importar para mi gobierno. Señor, repuso la huéspeda mirando al mentido estudiante, es un caballerito de linda figura, ni mas ni menos como la vuestra; y desde luego aseguro que los dos pareceis hechos para en uno. Vive diez que podré gloriarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y mas ayrosos de toda España. Segun eso (replicó mi ama) ese tal caballerito habrá tenido en Salamanca mil aventuras y buenos lances. ¡Oh! en quanto á eso (respondió la vieja) debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta dexarse ver para conquistar. Entre otras robó el corazon de una dama moza, y bella como ella sola. Es hija de un viejo Doctor en Leyes, y en quanto á su amor por Don Luis es aquello que se llama locura. Su nombre es Doña Isabel. Pero dígame (la interrumpió Aurora con alguna viveza) ¿y Don Luis la corresponde igualmente? Que la amaba ántes que partiese á Madrid (respondió la Ramirez) no tiene duda; pero si ahora la ama ó no la ama, eso es lo que yo no sé, porque el tal caballerito en este punto es poco de fiar. Corre de muger

en

en muger, como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apénas acababa la viuda de decir estas palabras, quando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana, y vímos á dos hombres que se apeaban. Eran el mismo Don Luis Pacheco y su criado. Dexónos la vieja para ir á recibirlos, y dispúsose mi ama, no sin alguna emocion, á representar su personage de Don Felix. Poco despues vímos entrar en nuestro quarto á Don Luis con botas y espuelas, en trage de camino. Acabo de saber (dixo saludando á Doña Aurora) que un caballero Toledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el singularísimo gusto que he tenido de lograr baxo un mismo techo tan buena compañía. Miéntras respondia mi ama á este cumplimiento me pareció que Pacheco estaba sorprendido de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamas habia visto hombre tan galan ni tan bien hecho. Despues de varios discursos acompañados de mil recíprocos cortesanos cumplimientos, se retiró Don Luis al quarto que se le habia destinado.

Miéntras se hacia quitar las botas y mudaba ropa, un page que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á Doña Aurora en la escalera; y teniéndola por Don Luis, á quien no conocia: caballero, le dixo, aunque no conozco al señor Don Luis Pacheco, no juzgo que debo preguntar á V. S. si lo es, y estoy per-

persuadido á que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con admirable presencia de espíritu; seguramente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan. Dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Partió el page; y cerrandose Aurora en su quarto con su criada y conmigo, leímos el papel, que decia así: *Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca. Alegróme tanto esta noticia que temí perder el juicio. ¿Amais todavia á vuestra Isabel? Aseguradla quanto antes de que no os habeis mudado. Morirá de gusto si la dais el consuelo de haberla sido fiel.*

En verdad que el papel es apasionado, dixo Aurora, y muestra una alma absolutamente prendada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; ántes bien me parece que debo hacer todo lo posible para desprenderla de Don Luis, haciendo quanto pueda para que él no la vuelva á ver. La empresa es un poco árdua (lo confieso) mas no desconfio salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió: yo me obligo á ver embrollados á los dos en ménos de veinte y quatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco reposado un poco en su quarto volvió á buscarnos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora ántes de cenar. Caballero (la dixo en tono de zumba) creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que

les ha de causar sobrada inquietud. Yo por lo menos ya comienzo á temer mucho por mis damas. Oiga Vmd. (le respondió mi ama en el mismo tono) su temor no está mal fundado. Don Felix de Mendoza es un poco temible, así os lo prevengo. Ya he estado otra vez en este pais, y sé por experiencia que en él no son insensibles las mugeres. Habrá un mes que transité por Salamanca, detúveme en ella: no mas que ocho dias, y en este breve tiempo (os lo digo en toda confianza)inflamé á la hija de un Doctor en Leyes.

Conocí que se habia turbado Don Luis al oir estas palabras. ¿Y se podrá saber sin pasar por curioso (replicó él prontamente) el nombre de esta dama? ¿Qué llama Vmd. sin pasar por curioso? repuso el fingido Don Felix. ¿Qué razon puede haber para hacer de esto un misterio? ¿Por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? No me hagais esta injusticia. Ademas de que (hablando entre los dos) el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas entidades de media braga, y aun creen que las hacen mucho honor en quitarlas el crédito. Direos, pues sin ceremonia, que la hija del tal Doctor se llama Isabel. ¿ Y el tal Doctor (interrumpio impaciente ya Pacheco) se llama acaso el señor Marcos de la Llana? Justamente (respondió mi ama.) Lea Vmd. este papel que acabo de recibir : por él verá

tá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos Don Luis por el billete, y conociendo la letra se quedó confuso. ¿Qué veo? prosiguió entónces Aurora en ayre de admirada. Parece que se os muda el color. Creo (Dios me lo perdone) que os interesais en esta dama. ¡Oh, y quanto me pesa de haber hablado con tan poca reserva!

Antes bien os doy gracias por ello, replicó Don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡ La pérfida ! ¡ La inconstante! ¡Oh, Don Felix, y quanto bien me habeis hecho! Habeisme sacado de un error en que quizá hubiera vivido largo tiempo. Creia que me amaba : ¿qué digo amaba? me parecia que me adoraba Isabel. Me merecia algun aprecio esta muchacha; pero veo ahora que es una muger digna de todo mi desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pensar, dixo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un Doctor en Leyes debiera contentarse y tenerse por muy dichosa en que fuese su amante un caballerito de tanto mérito como vos. No puedo excusar su inconstancia; y léjos de aceptar el sacrificio que me hace de vos resuelvo castigarla despreciando sus favores. Por lo que á mí toca, dixo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será toda mi venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza. Con todo, para hacerla conocer mejor el desprecio con que la tratamos, seria yo de parecer que cada uno de los dos la escribiéramos separadamente un

pa-

papel que la insultase á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su billete. Mas ántes de llegar á este extremo será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto con Isabel. Nó, no (interrumpió Don Luis) no espero tener jamas semejante flaqueza, y convengo desde luego en que, por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente en obra lo que hemos pensado.

Sin perder tiempo fuí yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy lisongeros para la hija del Doctor Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces tan fuertes que le contentasen para explicar quanto deseaba la viveza de su irritada imaginacion; y así hizo pedazos cinco ó seis billetes, por parecerle sus expresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenia razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocerte, reyna mia, y no tengas la vanidad de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en tí el menor atractivo que merezca mi atencion mas que un momento. Solamente puedes aspirar á los inciensos que te tributarán las bopalandas mas miserables de la Universidad.* Escribió, pues, esta graciosa carta, y quando Aurora acabó el suyo (que no era ménos excesivo) los cerró entrám-

trámbos baxó una cubierta; y entregándome el pliego: toma, Gil Blas, me dixo, y procura que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome de ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente. Sí señor, le respondí: será V. S. servido como desea.

Responderle esto, hacerle una reverencia y salir de casa todo fue uno. Luego que me ví en la calle me dixe á mí mismo: con que, señor Gil Blas, Vmd. en esta comedia hace el importante papel de criado confidente? Sí señor. Pues, amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El señor Don Felix se contentó con hacerte una seña. Fióse de tu penetracion. ¿Entendiste bien lo que aquella guiñada queria decir? Sí por cierto. Quísome dar á entender que entregase solamente el billete de Don Luis. No significaba otra cosa la gitanesca guiñadura. No tuve en esto la menor duda; conque diciendo y haciendo rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del Doctor Marcos, habiéndome ántes informado donde vivia. Encontré á la puerta el mismo pagecito que habia visto en la posada de los caballeros. Hermano, le dixe, ¿sereis vos por fortuna el criado de la hija del señor Doctor Marcos de la Llana? Respondióme que sí en tono de mozo experto en estos lances; y yo le añadí: teneis una fisonomía tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al próximo, que me atrevo á suplicaros entregueis

á

á vuestra ama este papelito de cierto caballero que conoce.

¿Y quién es ese caballero? me preguntó el pagecillo; y apénas le respondí que era Don Luis Pacheco, quando todo regocijado me respondió: ¡ah! si el papel es de ese señorito, sígame, que tengo órden de mi ama de introducirte en su quarto, y quiere hablarte. Seguíle en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dexó ver la señora. Quedé admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto jamas facciones mas finas. Tenia cierto ayre tan delicado y melindroso que parecia una niña de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma, sin necesitar de andadores. Amigo me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de Don Luis Pacheco? Sí señora (la respondí), tres semanas há que entré á servir á su Señoría; y diciéndo esto la puse respetosamente en la mano el papel que se me habia encomendado. Leyóle dos ó tres veces, en ademan de quien desconfiaba de lo que sus mismos ojos la decian. Con efecto, ninguna cosa esperaba ménos que semejante respuesta. Levantaba los ojos al cielo, mordiase los labios y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazon. Volvióse despues hácia mí con ímpetu, y toda azorada me preguntó: ¿Don Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí? Dime, amigo, si lo sabes, ¿qué motivo ha tenido para escribirme un

pa-

papel tan cortesano, tan atento ? Qué demonio se ha apoderado de él ? Si queria romper conmigo ¿ es posible que no lo supo hacer sino ultrajándome con tan groseras y torpes frases ?

Señora, la respondí con hipocresía, es cierto que mi amo no ha tenido razon; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me asegurais el secreto yo os descubriré todo este enredo. Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente. No temas que te sacrifique; y así explícate con toda libertad. Pues, señora, continué yo: hé aquí el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel entró en la posada una dama de tapadillo, cubierta con un manto de los mas dobles. Preguntó por el señor Pacheco, hablóle en particular, y pasado algun tiempo, al fin de la conversacion la oí estas precisas palabras: *me jurais que nunca la volvereis á ver; pero no me contento con esto. Es menester qne en este punto la escribais un billete que yo misma quiero dictar. Esto quiero absolutamente de vos.* Rindióse Don Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregándome despues el billete, me dixo: toma este papel, informate donde vive el Doctor Marcos de la Llana, y procura con destreza que esta carta se entrégue á su hija Isabel en propia mano.

De aquí inferireis, señora, que la tal carta es obra de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha te-

tenido en esta maniobra. ¡Oh cielos! exclamó ella. Pues esto es mas aun de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas y ultrajantes palabras que se atrevió á escribir aquella bárbara mano. Pero revistiéndose de repente de aquella fiereza que en una muger despreciada induce la vengativa sensibilidad del sexô, añadió despechada: abandónese en buen hora libremente á la ingratitud y á su nuevo amor. Nada me importa á mi: no me estimo en tan poco que me abata á perturbarle. Decidle de mi parte que no necesitaba echar mano de groserias y de insultos para obligarme á dexar libre el campo á mi competidora. Me sobra el desprecio con que miro á un amante tan ligero, para que jamas se atreva la memoria á ponérmele delante. Diciendo esto me despidió, volviéndome las espaldas muy irritada contra Don Luis.

Yo salí muy satisfecho de mi mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré á los señores Mendoza y Pacheco, que estaban cenando juntos, y conversaban con tanta confianza como si se hubieran tratado y conocido muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿Con que ya estás de vuelta, Gil Blas? me dixo en tono festivo. Ea, danos cuenta del suceso de tu embaxada. Tuve para responder que recurrir á mi ta-

talento. Dixe que habia entregado el pliego en mano propia; que despues de haber leido los dos dulcísimos y ternísimos papeles prorumpió en grandes carcaxadas como una loca, diciendo: por vida mia que los dos señoritos escriben en un bellísimo estilo. No se puede negar que nadie sabe imitarlo. Eso (dixo mi ama) se llama *sacar el caballo ó salir del atolladero con grande aire*. En verdad que la tal señora mia es una chula magistral y muy diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á Doña Isabel (interrumpió Don Luis): la tenia por muy otra. Yo tambien (replicó Aurora) habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mugeres que saben hacer todos los papeles. A una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir: parecia la muger mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo. Así es, respondí yo introduciéndome en la conversacion: era capaz de engañar al mismo diablo, y faltó pocó para que me engañase tambien á mí.

Dieron grandes carcaxadas el falso Mendoza y el verdadero Pacheco quando me oyeron hablar de esta manera; el uno por lo que yo decia de una dama imaginaria, y el otro por las expresiones de que usaba. Proseguímos nuestra conversacion sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mugeres; y la resulta de todos nuestros dircursos fué que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chu-

la de profesion. Don Luis protestó de nuevo que jamas la volveria á ver, y Don Felix, á su exemplo, juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas protestas estrecharon mas su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; ántes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobre mesa se detubieron un rato, diciendo cosas graciosísimas, y despues se separáron para irse á dormir cada qual á su quarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo, donde dí fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del Doctor, sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegría. Querido Gil Blas, me dixo; tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Quanto nos arrastra una pasion en que es preciso recurrir á invenciones y estratagemas, es gran fortuna lograr un criado tan advertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interes en nuestros asuntos. Animo, pues, amigo mio. Nos hémos desembarazado de una muger que podia hacernos mal tercio. No me descontenta el principio. Pero como los lances de amor estan sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que quanto ántes acometámos nuestra ideada aventura, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento, y dexando al señor Don Felix con su page me retiré al quarto donde tenia mi cama.

CAPITULO VI.

Artificios de Aurora para hacerse amar de Don Luis Pacheco.

Juntáronse los dos nuevos amigos al dia siguiente. Abrazáronse luego que se viéron, demostracion que sufrió Aurora por hacer bien el personage de Don Felix. Saliéron juntos á pasearse por la Ciudad, acompañándolos yo con Chilindron, criado de Don Luis. Parámonos á la puerta de la Universidad para leer varios carteles de libros nuevos. Habia tambien leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo como del codo á la mano, que hacia su crítica sobre las obras que allí se publicaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atencion, y se conocia muy bien en su semblante enfatico y en su tono magistral que él mismo estaba muy persuadido á que la merecia. No sabia disimular que era vano y hombre decisivo, como lo suelen ser todos los tamañitos. Esa *Nueva Tratraduccion de Horacio* que anuncia este cartel con letras gordas (decia á los circunstantes) es obra de un cierto autor opalandas, escritor de los de antaño, muy estimada de los escolares, de la qual se han hecho ya quatro ediciones; pero ningun hombre verdaderamente literato ha comprado siquiera uno. No era mas ventajosa la crí-

crítica que hacia de los demas libros. Sin duda que el tal crítico perinola debia ser algun autorcillo. Yo de buena gana le estaria oyendo hasta que acabase de hablar; pero me fué preciso seguir á Don Luis y á Don Felix, que fastidiados de aquel hombrecillo, y no interesándose poco ni mucho en los libros que criticaba, prosiguiéron su camino alejándose de él y de la Universidad.

Llegámos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y con destreza hizo que la conversacion recayese sobre su familia. Mi Padre, dixo, fué un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo: mi madre es hermana carnal de Doña Ximena de Guzman, que pocos dias há vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo en su compañía á su sobrina Doña Aurora, hija única de Don Vicente de Guzman, á quien quizá habrá Vmd. conocido. No tengo tal fortuna, respondió Don Luis, pero he oido hablar mucho así de ese caballero como de su hija, prima vuestra, y mi señora Doña Aurora. Decidme por Dios si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita. Me han asegurado que no tiene igual en hermosura y entendimiento. En quanto á entendimiento, respondió Don Felix, es cierto que no le falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo; pero en quanto á hermosura no creo que sea tanto como ponderan, quando oigo decir que ella y yo nos parecemos

mu-

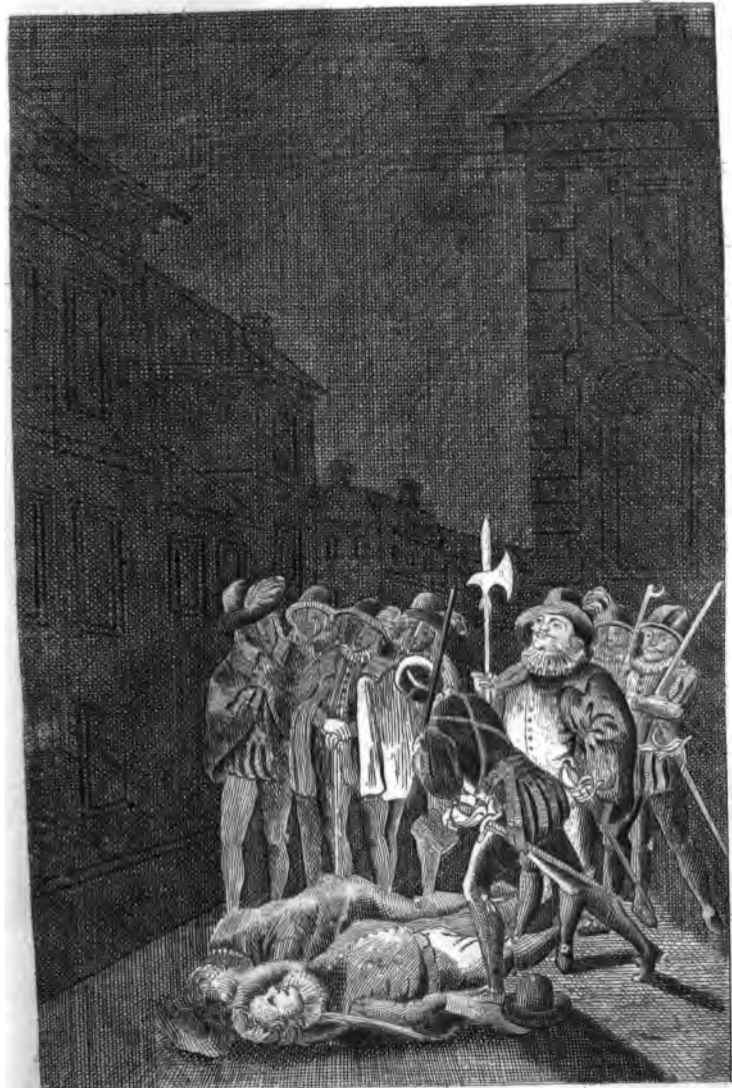
mucho. Siendo eso así, replicó prontamente Don Luis, queda muy justificada su fama. Vuestras facciones son regulares y perfectas, vuestra tez muy delicada, y así no puede ménos de ser lindísima vuestra prima. Yo quisiera tener la dicha de ponerme á sus pies y rendirla mis respetos. Desde luego me ofrezco á satisfacer vuestra curiosidad, repuso el falso Mendoza, y á satisfacerla hoy mismo. Despues de comer irémos los dos á casa de mi tia.

Mudó entonces de conversacion mi ama, y comenzáron los dos á hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, miéntras se disponian para ir á casa de Doña Ximena, me anticipé yo á prevenir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia me restituí prontamente á la posada para acompañar á Don Felix, que finalmente conduxo al señor Don Luis á casa de su tia. Apénas entráron en ella quando encontraron con Doña Ximena, que con el dedo en la boca los hizo señal de que metiesen poco ruido, diciendoles en voz baxa: *paso, pasito.* No despierten Vmds. á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la qual há poco tiempo que la dexó, y habrá un quarto de hora que se retiró á descansar un poco. Siento mucho este contratiempo, dixo Mendoza, porque esperaba tener el gusto de que viesemos á mi prima, queriendo hacer este cortejo á mi amigo el señor Pacheco. Lo que se difiere no se quita, respondió sonriéndose

se la Ortiz, y mañana podrá el señor Pacheco hacer ese honor á mi sobrina. Detuviéronse algun poco los dos caballeritos con la vieja, y despues de una muy breve conversacion se retiráron.

Condúxonos Don Luis á casa de un hidalgo amigo suyo, llamado Don Gabriel de Pedrosa, donde pasámos lo restante del dia, cenámos con él, y dos horas despues de media noche volvímos á la posada. Habiamos andado como la mitad del camino quando tropezámos en dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creímos que serian algunos infelices recien asasinados, y nos parámos á socorrerlos, en caso de llegar á tiempo nuestro socorro. Miéntras nos estábamos informando del estado en que se hallaban, quanto lo podia permitir la obscuridad de la noche, hé aquí que llega una ronda. El Comandante nos tuvo por asasinos, y dió órden á sus gentes de que nos cercasen, pero mudó de opinion, haciendo juicio mas benigno luego que nos oyó hablar, y mucho mas quando á la luz de las linternas descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que exâminasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creiamos asasinados, y halláron ser amo y criado ámbos atestados de vino, y perfectamente borrachos. Señores, exclamó un ministril, conozco muy bien á este señor Licenciado, que pretendió hacer figura en nuestra Universidad. Aquí donde Vmds. le ven es un

gran-



Franco Mollera las gravó.

grande hombre, un ingenio superior. No hay quien resista á sus argumentos; en un abrir y cerrar de ojos da en tierra con el mayor filósofo de Salamanca: es un flujo irrestrañable, un diluvio impetuoso de palabras. Lástima es que sea tan inclinado al vino, al juego y á las mugeres. Ahora vendrá de cenar con su Belica, donde él y el que le guisa se habrán emborrachado. Antes de graduarse lo hacia freqüentemente, y despues de graduado prosigue de la misma manera, porque al fin no siempre es verdad que honores mudan costumbres. Nosotros dexámos á los dos borrachos en manos de la ronda, que cuidó de llevarlos á su casa, y nos fuímos á la nuestra, donde cada uno trató de irse á dormir.

Don Felix y Don Luis se levantáron al dia siguiente hácia el medio dia, y su primera conversacion fué de Doña Aurora de Guzman. Gil Blas, me dixo mi ama, vé á casa de mi tia Doña Ximena á saber como han pasado la noche ella y mi prima, y á preguntarla si el señor Pacheco y yo podemos ir hoy á tributarlas nuestros respetos. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habiamos de gobernar; y despues que tomámos nuestras medidas volví con la respuesta al fingido Mendoza, y le dixe: mi señora Doña Aurora me encargó ella misma os dixese de su parte que ya estaba restablecida, y que tendrá

el

el mayor gusto con vuestra visita; y la señora Doña Xemena me encomendó asegurase al señor Pacheco que siempre seria muy bien recibido en su casa, á favor de su mérito y de vuestra amistosa recomendacion.

Conocí que estas últimas palabras habian gustado mucho á Don Luis. Tambien lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un alegrísimo presagio. Poco ántes de comer vino á la posada el criado de la señora Ximena, y dixo á Don Felix: señor, un hombre de Toledo fué á preguntar por V. S. en casa de su señora tia, y dexó en ella este billete. Abrióle el fingido Don Felix, y leyó en él estas cláusulas en voz que las pudiesen oir todos: *Si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de conseqüencia que os importan mucho, leido este venid prontamente al meson del Caballo negro, cerca de la Universidad.* Tengo grandes deseos de saber quanto ántes noticias que tanto me importan, dixo Don Felix, y así, á Dios, señor Pacheco; si no volviere dentro de dos horas podeis ir vos solo á casa de mi tia, á donde concurriré yo tambien despues de comer. Ya sabeis el recado que os dió Gil Blas de parte de Doña Ximena: en virtud de él estais obligado á hacer está visita. Diciendo esto salió de casa mandándome le siguiese.

Fácilmente se imaginará el sagáz y entendido lector que en vez de tomar el camino del meson del *Caballo negro* nos fuímos derechitos á casa de la Ortiz, y nos dispusímos al enredo.

Qui-

Quitóse Aurora sus postizos cabellos blondos, lavóse y frotóse muy bien las cejas y pestañas; vistióse de muger, y hétela una bellísima dama con hermosos cabellos negros, mesmamente tal qual ella era. Puede decirse que el disfraz la transformaba de manera que Doña Aurora y Don Felix parecian dos personas diferentes. En trage de muger se representaba mas alta que vestida de hombre, gracias á los tacones excesivamente empinados que regalaban con su elevacion á la estatura. Luego que añadio á su hermosura natural los demas socorros que el arte la prestaba, salió á esperar á Don Luis, sintiendo en su pecho una cierta agitacion, ocasionada del combate que con fuerzas iguales hacian en él el temor y la esperanza. Unas veces se alentaba reflexîonando en el atractivo de su rostro y de su espíritu, otras la abatia el miedo de que la saliese mal aquel peligroso ensayo. La Ortiz se dispuso tambien por su parte á hacer lo que la tocaba para que nuestra ama no quedase desayrada en el logro de su intento. Yo, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, no debiendo parecer en ella hasta el fin de la visita, semejante á aquellos actores que solo se dexan ver en el teatro quando está para concluirse la comedia, salí así que acabé de comer.

En fin todo estaba ya prevenido quando llegó Don Luis. Recibióle con el mayor agrado la señora Ximena, y tuvo con Aurora una larga conversacion que duró dos ó tres horas. Al ca-

bo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiéndome á Don Luis, le dixe: caballero, mi amo Don Felix suplica á V. S. se sirva de perdonarle si hoy no pudiese venir, porque se halla con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse. Sí por cierto, exclamó Doña Ximena con una ironía bufonesca, estará el bribonzuelo divirtiéndose con algunas buenas bigoteras cortesanas. Nó, señora, repliqué yo prontamente, está en la realidad con aquellos hombres tratando de negocios demasiadamente serios, y verdaderamente le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aquí. Yo no admito sus disculpas, repuso mi ama. Sabiendo que yo estaba indispuesta podia y debia mostrar mas atencion con las personas que le tocan tan de cerca. En castigo de esta falta no he de verle ni recibirle en dos semanas. Ah, señora, dixo entónces Don Luis, suspended tan cruel resolucion. Sóbrale al pobre Don Felix por castigo el dolor de no poder véros hoy.

Despues de haberse divertido alegremente por algun tiempo sobre el mismo asunto se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de trage, y volvióse á su vestido de caballero. Transfirióse á la posada lo mas presto que le fué posible, y apénas entró díxo á Don Luis: perdonadme, amigo, sino pude ir á buscaros á casa de mi tia: halléme con unos hombres tan pesados que no pude, por mas que hice, desembarazarme de ellos. Lo único que me

consuela es, que vos tuvieseis lugar para satisfacer vuestra curiosidad y deseos: y bien, ¿ qué os ha parecido mi prima? habladme sin ceremonia. Qué me ha de parecer, respondió Pacheco: me ha encantado. Teneis razon en decir que los dos soys muy parecidos. En mi vida he visto facciones mas semejantes. El mismo ayre de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo sonido de voz. No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta, tiene el cabello negro y vos sois blondo; vos festivo y ella seria. Por lo demas no es mas parecido un huevo á otro huevo, que lo sois el uno al otro. En quanto á talento no creo que pueda haber alguno superior al suyo, sino que sea un Angel. En una palabra, es una dama de un mérito completo.

Pronunció Pacheco estas últimas palabras tan fuera de sí, que Don Felix le dixo sonriéndose: siento, amigo, haberos proporcionado este conocimiento: soy de parecer que no volvais mas á casa de Doña Ximena: y os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzman podria insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasion... No necesito volverla á ver, interrumpió Don Luis, para estar ya ciegamente prendado de ella. El mal, si lo es, está hecho. Tanto peor para vos, replicó el fingido Mendoza; porque vos no sois hombre de contentaros con una sola, y mi prima no es una Doña Isabel. Os hablo claro como amigo:

no

no es muger capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real. *¿Por el camino real?* repitió Don Luis en tono enfático. ¿ Y puede haber hombre en el mundo tan temerario que piense ir por otro camino quando ama á una dama de su calidad? pensar lo contrario es agraviarme. Conocedme mejor. ¡Qué dichoso sería si mereciera que vuestra prima se mostrase favorable á mis legítimos deseos, y se dignase unir al mio su destino! Oh, Don Luis! repuso Don Felix, ya que la música se entabla en este tono, desde este punto me tendrá de su parte vuestro amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, cuya autoridad y amor son los que mas pueden con la prima.

Pacheco rindió mil gracias al caballero, y mi ama y yo reconocimos con gusto que no podia caminar mejor el sutil y bien meditado estratagema. El dia siguiente añadímos algunos grados mas al amor de Don Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su quarto, despues de suponer que habia ido á hablar con Doña Ximena para interesarla en su favor, y le dixo así: hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente impresionada contra vos, porque no sé quien la habia metido en la cabeza que erais un libertino; pero me puse de vuestra parte con tal ardor, que logré finalmente desimpresionarla de to-

todo. No obstante (prosiguió Aurora) para mayor abundamiento, quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia, para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo. Mostró Pachecho una grande impaciencia por hablar quanto ántes con Doña Ximena, y procuró Don Felix que lograse esta satisfaccion á la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condúxole él mismo á la señora Ortiz, y los tres tuviéron una conversacion, en la qual dió muy bien Don Luis á conocer el mucho terreno que el amor habia ganado en su corazon en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Ximena muy pagada de la tierna fineza que mostraba por su sobrina, y le ofreció hacer quanto estuviese de su parte para persuadirla á que le diese su mano. Arrojóse Pacheco á los pies de tan buena tia, y la rindió mil gracias por tan inestimable favor. Á este tiempo preguntó Don Felix si su prima se habia levantado. Nó, respondió la dueña, todavía está durmiendo, y por ahora no se la podrá ver: pero vuelvan Vmds. esta tarde y la hablarán quanto quieran: respuesta que, como se puede creer, añadió muchos grados á la alegría de Don Luis, á quien se le hizo eterno el remanente de aquella mañana. Restituyóse, pues, á su posada en compañia del fingido Mendoza, que tenía la mayor complacencia en observar todos sns movimientos y en descubrir en ellos todas las señales de un amor fino y verdadero.

Toda la conversacion fué acerca de Aurora.

Acabada la comida dixo Don Felix á Pacheco: ahora mismo se me ofrece un pensamiento. Paréceme que podrá convenir mucho el que yo me adelante un poco á casa de mi tia para hablar en particular á mi prima, y descubrir, si puedo, el temple de su corazon en órden á vuestra persona. Aprobó Don Luis esta idea; dexó salir primero á su amigo, y él le siguió una hora despues. Mi ama supo aprovechar el tiempo de manera que quando llegó su amante ya estaba vestida de muger. Despues de haber saludado á Doña Aurora y á su tia, dixo Don Luis: yo creí encontrar aquí á Don Felix. Está escribiendo en mi gabinete, respondió Doña Ximena, y presto saldrá. Quedó satisfecho Don Luis con esta respuesta, y comenzó á entablar conversacion con las damas. Esta se alargaba y Don Felix no parecia. No pudo ya Don Luis disimular mas su estrañeza, y habiéndola manifestado, Aurora mudó de repente de tono; echóse á reir, y le dixo: ¿es posible, Señor Don Luis, que ni siquiera hayais sospechado la inocente burla que os estámos haciendo? ¿Pues qué unos cabellos blondos, pero postizos, y dos cejas teñidas me desfiguran tanto que os hayais dexado engañar hasta este punto? Desengañaos, caballero (prosiguió, volviendo á su natural seriedad) y acabad de conocer que Don Felix de Mendoza y Doña Aurora de Guzman son una sola persona.

No se contentó con sacarle de su error; confesóle tambien la flaqueza de su pasion, y todos

los

los pasos que esta misma la habia sugerido para reducirle al estado en que le veia. No quedó el tierno amante ménos encantado que sorprendido de lo que estaba oyendo y tocando con sus manos. Arrojóse á los pies de mi ama, y la dixo trasportado: ¡ah bella Aurora! ¿puedo creer con efecto que soy yo el feliz y afortunado mortal que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? Son de tanto precio que no basta á pagarlas el mas fiel y mas inmutable reconocimiento. A estas palabras se siguiéron otras mil apasionadas y tiernas expresiones, correspondidas modesta y sinceramente por Aurora, despues de lo qual los dos amantes tomáron de acuerdo las mas justas y mas decentes medidas para acelerar el cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente á Madrid, donde se daria fin á la comedia con el matrimonio de los dos. Así se executó; y quince dias despues se casó Don Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentacion y muchos regocijos.

CAPITULO VII.

Muda de amo Gil Blas, y va á servir á Don Gonzalo Pacheco.

Tres semanas despues del casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dixo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte

te en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que Don Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho tenerte en la suya para su ayuda de cámara. Habléle de tí tan ventajosamente que me pidió te persuadiese á que vayas á servirle. Es un señor ya entrado en dias, pero de bellisimo carácter, y estoy persuadida á que te irá muy bien con él.

Dí mil gracias á mi señora por lo mucho que me favorecia, y la dixe, que ya que su Señoria no necesitaba de mí, y gustaba de que fuese á servir al señor Don Gonzalo estaba pronto á complacerla, particularmente quando tenia la honra y el consuelo de quedarme dentro de la familia. Fuí, pues, una mañana de parte de la novia á casa de dicho señor, y me presenté á él. Halléle todavía en la cama, aunque era cerca de medio dia. Entré en su quarto, y ví que estaba tomando un caldo que le servia un page. Tenia el buen viejo bigotes á la papillota, ojos hundidos y casi apagados, semblante descarnado y macilento. Era de aquellos solterones, que habiendo gozado del mundo á toda satisfaccion en la mocedad, no son mas contenidos, ni están ménos dominados de sus antiguas pasiones en la vejez. Recibióme con mucho agrado, y me dixo que si le queria servir con el mismo zelo con que habia servido á su sobrina, haria él solo mi fortuna, y esperaba que no tendria motivo para arrepentirme. Ofrecíle no aplicarme con ménos atencion á desempeñar mi obligacion en

su

su servicio que lo habia hecho en el de mi ama, y desde aquel mismo punto me admitió én su casa, contándome en el número de sus criados.

Y éteme ya aquí con un nuevo amo, el qual sabe Dios qué hombre era. Quando le ví saltar de la cama me pareció que estaba viendo la resurreccion de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo tan seco y tán enjuto que, si se le viese en cueros, seria el esqueleto mas perfecto y mas á propósito para que un anatómico aprendiese la osteologia. Las piernas eran tan sutiles que, aun despues de tres ó quatro pares de calcetas y medias unas sobre otras, parecian dos bastones de negrillo, á quienes servian de ñudos las pantorrillas. Para mayor gracia era asmatica aquella momia viviente, acompañando con una tos cada palabra. Luego que se puso su bata pidió chocolate; tomóle, y habiendo mandado despues que le traxesen papel y tinta, escribió un billete que entregó al page que le habia servido el caldo, para que le llevase á su destino. Apénas partió este quando, volviéndose á mí, me dixo: amigo Gil Blas, de aquí adelante has de ser tú el confidente de mis comisiones, particularmente las relativas á una cierta Doña Eufrasia, que es una damita jóven y bella á quien sirvo y tiernamente amo, siendo de ella con igual ternura amado y correspondido.

¡Santo Dios! dixe prontamente á mi capote, ¿y como podrán los mozos no creer que son

amados, quando está persuadido á que es idolatrado este viejo podrido, carcuezo y cazcarriento? Mañana, prosiguió el presumido Matusalen, irás conmigo á su casa, porque casi todas las noches ceno con ella. Quedarás admirado quando veas su modestia y compostura. Léjos de imitar aquellas atolondradas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, ella, que en medio de su florida edad es de entendimiento claro y de juicio maduro, no busca en los hombres galanterias ni palabras, sino el buen modo de pensar: y prefiere los que saben amar á los que solo saben fingir y enamorarse de sí mismos. No limitó á solo esto el señor Don Gonzalo el panegírico de su dama: empeñóse en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones; pero encontró con un oyente dificil en dexarse convencer. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas, y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, solo por complacerle fingí que le creia; y aun hice mas, pues no solo alabé el discernimiento y el buen gusto de Doña Eufrasia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podria encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció el incienso con que yo estaba regalando á sus narices; ántes por el contrario se persuadió á que todo quanto le decia era oro puro. Tanta verdad es, que nada se arriesga en adular á los grandes, porque se tragan como si fue-

fueran confites las lisonjas mas groseras y mas empalagosas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas muy delicadas algunos pelos blancos de la barba, y se lavó con agua caliente los ojos, que estaban cargados de lagañas. Lo mismo hizo con los oidos, las manos y la cara. Concluidas sus abluciones se tiñó de negro el bigote, las pestañas y las cejas, gastando en el tocador mas tiempo que una viuda vieja, empeñada en desmentir, ya que no pueda reparar, el estrago que hicieron los años en su semblante. No bien habia acabado de vestirse y de remozarse (á lo que á él le parecia) quando entró en su quarto el Conde de Azumar, que era amigo suyo y tan viejo como él; pero muy diferente en todo lo demas. Este traia sus venerables canas descubiertas, se apoyaba sobre un baston, y parecia hacer alarde de su misma respetable ancianidad. Amigo Pacheco, dixo luego que entró, vengo á que me dés de comer. Bien venido, Conde, le respondió mi amo; y al mismo tiempo se abrazáron, y comenzáron á hablar miéntras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio rodó la conversacion sobre una corrida de toros que pocos dias ántes se habia celebrado. Habláron de los picadores y caballeros en plaza que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo Conde, á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar

las

las pasadas, dixo suspirando: ya no se usan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros, ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reia interiormente de la ridícula prevencion del señor Conde de Azumar, tan general en casi todos los viejos, pero su Señoría no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos. Quando se sirvió la fruta en la mesa tomó una pera en la mano, y dixo mirándola y remirándola: en mi tiempo eran mucho mayores las peras, porque al fin el tiempo todo lo gasta ó todo lo disminuye: la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso (replicó mi amo) las peras en tiempo de Adan serian de grandísimo tamaño.

Detúvose el Conde de Azumar con Don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que se desembarazó de él salió de casa, diciéndome que le acompañase. Fuímonos derechos á casa de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un quarto alhajado con mucho primor. Estaba vestida de gala, y representaba un ayre de tan florida juventud, que casi parecia niña, sin embargo de que ya llegaba á los treinta. Podia pasar por linda, y desde luego admiré su entendimiento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su loquacidad, por su desembarazo y por su desemboltura. Tanto en sus acciones como en sus discursos sobre-

sa-

salia en ella el juicio, la modestía y la penetracion. Sin afectar ingenio se echaba de ver en todo lo que decia. ¡Oh cielo (exclamé yo dentro de mí mismo) es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan reservada! Y es que vivia yo persuadido á que necesariamente habia de ser desahogada toda dama cortesana. Admirabame aquella aparente modestia, sin hacer reflexîon á que las tales princesas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en sus manos. Gustan unos fuego, viveza y atolondramiento, pues con estos serán intrépidas y casi locas. Si agrada á otros el sosiego y la compostura; siempre las encontrarán con un exterior tranquilo, modesto y virtuoso. Verdaderos camaleones, mudan de color segun el genio y humor de las personas que tratan.

No era Don Gonzalo del gusto de los que tienen muy en gracia las mugeres de modales libres; ántes bien no las podia sufrir, y para que le agradasen era menester tuviesen un cierto ayre de Vestal. Así, pues, Eufrasia se gobernaba por esta regla, y hacia ver que habia muchas comediantas fuera de aquellas que representaban en los teatros. Dexé á mi amo con su ninfa, y yo me fuí á una sala donde me encontré con una criada vieja, que yo habia conocido sirviendo á una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y me dixo: ¿aquí estás amigo Gil Blas? ¿quién te traxo acá? Segun eso dexas-

-xaste el servicio de Arsenia como yo dexé el de Constanza. Así es, respondí yo : mucho tiempo há que le dexé, y despues entré á servir á una dama de distincion, porque la gente de teatro no me acomodaba: Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra. Hiciste muy bien, me respondió la vieja, y poco mas ó menos lo mismo hice yo con Constanza. Una mañana la dí mi cuenta luego que me levanté. Ella me la recibió sin decirme una palabra, y de esta manera nos despedímos como dicen á la francesa.

Mucho celebro, repuse yo, que tú y yo nos hallémos sirviendo á gente honrada y distinguida. Doña Eufrasia muestra bien que es persona honrada, y parece señora de admirable carácter. No te engañas en tu juicio, respondió la Beatriz (que así se llamaba la vieja.) Mi ama es una muger muy bien nacida; y por lo que toca al genio será dificil hallar otra mas sosegada, mas dulce, ni mas apacible. No es de aquellas amas impetuosas, altivas y dificiles de contentar, que nada les gusta; que en todo encuentran que decir, gritan sin cesar, atormentan á todos los criados, y es un infierno el servirlas. Hasta ahora no la he oido gritar siquiera una sola vez. Quando hago alguna cosa que no la gusta me lo advierte con mucha paz, sin honrarme jamas con aquellos epitetos y palabras de que son tan liberales las mugeres coléricas y soberbias. Tambien mi amo, repliqué yo, es un señor muy pa-

cí-

cífico, y humanísimo con todos : por lo que toca á esto vos y yo estámos mejor que quando estábamos con los comediantes. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo tengo ahora una vida muy retirada quando la de entónces era tan tumultuosa. En nuestra casa no entra otro hombre que el Señor Don Gonzalo, y en esta mi amada soledad tendré yo el grandísimo gusto de no ver tampoco á otro que á tí. Tiempo há que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin no desconfio de ser tan dichosa como ella; pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en punto á fidelidad no la cedo á la mas fiel y amorosa tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de aquellas tantas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno las pretenderia, no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad; pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese aprehender que la despreciaba; ántes bien tuve la advertencia de responderla en términos que no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderla. Lisonjeábame ya con la persuasion de haber conquistado á lo ménos una vieja tercerona; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella, no ya por mis bellos ojos, ni por mi linda cara, sino para empeñarme en los intereses de su ama, á quien tenia tanto amor que á ningun medio perdonaba

quan-

quando se trataba de complacerla y de servirla, Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fuí á entregar á Doña Eufrasia un billete amoroso de mi amo. Recibióme aquella dama con la manera mas afable y mas graciosa del mundo. Dixome mil cosas cariñosas; y la criada quiso tambien tirar su pincelada en mi elogio. Al oir á las dos, mi amo poseia un tesoro en mi persona. A una la encantaba mi fisonomia; otra descubria en mis palabras un fondo de penetracion y de prudencia, que verdaderamente la admiraba. Desde luego penetré todo el fin de àquellos encarecimientos; pero los oia con una aparente simplicidad que remedaba á la perfeccion todo el candor de un ànimo sencillo é inocente, con cuyo artificio engañé á las que pensaban haberme engañado; y en este errado concepto se quitaron en fin la mascarilla.

Ea, Gil Blas, me dixo Doña Eufrasia apretándome la mano: en tu arbitrio está hacer tu fortuna. Obrémos todos de concierto, amigo mio. Don Gonzalo es viejo, su salud muy delicada: una calenturilla ayudada de un buen Médico basta para echarle en la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que nos restan, y gobernémonos de manera que me dexe á mí la mejor parte de sus biènes. A tí te tocará una buena porcion, así te lo prometo, y puedes contar sobre mi palabra como pudieras contar sobre una escritura otorgada ante todos los Escribanos de Madrid. Madama, la respondí,

dí, disponga Vmd. á su arbitrio de este su fiel servidor. Solamente la suplíco que me diga lo que debo executar, y lo demas déxelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo, y darme razon puntual de todos sus pasos. Quando hables con él procura con arte que recaiga la conversacion sobre las mugeres, y toma de aqui ocasion para con destreza y con maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia en quanto te sea posible. Espia con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con el ojo á su herencia, y avisame sin perder instante de tiempo: yo los echaré á pique. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo: sé el modo de hacerlos ridículos; y ya lo he desviado de sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrasia conocí que era una de aquellas damas que solo se dedican á viejos generosos y liberales. Pocos dias ántes habia obligado á Don Gonzalo á vender no sé qué posesion, cuyo dinero la regaló. Todos los dias le chupaba alguna cosa, y ademas de eso esperaba que no la olvidaria en su testamento. Mostréme muy empeñado en hacer todo lo que me pedia; mas por no disimular nada, confieso que quando volvia á casa iba muy dudoso sobre el partido que de-

bia tomar en aquel descubrimiento; si el de apro-vecharme de él para engañar al viejo, ó para desviarle de aquella falaz muger. Este último me parecia mas honrado que el otro, y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion que á engañar á mi amo. Consideraba por otra parte que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia, y quizá por esto mas que por otro motivo, no pudo corromper mi fidelidad. Resolví, pues, servir con zelo á Don Gonzalo, persuadido á que si lograba desprenderle de su ídolo sería mejor recompensado por una accion tan honrada que por la otra; pues al cabo era ruindad, y estas nunca aprovechan.

Para lograr mejor el fin que me habia propuesto fingí sacrificarme enteramente al servicio de Doña Eufrasia. Hícela creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto la embocaba mil patrañas, que la pobre creia como otros tantos Evangelios: artificio con el qual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. Para mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado perdido de Beatriz, la qual estaba tan desvanecida con la conquista de un mozo ni zurdo, ni tuerto, ni corcobado, que no se la daba un pito de que la engañase con tal que la engañase bien. Quando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reynas representabamos dos pinturas diferentes, pero ámbas en el mismo gusto. Don

Gonzalo seco y pálido, como ya le he retratado, parecia un moribundo en agonía quando miraba á su Filis con ojos lánguidos, dulces y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truana vieja y bien amaestrada. Conociase que habia cursado estas escuelas por lo ménos unos buenos quarenta años. Habiase refinado en servicio de una de aquellas heroinas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas con los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya con ir todos los dias á casa de Eufrasia con mi amo: muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á qualquier hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre, ni ménos á muger alguna que me diese malas sospechas, ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion, porque no acertaba á concebir como pudiese ser tan escrupulosamente fiel á Don Gonzalo una muger jóven y hermosa.

Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, para hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredarle, se habia proveido de un amante mas proporcionado á su lozanía, y mas conforme á sus años.

Cierta mañana muy temprano fui á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, según

-ɔıq

gun la diaria costumbre. Hizome entrar en su quarto, y descubrí en él los pies de un hombre que estaba tras de una tapicería. No dí la mas mínima señal de que le veía; y así que desempeñé mi encargo salí sin dar á entender haber notado cosa alguna; pero aunque no debia sorprenderme este objeto, y mas quando en nada me perjudicaba á mí, no dexó con todo de agitarme mucho. ¡Ah malvada! (decia yo con enfado.) ¡Ah traidora Eufrasia! No te contentas con engañar á un buen viejo, haciendole creer que le amas, sino que te abandonas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traicion. Pero muy necio era yo en discurrir de esta suerte. Fuera mejor haber reido de la aventura, y mirarla como una natural bien que indecente compensacion del fastidio que necesariamente habia de causar á esta pobre muger el desconsolado comercio con un ochenton como mi amo. Quizá hubiera hecho mejor en no hablar palabra que en servirme de esta ocasion para acreditarme de buen criado, agradecido al pan que comia. Pero en vez de moderar mi zelo entré con mayor calor en los intereses de Don Gonzalo, y le hice fiel relacion de lo que habia visto; añadiendo ademas que Doña Eufrásia habia solicitado corromper mi fidelidad, en cuya prueba le conté de pe á pa todo lo que me habia dicho; de manera que seria un grandísimo mentecato si no venía en conocimiento del verdadero carácter de su alevosa enamorada. Hizome mil

pre-

preguntas, como dudando de lo que le decia; pero mis respuestas le quitaron toda duda. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó á su semblante un repentino ímpetu de cólera, que podia parecer presagio de que Eufrasia no seria impunemente infiel. Basta, Gil Blas (me dixo): quedo sumamente agradecido al zelo y al amor que muestras á mi servicio: agrádame infinito tu honrada fidelidad. Desde este mismo punto parto á romper para siempre con Eufrasia, y á decirla lo que merece su fingimiento y su torpe engaño. Diciendo esto salió efectivamente, y se fue derecho á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Miéntras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que se restituyese á casa. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos echaria á pasear á su ninfa, sucediendo una justísima aversion á un amor tan mal correspondido, y á un desengaño tan visible un eterno rompimiento. Con este alegre pensamiento me estaba lisongeándo y me daba ya á mí mismo el parabien del buen efecto que habia producido mi honrado y zeloso aviso. Pareciame estar oyendo ya las gracias que me daban todos los parientes de Don Gonzalo por haber sido la causa de que este abandonase en fin una pasion tan

ver-

vergonzosa á su persona, y tan contraria á los intereses de aquellos. Figurábame que todos se me confesarian obligados, y me distinguirian entre el vulgo de los criados, mas dispuestos por lo comun á lisongear á sus amos, fomentando sus desórdenes, que á ponerles á la vista el desengaño para retirarlos de ellos. Por entónces era mi ídolo el honor, y me empavonaba ya mirándome como el coriféo de todos los sirvientes. Estando embelesado en tan alegres pensamientos volvió mi amo, y me dixo: amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion muy viva con Eufrásia. Llaméla ingrata, aleve: llenéla de improperios; ¿ pero sabes lo que me respondió? que hacia mal en dar crédito á criados: sostiene fuertemente que me has hecho una relacion falsa desde la cruz hasta la fecha. Si he de creerla eres un solemnísimo embustero, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonas á medio alguno para ponerla mal conmigo. Yo mismo la ví derramar un torrente de lágrimas, todas verdaderas, que anegaban su semblante, interrumpian su respiracion, y á mí me pasaban el alma. Juróme por lo mas sagrado del cielo y de la tierra que ni te habia hecho la mas mínima proposicion, ni ella veia jamas á otro hombre que á mí. Lo mismo me aseguró Beatriz, que tiene traza de buena muger, incapaz de mentir: de modo que sin poderlo remediar, y contra mi propia voluntad, se me fue toda la cólera.

Se-

Segun eso, señor (exclamé yo no sin algun dolor) dudais de mi sinceridad, desconfiais de... No, Gil Blas (interrumpió él) te hago justicia. No creo que vayas de acuerdo con mis sobrinos. Estoy persuadido á que solo por buen zelo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco. Pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te parecia ver: y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas sea lo que fuere, yo no puedo ménos de quererla. Así lo manda mi estrella; y para aplacar el enojo de esta pobre muger me ha sido indispensable hacerla el sacrificio que me pide: este sacrificio solo es despedirte de mi casa. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas; y Dios sabe quantos esfuerzos la costó á ella, y quanto dolor me costó á mí el dar semejante consentimiento. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa. Fuera de que he pensado ya colocarte con una dama amiga mia, donde tengo por cierto que lo pasarás alegremente.

Quedé mortificadísimo en ver que mi zelo se habia vuelto contra mí. Mil veces maldixe interiormente á la embustera Eufrasia, y otras tantas dí al diablo la flaqueza, ó por mejor decir la mentecatez de Don Gonzalo en haberse dexado engañar tan facilmente. No dexaba tampoco de conocer el buen viejo que en despedirme de su casa solo por complacer á su dama

no hacia la accion mas honrosa, ni mucho ménos la mas varonil. Para compensar su poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar la píldora sin sentir tanto su amargura, me regaló cinqüenta ducados, y él mismo me conduxo á casa de la Marquesa de Chaves. Díxola en mi presencia que era yo un mozo de prendas y de talento; que verdaderamente me amaba mucho, mas que por ciertos respetos de familia se veia precisado con dolor á privarse de mi servicio, y la suplicaba con el mayor encarecimiento que me admitiese en el suyo. Desde aquel punto me recibió la Marquesa, y yo me vi de repente con una nueva ama, y en una nueva casa.

CAPITULO VIII.

Carácter de la Marquesa de Chaves, y personas que la trataban.

Era la Marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, grande, ayrosa y bien proporcionada. No tenia hijos; y gozaba diez mil ducados de renta. Nunca vi muger mas seria, ni que ménos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente reputada por la dama de mayor talento. Lo que quizá contribuia mas que todo á esta universal reputacion era la concurrencia á su casa de los primeros personages de la Corte, así en nobleza como en literatura: problema que yo no me atre-

atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oir su nombre para formar concepto de un genio superior, y su casa era llamada por excelencia: *el tribunal de las obras ingeniosas.*

Con efecto todos los dias se leian en ella ya poemas dramáticos, ya poesias líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda pieza cómica. La mejor comedia, el romance ó la novela mas ingeniosa, mas alegre y mas verisimilmente conducida, todo esto se miraba como una pueril y ligera produccion, que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra séria, una oda, un soneto, una égloga pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio humano. Sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal*, ántes bien silbaba las obras que habian sido aplaudidas en aquel areopago.

La Marquesa me hizo maestre de sala de su casa. Era incumbencia de mi empleo preparar el quarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo taburetes para las damas, sillas para los hombres, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala, para anunciar é introducir á los que llegaban. Como todavía no los conocia yo, el primer dia el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando, y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamabáse Andres de Molina el tal Maestro. Era

naturalmente serio, pero bufon y mofador. El primero que se presentó fué un Ministro togado. Anunciéle, y despues que le introduxe me dixo el maestro de pages: este garnacha es de un carácter gracioso. Tiene alguna introduccion en Palacio, mas no tanta, ni con mucho, como quiere persuadirlo. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del Rey un caballero que le saludó. Detúvole este, hízole mil expresiones, tomóle la mano, apretósela, y le dixo: V. S. me ha conquistado; soy todo suyo: no me niegue el favor de acreditarle mi amistad. No moriré contento si no logro alguna ocasion de servir á V. S. Correspondióle el caballero con expresiones de reconocimiento, y apénas se separó del togado, quando, volviéndose este á uno de los que iban á su lado, le dixo: quiero conocer á este hombre, y no me acuerdo quien es: solo tengo una idea confusa de haverle visto en alguna parte; creo que en casa del primer Ministro.

Poco despues del togado se dexó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien introducí inmediatamente en el quarto de mi ama. Luego que entró me dixo el Señor Molina: este señorito es un ente original. Va á una casa sin otro fin que tratar con el dueño de ella negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y levanta la vista sin haber hablado siquiera una palabra sobre el negocio á que habia ido. A este tiempo vió el ayo de los pages

en-

entrar en la antesala dos señoras, llamadas una Doña Angela de Peñafiel, y otra Doña Margarita de Montalvan. Estas dos damas (me dixo él, quando hubieron entrado en la sala de la Marquesa) en nada se parecen una á otra. Doña Margarita presume de filósofa. Se las tiene tiesas con los mayores Doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamas á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida nunca hace de Doctora. Sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, sus expresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter (le respondí yo) es un carácter muy amable; pero el otro me parece que cae muy mal en el bello sexô, ¿Qué dice Vmd. *muy mal en el bello sexô*? replicó Molina prontamente. Es tan fastidioso aun en los hombres, que los hace ridículos. Tambien nuestra ama la Marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia. Pero se disputará mucho. Quiera Dios que en ella no se ande con los huesos de la Religion.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, muy grave, ceji-junto, y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. Este es, me dixo, uno de aquellos éntes serios y engarrotados que quieren pasar por hombres grandes á favor de algunas sentencias de Séneca, que saben de memoria, y pronuncian con recalcamiento y pomposidad, los quales, examînados de

cer-

cerca, se descubre ser unos pobres mentecatos. Tras de este entró un caballerito de buen porte, pero de furioso ayre á la Griega, quiero decir de un hombre lleno y pagado de sí mismo. Pregunté á Molina quien era, y me respondió que era un Poeta dramático, el qual habia compuesto cien mil versos que no le havian valido quatro quartos; pero que recientemente por solo seis reglones en prosa habia conseguido formarse una buena renta.

Iba á pedirle me explicase en qué habia consistido el haber logrado tan de balde aquella fortuna, quando oí un gran rumor en la escalera ¡Bravo! exclamó el maestro de pages: ya entró en casa el Licenciado Campanal. A este le oye mucho ántes que se dexe ver. Es un solemnísimo tronera: comienza á charlar en voz alta y sonora desde la puerta de la calle, y no lo dexa hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto resonaba en toda la casa la voz del Licenciado Campanal, que en fin apareció en la antesala con otro Bachiller amigo suyo, y prosiguió atronándonos á todos, sin cesar en el tiempo que duró la académica visita. Este Licenciado (dixe á Molina) parece hombre de ingenio. Sí lo es (me respondío): tiene ocurrencias muy saladas; se explica con gracia y con agudeza, es muy divertida su conversacion; pero es un hablador molestisimo, y repite siempre sus dichos y sus cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy per-

sua-

suadido á que la mayor parte de su mérito consiste en aquel ayre cómico y gracioso conque sazona todo lo que dice; y así no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agudezas y sus gracias si se diese á luz.

Fuéron entrando despues otras personas, de todas las quales me hizo Molina muy graciosas descripciones. Entre estas no se dexó en el tintero la de nuestra ama la Marquesa. Esta dama (me dixo) es una señora muy regular, no embargante su filosofia. Su genio no es enfadoso, ni caprichoso, y da poco que hacer en su servicio. Dentro de su esfera es de las mugeres mas racionales que conozco. No se le advierte pasion alguna. Ni el juego, ni los galanteos la gustan: solo la agrada la conversacion. En una palabra: su vida sería intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pages me hizo formar un ventajoso concepto de mi ama. Sin embargo pocos dias despues no pude ménos de sospechar que no era tan enemiga del amor como Molina me habia asegurado; y el fundamento de mi sospecha fue el siguiente.

Estando una mañana en el tocador, se presentó en la antesala un hombre como de quarenta años; pero de malísima figura, contrahecho, corcobado, y mas andrajoso que el mismo Pedro de Moya. Díxome que deseaba hablar á la Marquesa; y preguntándole yo quien era, me respondió ser aquel caballero con quien el dia anterior mi señora la Marquesa habia habla-

do en casa de Doña Ana de Velasco. Apénas le anuncié á mi ama, quando toda transportada de alegria me mandó que le hiciese entrar. No solo le recibió con extrañas demostraciones de gusto y de estimacion, sino que mandó retirar á todas las criadas, quedándose el corcobado á solas con ella cerca de una hora. Despidióle despues con mil cortesanas expresiones, que mostraban bien lo gustosa que habia quedado con su visita.

En efecto lo quedó tanto que por la noche me llamó en particular, y me ordenó reservadamente que siempre que viniese el corcobado procurase introducirle en su quarto con el mayor secreto que fuese posible. Este encargo me dió sospechas; pero obedeciendo á la orden de mi ama, apénas se dexó ver aquel hombrecillo al dia siguiente, quando le introduxe por la escalera secreta en el quarto de la señora. Lo mismo hice por dos ó tres veces; no pudiendo ménos de pensar una de dos, ó que la Marquesa tenia estrafalarias inclinaciones, ó que el corcobadillo la servia en el honrado oficio de tercero.

Prevenido, y enteramente preocupado de estas temerarias ideas, decia yo á mi capote: Si mi ama se hubiera enamorado de un hombre bien hecho yo la excusaria; pero que se haya prendado de semejante avechucho, que se me figura un camello reciennacido, no se lo puedo perdonar. Mas ó! y quanto agraviaba yo á aquella señora. Es el caso, que aquel galápago humano se

ven-

vendia por muy instruido en la magia blanca, haciendo mil juegos de manos que los no muy instruidos juzgaban no poderse hacer sin auxîlio de aquella embustera facultad; pero en suma era un grandisimo bribon, que se mantenia á costa de la ignorancia y de la necia credulidad, siendo pública voz y fama que contribuian á esto muchas señoras de distincion; y la Marquesa cayó en la misma debilidad.

CAPITULO IX.

Dexa Gil Blas el servicio de la Marquesa de Chaves: motivo que tuvo para hacerlo, y lo demas que se verá.

Habia seis meses que yo servia á la Marquesa de Chaves, y estaba muy contento en su servicio. Pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni ménos quedarme por entónces en Madrid. El motivo fue la aventura que voy á contar.

Entre las criadas de la Marquesa habia una llamada Porcia, que sobre jóven y hermosa era de un carácter que me agradaba mucho, y comencé á obsequiarla sin saber que ya la festejaba el secretario de mi ama, hombre sobervio y zeloso. Luego que este llegó á entender mi inclinacion, sin detenerse á exâminar si era ó no correspondida, me citó para reñir en parage retirado. Como era un hombrecillo que apénas me



me llegaba á los hombros me pareció un enemigo poco temible, y lleno de confianza concurrí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el suceso humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que tenia dos ó tres años de esgrima, me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dixo: preparate á morir, ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la Marquesa, sin pensar mas en Porcia. Prometíselo así, y lo cumplí sin repugnancia. Corriame de parecer delante de los criados de la Marquesa despues de haver sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena, inocente ocasion de nuestro desafío. No volví, pues, á casa sino para recoger mi ropa y mi dinero, hacer mi maleta, y retirarme con ella. Aunque por nigun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué que me convendria mucho alejarme de aquella Villa, á lo ménos por algunos años, en virtud de lo qual tomé la resolucion de girar toda España, deteniéndome en las Ciudades y Pueblos el tiempo que me pareciese. El bolsillo, me decia yo á mí mismo, está bien proveido: gastando con juicio tendré para correr gran parte del Reyno. En acabándose el dinero me pondré á servir; pues á un mozo de mi salud y de mi edad siempre le sobrarán amos quando quiera buscarlos y tenga habilidad para escogerlos.

Vi-

Vínome gana de ir á Toledo; y con efecto partí para aquella Ciudad, y llegué al cabo de tres dias. Apeéme en un meson, donde pasé por un hombre de importancia á favor de mi vestido y del ayre que me dí de petimetre. Podia facilmente introducirme con dos bellas damiselas que vivian en la vecindad; pero me detuvo la consideracion de que para lograrlo era menester gastar dinero, y no poco. Creciendo cada dia mas la inclinacion que tenia de viajar, despues de haberme detenido en Toledo lo bastante para ver lo mas digno de aquella Ciudad, salí de ella un dia al amanecer y tomé el camino de Cuenca, con ánimo de pasar al Reyno de Aragon. Al segundo dia de viage entré á refrescar y descansar en una venta que habia en el camino. Poco despues que yo llegué entró en la misma una tropa de Ministros de la Santa Hermandad. Pidieron luego vino, y se pusieron á beber. Oí que miéntras estaban bebiendo hacian memoria de las señas que les habian dado de un mozo á quien tenian órden de prender: *pelo negro, cara larga, nariz aguileña, buen talle, veinte y tres años, y montado en un caballo castaño*...

Estábalos yo escuchando sin mostrar atencion á lo que discurrian, y en la realidad me interesaba poco en saberlo. Dexélos en la venta, y proseguí mi camino. Aun no habia andado medio quarto de legua quando encontré un mo-

cito muy galan montado en un caballo castaño. Vive diez (dixe yo) que este es el que buscan los de la Santa Hermandad. Todas las señas le convienen; y es á quien quieren agarrar. A fe que quiero hacerle un buen servicio. Caballerito (le dixe saludándole con mucho respeto y cortesía) perdone Vmd. y sírvase decirme si le ha sucedido algun pesado lance de honor. No me respondió, miróme fixamente, y mostróse muy sorprendido de mi pregunta. Señor (proseguí) no crea Vmd. que le haya hablado así por una impertinente curiosidad. Creyóme luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros en la venta. Generoso desconocido (me respondió) no puedo ni debo disimularos que tengo motivo para creer ser yo á quien busca esa gente; y así agradeciéndoos infinitamente el oportunísimo aviso, resuelvo mudar de camino. Yo seria de parecer (repuse entónces) que los dos buscásemos por aquí un sitio retirado donde Vmd. estuviese seguro y ámbos á cubierto de una gran tempestad que veo estarnos ya amenazando. Al decir esto descubrimos una calle de árboles frondosos, espesos y muy unidos. Ganamosla, y ella misma nos conduxo al pié de una montaña, donde encontrámos á un venerable hermitaño.

Estaba sentado á la entrada de una profunda gruta que el tiempo habia socavado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba una especie de corral ó de cortil que ha-

bia



bia fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de pedrezuelas y conchezuelas, rodeado todo para mayor defensa con una especie de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores odoríferas que llenaban el ambiente vecino de suavísima fragrancia; y cerca de la misma gruta se descubria una hendidura en la montaña, cuyo centro brotaba un manantial de agua cristalina, que con apacible y dulcísimo murmullo corria á dilatarse por una bella y espaciosa pradería. El solitario, que se dexó ver á la entrada de la gruta, parecia un hombre consumido por la vejez. Apoyábase sobre una muleta que tenia en una mano, y ocupaba la otra un gran rosarion de cuentas gordas y de quince dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana negra, con sendas orejeras, y su barba mas blanca que la nieve baxaba hasta poder hablar en secreto con la cintura. Acercámonos á él, y yo le dixe: padre, nos dará licencia para suplicarle que nos permita refugiarnos en alguna parte, donde estémos á cubierto de la tempestad que nos viene amenazando? Hijos, respondió el anacoreta, mi pobre gruta está á vuestra disposicion, y podreis estar en ella todo el tiempo que quisiereis. Los caballos, añadió, los podeis meter en aquel cortil (señalandole con la mano) donde creo que estarán bien acomodados. Metímos en él los caballos, y nosotros nos refugiámos en la gruta, acom-

acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apénas entrámos en ella quando se desprendió una copiosa lluvia entre continuos relámpagos y espantosos truenos. El hermitaño se hincó luego de rodillas delante de una imagen de San Pacomio, encostrada en un hicho de la gruta, y nosotros hicímos lo mismo á exemplo suyo. Cesó la tempestad de los truenos y relámpagos, y cesáron tambien nuestras oraciones. Levantámonos todos, pero como todavía continuase la lluvia nos dixo el hermitaño: Yo, hijos mios, no os aconsejaré que os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, salvo que os obligue á ello algun negocio grave y urgente. Respondímosle que ninguna cosa nos impedia el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que á no ser este ántes le suplicariamos nos permitiese pasar allí la noche. La única incomodidad será la vuestra, respondió cortesanamente el anacoreta: tendreis mala cama, y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre hermitaño.

Diciendo esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió algunas cevollas, con algunos mendrugos, y una jarra de agua. Esta, dixo, es mi comida y mi cena ordinaria; pero hoy es razon hacer algun exceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dixo, y partió luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó como al desgayre sobre la mesa. Mi compañe

ñero, que no tenia gran apetito, hizo poco gasto de aquellos exquisitos manjares. Observólo el hermitaño y dixo: conozco y veo que estais acostumbrados á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tambien he vivido en el mundo. Entonces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los bocados mas exquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las yervas, la leche, las frutas; y en una palabra, todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballerito se quedó como enagenado en una profunda suspension. Notólo el viejo, y le dixo: hijo mio: vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os aflige mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os ocupa? desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única que me anima. Hállome en edad que puedo daros algun buen consejo; y vos me pareceis en una situacion bien necesitada de él. Sí, padre mio, respondió el Caballerito, arrancando del pecho un doloroso suspiro: es bien cierto que tengo gran necesidad de consejo; y, pues vos me ofreceis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido á que nada arriesgo en des-

descubrirme á un hombre como vos. No, hijo, replicó el hermitaño, no teneis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar qualquiera cosa, sea de la especie que fuere. Entónces el caballero habló en los términos siguientes.

CAPITULO X.

Historia de D. Alonso, y de la bella Serafina.

Nada, padre mio, os disimularé, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Hariale gran agravio en desconfiar de él despues de la generosa accion que usó conmigo. Voy, pues á contaros mis desgracias.

Naci en Madrid, y mi origen fué el que voy á referir. Un Oficial de Guardias Walonas, llamado el Baron de Steinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pié de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al quarto de su muger, desenvolvióle, y encontraron un niño recien nacido, fajado en pañales muy delicados y finos, y un billete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darian á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este niño era yo, y esto es todo quanto sé de lo que soy. Víctima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me expuso para ocultar sus vergonzosos amores, ó si engañada por un amante perjuro, se

se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Sea lo que fuere, el Baron y su muger se sintiéron tan movidos de mi desgracia, que como se hallaban sin sucesion resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de D. Alfonso. Al paso que yo crecia en edad, crecia el amor en ellos. Hacianme mil caricias en pago de mis apacibles modales, y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme los mejores maestros en todas letras y habilidades que podian contribuir á ella. Léjos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parécia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamas. Luego que el Baron me vió en estado de poder seguir las armas me aplicó al servicio del Rey. Consiguióme una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipage. Para animarme á buscar las ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me representó que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorioso, quanto solo seria deudor á mi corazon y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta allí me habia ocultado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y como yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso que me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis

hon-

honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme abandonado de aquellos á quienes le habia debido.

Pasé á servir en los Paises Baxos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al exército. Hallandose España sin enemigos me restituí á Madrid, y fuí recibido por el Baron y su muger con nuevas demostraciones de ternura. Habianse pasado dos meses desde mi retorno, quando una mañana entró en mi quarto un pagecillo que me puso en las manos un billete concebido poco mas ó ménos en estos términos: *No soy fea ni contrahecha: y con todo eso Vm. me ve todos los dias á mi ventana con grande indiferencia: frialdad muy agena de un mozo tan galan. Estoy tan ofendida de este proceder, que, por vengarme, quisiera inspirar el amor en ese corazon de hielo.*

Apénas leí este billete quando me persuadí sin la menor duda á que era de una viudita llamada Leonor, que vivia en frente de mi casa, y tenia créditos de ser de cascos alegres. Exâminé sobre este punto al pagecillo, que por algun breve rato quiso hacer del callado; pero á costa de dos ó tres pesetas satisfizo plenamente mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Deciala en ella que conocia y confesaba mi delito, el qual estaba ya medio vengado, segun lo que reconocia en mí.

Con efecto no me mantuve insensible á esta gra-

graciosa manera de conquistar. No salí de casa en todo aquel dia, asomandome freqüentemente á mis ventanas para observar á la dama, que tampoco se descuidó en hacerse ver desde las suyas. Hícela señas, que fueron bien correspondidas; y el dia siguiente me envió á decir por su pagecillo, que si entre once y doce de aquella noche queria yo pasear nuestra calle, podíamos hablarnos á la reja de una sala baxa. Aunque no me sentia muy encendido en el amor de una viuda tan viva, sin embargo no dexé de responderla en términos que me representaban muy apasionado; y á la verdad esperé la noche con tanta impaciencia como si efectivamente lo estuviera. Luego que aquella llegó salí á pasearme al Prado, para engañar el tiempo que restaba hasta la hora de la cita. Aun no bien habia entrado en el paseo, quando acercándose á mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente de él, y mirándome con torbo ceño: caballero (me dixo con voz sobradamente destemplada) ¿no sois vos el hijo del Baron de Steinbach? El mismo; respondí yo en tono que conociese quanto me desazonaba aquel incivil modo de abordarme. Luego vos sois el mismo que estais citado (prosiguió él) para dar esta noche conversacion á Leonor en la reja de su quarto baxo. He visto su billete, y he visto vuestra respuesta, porque me las mostró el pagecillo. Os he seguido hasta aquí desde que

salisteis de vuestra casa, para advertiros que teneis un competidor, el qual se avergüenza de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Paréceme que no es menester deciros mas. Hallámonos en sitio retirado. Decidan la disputa las espadas, salvo que vos, por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto voy á quitaros la vida. Ese sacrificio, que no me costaria mucho, (respondí yo) se habia de pedir con modestia, y no intimarse con arrogancia. Quizá concederia á vuestros ruegos lo que no puedo ménos de negar á vuestras amenazas.

Pues riñámos, dixo él atando el caballo á un árbol, porque no es decente á un hombre como yo abatirse á suplicar á un hombre como vos. Si la mayor parte de mis iguales se halláran en el caso en que yo me hallo, se vengarian de vos muy de otra manera ménos honrosa. Ofendiéronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado su espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanta furia que duró poco el combate. O fuese porque le cegó su demasiado ardor, ó ya porque yo fuese mas diestro que él, muy á los principios le dí una estocada, de la qual le ví primero titubear, y despues caer en tierra. Entónces solo pensé en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo.

No

No volví á casa del Baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi aventura solo podia servir para afligirle; y quando hacia reflexîon al peligro en que me hallaba conocia que no debia perder un momento en alejarme de Madrid.

Ocupado enteramente de tristísimas reflexîones caminé toda la noche y toda la mañana del dia siguiente. Pero hácia el medio dia me ví precisado á detenerme para que descansara el caballo y se mitigase el calor, que cada instante se hacia mas inaguantable. Detúveme, pues, en una aldea hasta que se puso el sol, continuando luego mi camino con ánimo de no desmontar hasta verme en Toledo. Estaba ya dos leguas mas allá de Illescas, quando cerca de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad semejante á la que acaba de sorprendernos. Refugiéme tras de las paredes de un jardin que ví á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo me cubrí con mi caballo lo mejor que pude junto á la portezuela de un gabinete que estaba en un ángulo de la misma cera, sobre la qual habia un pequeño balcon, que sin duda servia de mirador. Arriméme á la misma portezuela para estar mas á cubierto dentro de su lintél, y á poco impulso conocí que estaba abierta, quizá por descuido de los criados. Ménos por cucuriosidad que por estar mas resguardado de la lluvia, que no dexaba de incomodarme mucho de-

debaxo del balcon, me entré en el gabinetillo ó quarto baxo, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Miéntras duraba la tempestad me divertía yo en reconocer el sitio en que me hallaba lo mejor que me era posible, y aunque solo podia registrarle á favor de los relámpagos, juzgué ser una quinta de alguna persona rica y de conveniencias. Estaba siempre esperando que cesase la tempestad para volver á ponerme en camino; pero habiendo visto una gran luz á bastante distancia, mudé de parecer. Dexé encerrado el caballo en el gabinete, tirando tras de mí la puerta, y me fuí acercando hácia aquella luz, persuadido á que estaban todavía algunas gentes en pié, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores me encontré con un salon, cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en él, y habiendo visto su magnificencia á beneficio de un gran farol de cristal que le comunicaba una clarísima luz, ya no tuve duda era de algun gran señor aquella casa de campo. Era el pavimento de mármol, el techo un sobervio artesonado, dorado con exquisito primor, la cornisa trabajada con la mayor delicadeza, y en todo brillaba el esmero de los mas hábiles pintores. Pero lo que me llevó toda la atencion fué una multitud de bustos de los mas famosos heroes Españoles, sostenidos sobre bellísimos pedestales de már-

mol

mol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante tiempo para informarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de quando en quando el oido para ver si sentia algun rumor, nada pude percibir:

A un lado del salon habia una puerta medio cerrada, á la qual me acerqué, y ví que despues de ella se seguia una gran fila de quartos, y que en el último de ellos habia una luz que alumbraba débilmente. Consulté conmigo mismo lo que debía de hacer: si retroceder por donde habia venido, ó hacerme ánimo para penetrar hasta aquel quarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retroceder y retirarme; pero pudo mas la curiosidad que la prudencia, ó por mejor decir, fué mas poderosa la fuerza de mi destino, que en cierta manera me arrastraba hácia donde no debia ir. Llevé, pues, mi empeño adelante, y habiendo pasado por todas las piezas llegué á la última, donde ardia una blanca bugía, colocada en un precioso candelero sobre un bufete de mármol. Desde luego conocí que era un quarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos hácia una magnífica cama, cuyas cortinas estaban medio abiertas á causa del gran calor, ví un objeto que me arrebató toda la atencion. Era una bizarra y jóven dama, que á pesar del estruendo pavoroso de los truenos, dormia profundamente. Acerquéme á ella paso á paso, rece-

celando que la despertase mi aliento, y á favor de la claridad que comunicaba la bugía, descubrí una tez tan delicada y unos rasgos tan finos de belleza, que verdaderamente me encantáron. A su vista todos mis espíritus se pusiéron en inquieto movimiento, y me sentí transportado; pero cedió la agitacion al concepto que desde luego formé de la nobleza de su sangre, tanto, que ningun pensamiento temerario se atrevió á manchar la imaginacion, pudiendo mas el respeto que el fogoso bullicio de la sangre. Miéntras yo estaba embelesado en contemplarla, ella despertó inopinadamente.

Fácil es de imaginar lo sorprendida que se hallaria quando se vió con un hombre desconocido, á la media noche, en su quarto, y al pié de su misma cama. Toda estremecida y toda sobresaltada dió un gran grito. Hice quanto pude para asegurarla y aquietarla; hinqué una rodilla en tierra, y lleno de veneracion y de respeto la dixe: no temais, señora, que no he venido aquí para haceros ni aun el mas ligero insulto. Iba á proseguir; pero ella atemorizada, ni aun tuvo libertad para escucharme. Comenzó á dar grandes voces llamando á sus criadas; y como ninguna le respondiese, echó mano á toda priesa de una ligera bata que estaba al pié de la cama, cubrióse con ella, salta en tierra arrebatadamente, toma en la mano la bugía, atraviesa corriendo toda la hilera de salas, llamando sin cesar á sus camare-

ras,

ras, y á una hermana suya menor, que habitaba en la misma quinta. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia, y que sin merecerlo y sin oirme me tratasen mal; mas quiso mi fortuna que por mas gritos que dió, nadie apareció sino un criado viejo, que de poco la sirviera si se viese en un apuro. No obstante bastó la presencia del buen viejo para que cobrase un poco de ánimo, y me preguntara con altivez quién era yo, por donde y á qué fin habia tenido atrevimiento para introducirme en su casa. Comencé á justificarme; pero apénas la dixe que habia entrado por la puerta del gabinete del jardin; que habia hallado abierta, quando prorrumpió en un lastimoso grito, diciendo: ¡ justo cielo, y qué cosas son las que ahora me vienen al pensamiento!

Diciendo esto va con la bugía á registrar todos los quartos de la quinta; no encuentra á su hermana, ni á ninguna de sus criadas; ántes ve que estas se habian llevado consigo sus hatillos. Pareciéndola que se habian demasiadamente verificado sus sospechas, se volvió á donde yo me habia quedado, y articulando mal las palabras, cortadas con la cólera: infame (me dixo) no añadas la mentira á la traicion. No te ha traido á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por los accidentes que finges. Tú eres parcial de Don Fernando de Leyra, y cómplice en su delito. No esperes vanamente escapar á mi venganza: tengo aun bastan-

tante gente en casa para prenderte. Señora (la respondí) no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á Don Fernando de Leyva, ni sé todavía quien sois vos. Soy un infeliz, á quien cierto lance de honor obligó á ausentarse de Madrid; y juro por quanto hay sagrado en el cielo y en la tierra que á no haberme precisado á ello la tempestad no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignaos, señora, hacer mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en ese delito que tanto os ofende, vivid persuadida á que estoy aquí prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza, tranquilizáron á la dama, que desde aquel punto mostró no mirarme ya como enemigo. Cesó en el mismo momento la cólera, pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente. Enterneciéronme sus lágrimas de manera que no me sentí yo ménos afligido que ella, aun quando ignoraba el motivo de su afliccion. No me contenté con acompañarla en el llanto. Impaciente con el deseo de vengar su injuria, entré en una especie de furor. Señora (exclamé entre enternecido y transportado) ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y qué especie de ultrage ha sido el vuestro? Hablad, señora, porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Quereis que busque á Don Fernando, y que le pase de parte á parte el corazon? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique.

Man-

Mandad, y sereis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, que habeis mirado como enemigo, se expondria á todo por amor de vos.

Quedó sorprendida la dama á vista de un transporte tan no esperado; y enjugando sus lágrimas, me dixo: perdonad, señor, mi temeraria sospecha á la desdichada situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado á la desgraciada Serafina. No solo eso: han desvanecido hasta el natural rubor que me causaba el que un extraño fuese testigo de un insulto hecho á mi noble sangre. Sí, generoso desconocido; reconozco mi error, y acepto vuestras ofertas; pero no quiero la muerte de Don Fernando. Bien está, señora, repliqué yo, ¿ pero en qué cosa deseais que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi dolor es el siguiente: Don Fernando de Leyva se enamoró de mi hermana Doña Julia, á quien vió casualmente en Toledo, lugar de nuestra residencia ordinaria. Pidiósela á mi padre el Conde Polan, y se la negó por la antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana apenas tiene quince años. Habráse dexado engañar de mis criadas, á quienes sin duda habrá sabido ganar Don Fernando, y noticioso este de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo habrá querido aprovechar la ocasion para el rapto de la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en qué

parte la ha depositado para que mi padre y mi hermano, que há dos meses están en Madrid, tomen sus medidas. Suplicoos, pues, señor, que tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuere posible, donde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella dama que la comision que me encargaba no convenia á un hombre á quien importaba tanto salir quanto ántes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿Pero qué mucho no hiciese ella esta reflexîon quando ni yo mismo la hice? Preocupado enteramente de gozo por la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor zelo y diligencia. Con efecto no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dexé al punto á Serafina, suplicándola me perdonase el susto que inocentemente la habia ocasionado, y asegurándola que presto tendria noticias de mí. Salíme, pues, por donde habia entrado en la quinta, pero con la imaginacion tan fixa siempre en la dama, que facilmente me reconocí del todo prendado de ella; y ninguna cosa me lo dió á conocer mejor que la inquietud y la impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas chîmeras que yo mismo me forjaba en mi imaginacion. Pareciame que Serafina, aun en medio

dio de su dolor, habia conocido bien lo que pasaba en mi corazon, y que no la habia quizá desagradado. Lisongeábame con que si lograse averiguar lo que tanto deseaba seria mio todo el honor, y de aqui levantaba yo mil castillos en el ayre.

Al llegar aquí cortó Don Alfonso el hilo de su historia, y dixo al hermitaño: perdonadme, padre; si preocupado de mi pasion me detengo en menudencias, que quizá os fastidiarán. No, hijo, respondió el anacoreta, de ningun modo me cansan. Antes bien deseo saber hasta dónde llega el amor que te inspiró esa dama para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Recalentada la fantasía con tan lisonjeras imaginaciones prosiguió así el caballerito. Busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia; desayradas todas las diligencias, no pude descubrir el menor rastro. Desconsoladísimo de ver frustrados mis pasos y mis desvelos, me restituí á presencia de Serafina, á quien me pintaba mi fantasía en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo: pero la encontré mas tranquila de lo que yo imaginaba. Díxome que habia sido mas afortunada que yo, pues ya sabia donde se hallaba su hermana, que habia recibido una carta de Don Fernando, en que la decia que despues de haberse casado secretamente con Julia la habia depositado en un Convento de Toledo. Envié su carta á mi

pa-

padre, prosiguió Serafina, no sin esperanza de que la cosa acabe bien, y que un solemne matrimonio sea el Iris de paz que ponga fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que la dama me informó del paradero de su hermana, volvió la conversacion á la fatiga que me habia ocasionado, y sobre todo (añadió ella misma) á los peligros á que os expuso mi imprudencia en seguir á un robador, sin acordarme que me habiais confiado como andabais fugitivo por cierto lance de honor; de lo qual me pidió mil perdones con palabras las mas tiernas y expresivas. Conociendo que estaba necesitado de reposo, me conduxo al salon, donde los dos nos sentámos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco, con listas negras, y cubria su cabeza un sombrerillo de los mismos colores que la bata, guarnecido con un ayroso plumage negro; lo que me hizo juzgar que podia ser viuda, aunque por otra parte parecia de tan pocos años, que no sabia á que atenerme.

Si era vivo mi deseo de saber quien ella era, no era menos viva su curiosidad por saber quien era yo. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando (añadió) á vista de ese noble ayre, y de la generosa piedad con que os interesasteis en todo lo que me tocaba, que la nobleza de vuestro nacimiento no sea igual á la de vuestra atencion. Avergoncéme algun tanto, y algun tanto me turbé; confesandoos con in-

ingenuidad, que por entónces me pareció ménos vergonzoso disimular la verdad que declarar mi nacimiento, y así respondí que era mi padre el Baron de Steinbach, Oficial de Guardias Walonas. Tambien quiero saber (dixo ella) qué lance de honor fué el que os obligó á salir de Madrid; porque desde luego os puedo ofrecer todo el crédito y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano Don Gaspar. Esto es lo ménos que puede hacer mi agradecimiento con un Caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirla por menor todas las circunstancias de nuestro desafio. Ella misma dió toda la culpa al Caballero que me habia insultado, y me volvió á ofrecer que interesaria toda su casa á mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad me animé á suplicarla que contentase la mia, y la pregunté si era libre, ó si estaba ligada al santo matrimonio. Tres años há, respondió, que mi padre me obligó à casarme con Don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda. ¿Pues qué desgracia, señora, la pregunté, fué la que tan presto os privó de vuestro esposo? Voy señor á responderos (repuso ella) y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

Don Diego de Lara era un Caballero de garbo, galan, ayroso, bien hecho, dotado de quantas prendas se pueden desear en un hombre de distincion. Amábame con pasion: y aunque

que hacia quanto podia hacer un marido para ser amado de su muger, nunca pudo ganar mi corazon: prueba clara de que el amor es caprichoso, y que no siempre se paga del mérito, ni del obsequio mas fino y mas rendido. Pero qué! (exclamó suspirando) sucede muchas veces, que una persona desconocida nos encanta á primera vista. No me era posible amarle. Mas avergonzada que agradecida á las continuas y ternísimas demostraciones de su amor, y forzada tal vez á corresponderlas, á mí misma me acusaba en secreto de ingratitud, y lloraba amargamente mi desgraciada suerte. No era ménos infeliz la suya que la mia á motivo de su penetracion. En mis acciones y en mis discursos descubria claramente mis mas ocultos movimientos. Leía quanto pasaba en lo mas profundo de mi alma. Quexábase á cada paso de mi indiferencia, y le era tanto mas sensible el no poder ganar mi corazon, quanto estaba mas seguro de que ningun otro se le disputaba, no contando yo apénas 16 años, y habiendo sabido por mis criadas (todas parciales suyas) que ningun hombre se habia anticipado á llevarme la atencion. Sí, Serafina, (me decia muchas veces) me alegraria mucho de que estuvieses prevenida á favor de otro, y que fuese esta la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria entónces que mi virtud, y mi constancia triunfarian al cabo de esa fria terquedad; pero ya

ya desespero de vencer un corazon que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi desmedido amor. Cansada de oirle repetir tantas veces la misma queja, le dixe un dia que en vez de turbar su quietud y afligir mi excesiva delicadeza, haria mejor en dexarlo todo en manos del tiempo. Con efecto me hallaba entonces en una edad poco proporcionada para sentir los vivos movimientos de una pasion tan fogosa, y este era el prudente partido que Don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se habia pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia, perdió la paciencia, ó por mejor la razon, y fingiendo que le llamaba á la Corte no sé qué negocio de importancia, partió á los Paises Baxos á servir en qualidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia, es decir, con el fin de la vida el de sus inquietudes y tormentos.

Concluida esta relacion, todo el resto de la conversacion que tuvimos la dama y yo fué sobre el singular carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el qual puso en manos de Serafina una carta del Conde de Polan. Pidióme licencia para leerla, y observé que conforme la iba leyendo se iba mudando su semblante, poniéndose pálido, y declarándose despues toda trémula. Luego que la acabó de leer levantó los ojos al Cielo, ar-

ran-

rancó un profundo suspiro; y comenzó á correr por su semblante un torrente de lágrimas. No era posible que yo viese su dolor con sosiego. Turbéme, y como si hubiera ya presentido el terrible golpe que iba á llevar, se apoderó de mí un mortal terror, que heló todos mis espíritus. Señora, la pregunté con voz desmayada: ¿será lícito saber de vos qué funestas noticias os anuncia ese billete? Tomadle, señor, me respondió tristemente, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe ¡Ay de mí! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oir estas palabras, tomé la carta temblando, y ví que decia lo siguiente. *Tu hermano Don Gaspar tuvo ayer un desafio en el Prado. Recibió en él una estocada, de la qual murió hoy, declarando al morir que el Caballero que le mató fué el hijo del Baron de Steinbach, Oficial de Walones. Para mayor desgracia nuestra el matador escapó sin saberse donde se haya escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra se harán todas las diligencias posibles para descubrirle. Hoy se despachan requisitorias á las Justicias, que no dexarán de arrestarle, como ponga los pies en algun lugar de su jurisdiccion, y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos. = El Conde de Polan*

Figuraos el alboroto y desorden que la letura de esta carta ocasionaria en mis potencias y sentidos. Quedé inmoble por algunos instan-

tes,

tes, sin espíritu y sin fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo mas funesto y mas cruel que podia afligir á la vehemencia de mi amor. En un momento pasé de una generosa esperanza á una vil desesperacion. Arrojéme á los pies de Serafina, y presentándola mi espada desnuda, Señora (la dixé) excusad al Conde de Polan la molesta fatiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas activas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano. Sacrificadle por vuestra bella mano esta desgraciada vîctima. Muera á vuestros pies su miserable homicida. ¿Qué dudais? Descargad el golpe. ¡Sea funesto á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida. Señor, respondió Serafina, conmovida algun tanto de mi acción, yo amaba á Don Gaspar; y aunque vos le matasteis como Caballero, y aunque él mismo fué en busca de su desgracia, al fin soy su hermana, y no puedo ménos de interesarme por él. Sí, Don Alfonso; ya soy enemiga vuestra: haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden desear de mí; pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza. Si el honor me arma contra vos, él mismo me prohibe vengarme con ruindad ó indecencia. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables: segun ellas no puedo corresponder al generoso ser-

vicio que me habeis hecho con un vil asasinato. Huid, escapad, y burlad, si pudiereis, nuestras mas vivas pesquisas, poneos á cubierto contra el rigor de las leyes, y libraos del iminente peligro que os amenaza.

¿Pue qué? Madama, repliqué yo: ¡ está en vuestra mano la venganza, y la remitis al rigor de las leyes, que pueden quedar desayradas! ¿ Ah, señora! atravesad vos misma con esa espada el corazon de un miserable, que ciertamente no merece que le perdoneis. No, señora, no malogreis un proceder tan noble y tan generoso, gastándole con un hombre como yo. Sabed que aunque todo Madrid me tiene por hijo del Baron de Steinbach soy un pobre expósito, criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quienes debo mi ser. No importa eso, interrumpió Serafina, no sin enfado y precipitacion, como si la hubieran dado poco gusto mis últimas palabras: aunque fuerais vos el mas vil de los mortales haria siempre lo que me dicta mi honor. Bien está, Señora, repliqué yo: ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi infeliz sangre, voy á cometer un nuevo delito haciendoos una ofensa que tengo por cierto no me la perdonareis: sabed, Señora, que os adoro; que desde el mismo punto en que ví vuestra belleza quedé encantado; y á pesar de la obscuridad de mi nacimiento no perdia la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor

de-

decir era tan vano, que me lisongeaba de que quizá algun dia descubriria el Cielo mi origen, y que este seria tal, que sin vergüenza podria manifestaros mi nombre. Despues de una confesion que tanto os ultraja ¿será posible que todavia no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria declaracion, replicó la dama, en qualquiera otro tiempo y circunstancias sin duda me ofenderia mucho, pero la perdono á la turbacion en que os veo: fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite prestar atencion á discursos de esta especie. Otra vez vuelvo á deciros, Don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aquí. Alejaos de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis aumentais mis penas y mis tormentos. Ya no resisto, Señora; voy á alejarme de vos. Mas no penseis que cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa vaya á buscar algun asilo para defenderla. No, no: yo mismo quiero voluntariamente inmolarme á vuestro justo dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia el destino que vos me prepareis: haréme encontradizo con los mismos que me buscan, y anticiparé de ese modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí derecho á Toledo, donde me detuve de estudio ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé cómo no me prendieron; porque no puedo creer que el

Con-

Conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin ayer salí de aquel Pueblo, donde se me hacia insufrible mi propia libertad, y sin fijarme, ni aun proponerme destino alguno, determinado llegué á esta hermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer. Estos son, Padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; ruegoos que me ayudeis con vuestros sanos consejos.

CAPITULO XI.

Quien era el viejo hermitaño, y como conoció Gil Blas que se hallaba en pais de amigos.

Luego que Don Alfonso concluyó la triste relacion de sus infortunios le dixo el hermitaño: hijo mio mucha imprudencia fué el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado, y vuestro amor por Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí: Es menester absolutamente olvidar á la tal dama, la qual ciertamente no se destina para vos. Ceded voluntariamente á los grandes impedimentos que os desvian de ella, y abandonaos á vuestra estrella, la qual segun todas las apariencias, os promete muy distintas aventuras. Sin duda encontrareis con alguna bella jóven que hará en

vos la misma impresion, sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle otras muchas cosas mas para exôrtarle á la paciencia, quando vimos entrar en la hermita otro hermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia hecho una qüesta muy copiosa. Parecia mas mozo que su compañero, de barba roxa, espesa, y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio, le dixo el viejo anacoreta: ¿qué noticias nos traes de la Ciudad? Bien malas, respondió el hermano barbirroxo; ese papel os las referirá; y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leido con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó: ¡loado sea Dios! Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la conversacion al jóven caballero. Aquí teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. Escríbenme de Cuenca, distante una legua de aquí, que me han puesto muy mal en el concepto de la justicia, cuyos Ministros deben venir mañana á prenderme en esta hermita. Pero no encontrarán la liebre en el nido. No es la primera vez que me veo en este apuro; y gracias á Dios casi siempre he sabido salir de él con honra y desembarazo. Voy á presentarme en otra nueva figura; porque habeis de saber que tal qual me veis, nada menos soy que hermitaño ni viejo.

Di-

Diciendo y haciendo se despojó del saco grosero y talar, que le llegaba hasta los pies; dexóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capúz, desprendió de él un sutil cordon, que sostenia su gran barba postiza, y presentó á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte y ocho á treinta años. El hermano Antonio, á su imitacion, hizo lo mismo: desnudóse del ábito y de la barba heremítica, y sacó de una arca vieja y carcomida una raida sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. ¿Pero quién podrá concebir lo admirado y aturdido que quedé quando en el viejo hermitaño reconocí al señor Don Rafael, y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? ¡Vive Dios! exclamé al punto, sin poderme contener, que yo estoy en pais y tierra amiga. Así es, señor Gil Blas, dixo riendo Don Rafael. Sin saber cómo ni quándo te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros; pero pelicos á la mar; olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos, á ninguno asasinamos. Solamente queremos vivir á costa agena; si el robar es cosa injusta, la necesidad nos obliga á la injusticia. Agrégate á nosotros dos, y tendras una vida andante, pero alegre. No la hay mas diver-

vertida como se tenga un poco de juicio y de prudencia. No ya porque á pesar de ella al enlace y conjuncion de las causas segundas no nos produzcan aventuras molestas y poco gratas; pero se van las duras con las maduras, y suelen ser mas las buenas que las malas. Fuera de que acostumbrados á la variedad, es parte de diversion la misma mudanza de fortuna.

Señor caballero, prosiguió el falso hermitaño volviéndose á Don Alfonso, la misma proposicion os hacemos á vos. Paréceme que no la debeis despreciar en la situacion en que os hallais. Ademas de la precision de andar siempre fugitivo y retirado, tengo para mí que no estais muy sobrado de dinero. No ciertamente, dixo Don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi afliccion. Ea pues, repuso Don Rafael, buen ánimo, no nos separemos los quatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañia, y nosotros sabremos hacer inútiles todas las diligencias y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y tenemos conocidos todos sus rincones. Sabemos todos los bosques, matorrales, sierras, quebradas, cuevas y escondrijos, asilos segurísimos contra las hostilidades de la Justicia. Agradecióles Don Alfonso su buena voluntad; y hallándose efectívamente sin dinero y sin recurso, resolvió ir en su compañia. Yo tambien me determiné á lo mismo, por no dexar aquel joven, á quien habia cobrado ya una grande inclinacion.

Con-

Convenimos, pues, todos quatro en andar juntos y en no separarnos. Consultóse entónces, si partiriamos en aquel mismo punto ó si nos detendriamos primero á dar un tiento á una bota llena de excelente vino que el dia anterior habia traido de Cuenca el hermano Antonio; pero Don Rafael, como mas experimentado, fue de parecer que ante todas cosas se debia pensar en nuestra seguridad; y que así era de sentir que caminásemos toda la noche para ganar un bosque muy espeso que habia entre Villardesa y Almodovar, donde hariamos alto, y libres de toda inquietud reposariamos el dia siguiente. Abrazóse este parecer, y los dos hermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos grandes pares de alforjas, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, las echaron á las ancas del caballo de Don Alfonso. Todo esto se executó con la mayor prontitud y diligencia, y al instante nos pusimos en camino, alejándonos de la hermita, y dexando por herencia á la Justicia los dos sacos de hermitaños, las dos barbas blanca y roxa, dos tarimas, una mesa coja, una arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la imagen de San Pacomio encetada de los ratones, por comer el pan mascado con que estaba pegada á la pared.

Caminamos toda la noche, y quando estabamos ya muy fatigados, al despuntar el dia descubrimos el bosque á donde se dirigian nuestros pasos. La vista del puerto alegra, y da vigor

gor á los marineros cansados de una larga navegacion. Zambullímonos todos en el bosque, haciendo alto en un delicioso sitio, y dexándonos caer sobre la verde yerva de un espacioso prado, circundado de corpulentas encinas, cuyas frondosas copas entretegiéndose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol, y formaban una fresquísima sombra, que en las horas mas abrasadas del dia se burlaba de su excesivo calor. Descargámos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio sendos mendrugos de pan, muchos trozos de diferentes carnes asadas y cocidas, y como unos dogos nos abalanzamos á ellas, compitiendo unos con otros en la presteza y en el valor del comer. Con todo eso obligábamos el hambre á que se esperase un poco, por las freqüentes visitas que haciamos á la bota, que en movimiento poco menos que continuo, estaba casi siempre en el ayre pasando de unas manos á otras.

Al fin del almuerzo, que fue tambien comida y cena del dia antecedente, dixo Don Rafael á Don Alfonso: caballero, ya que Vmd. nos ha hecho el favor de contarnos la historia de su vida, razon será que yo corresponda á tan estimable confianza haciéndole relacion sucinta de la mia. Gran gusto me dareis, respondió cortesmente Don Alfonso. Y á mí grandísimo (interrumpi yo); porque rabio por saber todas vues-

tras aventuras, que no dudo habrán sido muy dignas de vos. Y como que lo son (replicó Don Rafael): fueronlo tanto, que pienso algun dia escribirlas y estamparlas para la pública instruccion y diversion. En esta obra hago ánimo de divertir mi vejez; porque ahora todavia soy mozo, y quiero añadir materiales para engrosar el volumen: pero veo que todos estamos cargados de sueño. Durmamos algunas horas, y miéntras dormimos los tres Ambrosio velará y hará centinela para precaver toda sorpresa; que despues dormirá él, y nosotros estaremos á la escucha, pues nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerva; Don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre Don Alfonso, en vez de dormir no hizo otra cosa que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á Don Rafael se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oirle, dixo á Lamela: amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á reposar. No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oirlos contar. Así pues, comenzó Don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

FIN DEL LIBRO QUARTO.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Historia de Don Rafael.

Soy hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamabase Lucinda. En quanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quien fuese. Podia muy bien decir quien era el hombre de distincion que cortejaba á mi madre quando yo nací; pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese á él mi ser. Las personas del estado de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que quando se muestran mas entregadas á un señor, le tienen ya prevenido un substituto por su mismo dinero.

No hay cosa como ponerse uno superior á todas las malas lenguas, sin hacer aprecio de quanto quieran decir. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin misterio alguno me cogia por la mano, y me llevaba al teatro muy honradamente, no dándosela un pito de lo mucho que se hablaba á

cuen-

cuenta suya, ni de las malignas risitas que excitaba solo el verme. En fin yo era todas sus delicias, y la diversion de todos quantos venian á nuestra casa, los quales no se cansaban de hacerme mil cariños y finezas. No parecia sino que hablaba en todos ellos la sangre.

Dexáronme pasar los doce primeros años de mi vida en toda especie de frívolos pasatiempos. Apénas me enseñaron á leer y escribir, y mucho ménos los principios de nuestra Religion. Solamente aprendí á cantar, baylar y tocar un poco la guitarra. Esto es lo único que sabia quando un cierto Marques de Leganés me pidió para acompañar á un hijo único suyo, poco mas ó ménos de mi edad. Convino en ello Lucinda con mucho gusto; y entónces fue quando comencé á ocuparme en alguna cosa séria. El tal Marquesito no estaba mas adelantado que yo, y por otra parte no parecia haber nacido para las ciencias. Apénas conocia una letra del abecedario, sin embargo que habia quince meses que estaba aprendiendo á leer. Los demas maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones: de modo que á todos apuraba la paciencia. Es verdad que ninguno tenia licencia para castigarle; ántes bien á todos les estaba mandado expresamente de instruirle sin mortificarle: órden que añadida á la mala disposicion del señorito para el estudio, hacia del todo inútiles las lecciones que se le daban.

Pero al maestro de leer se le ofreció un bello medio para intimidar al discípulo sin contra-

travenir á la orden del Marques su padre. Este medio fue azotarme á mí siempre que lo mereciese aquel. No me gustó mucho el tal arbitrio, y fui luego á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta. Pero ella, en medio de lo mucho que me amaba, tuvo valor para no hacer caso de mis lágrimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un Marques, me hizo volver á ella inmediatamente: y éteme aquí otra vez en poder del preceptor. Como este habia observado que su invencion no habia dexado de producir algun buen efecto en el Marquesito, prosiguió aumentando la dósis de los azotes que me recetaba siempre que los merecia el señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me trataba con el mayor rigor y la mayor freqüencia; pudiendo decir con toda verdad, que si *la letra con sangre entra*, ninguna letra del alfabeto aprendia el hijo del Marques que no me costase á mí muchas gotas de sangre. Echen Vmds. la cuenta de quan caro me saldrian sus rudimentos.

Ni eran solamente los azotes lo que tenia que sufrir en aquella casa. Como todos me conocian, toda la familia, y hasta los mismos mozos de mulas, me daban en cara á cada paso con mi desengañado nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia me escapé, despues de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenia; el qual podia ser como unos ciento y cinqüenta ducados,

Tal fué toda la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me habia favorecido. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y con tanta sutileza, que aunque fué mi primer ensayo, dexé burladas todas las estupendas pesquisas que se hicieron dos dias para averiguar quien habia sido el raterillo. Sali de Madrid, y llegué á Toledo, sin que ninguno fuese en seguimiento mio.

Entraba entónces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, independiente de todos, y dueño de sí mismo! Entablé presto conocimiento con dos mozuelos que me aliviaron el peso, y me ayudaron á comer mis cien ducados. Asociéme tambien con ciertos caballeros de la industria, los quales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo me ví uno de los mas ricos caballeros de su órden.

Al cabo de cinco años me vino gana de viajar y de ver tierras. Dexé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis carabanas por Estremadura, me dirigí á Alcántara; pero ántes de entrar en el pueblo hallé una bellísima ocasion de exercitar mis talentos, y no la dexé escapar. Como caminaba á pié y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba de tiempo en tiempo á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me encontré con

dos

dos muchachos, ámbos hijos de gente de forma, los quales estaban enredando al fresco sobre un verde prado. Saludéles con mucho cariño y cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con eso entablámos luego conversacion. El de mas edad no llegaba á quince años, y ámbos eran muy inocentes. Señor caminante, me dixo el mas niño, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos vino mucha gana de ver el Reyno de Portugal, y para contentarla cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pié, para que nos dure mas el dinero, y podámos ver mas Provincias con él. ¿Qué le parece á Vmd.? Si yo tuviera tanta plata (los respondí) Dios sabe á donde iria á dar conmigo. Correria con él todas las quatro partes del mundo. ¡Cuerpo de Christo! ¡doscientos doblones! Es una suma que nunca se acabará. Si lo teneis á bien, hijos mios (añadí) yo os acompañaré hasta la Villa de Armería, á donde voy á recoger la herencia de un tio mio que murió despues de haber residido allí por espacio de veinte años. Respondiéronme los muchachos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, despues de haber descansado un poco todos tres, marchámos juntos hácia Alcántara, donde entrámos mucho ántes de anochecer.

Alojámonos todos en un meson: pedímos un quarto, y nos señaláron uno donde habia

un

un armario que se cerraba con llave. Dímos órden que se dispusiese la cena, y miéntras propuse á mis compañeritos si gustaban que saliesemos á dar un paseo por el pueblo. Gustóles mucho la proposicion; guardámos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslos, y uno de los dos muchachos se metió la llave en la faldriquera. Salímos del meson, fuímos á visitar algunas Iglesias, y quando estábamos en la principal, fingiendo de repente que me habia ocurrido un negocio de importancia, queridos (dixe á mis camaradas) ahora me acuerdo que un amigo de Toledo me encargó dixese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta Iglesia: esperadme aquí, que voy y vuelvo en un momento. Diciendo esto, me aparté de ellos. Vuelo á la posada, voyme derecho al armario, fuerzo la cerradura, registro sus mochilas, y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéselos todos, sin dexarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto salí prontamente de la Villa, y tomé el camino de Mérida, sin embarazarme en lo que dirian y harian las inocentes criaturas.

Púsome esta aventura en estado de poder caminar con mas conveniencia. Aunque tenia pocos años me reconocia capaz de gobernarme con juicio, y puedo decir que estaba bastantemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Con-

ver-

vertí la mochila en una manga, y comencé á figurarme persona de importancia. Al la tercera jornada encontré en el camino un hombre, que iba cantando vísperas á gaznate tendido. Desde luego conocí que era algun sochantre; ánimo, le dixe, señor Bachiller, y vaya Vmd. adelante, que lo canta maravillosamente. Caballero, me respondió, soy cantor de una Iglesia, y quiero exercitar la voz.

De esta manera entramos en conversacion, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y muy agudo. Tendria como de veinte y quatro á veinte y cinco años, y como él caminaba á pié, y yo á caballo, de propósito dexaba andar á la mula paso á paso por el gusto de oirle. Hablamos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida esa Ciudad, me dixo el cantor: viví en ella muchos años, y tengo algunos amigos. ¿Y en qué calle vivia Vmd? le interrumpí yo. En la Rua nueva, respondió él. Allí estaba en compañia de Don Vicente de Buena-garra, y Don Matias del Cordel, y de otros dos ó tres honrados caballeros. Viviamos y comiamos juntos, y lo pasábamos alegremente. Sorprendíme al oirle estas palabras, porque los sugetos que citaba eran los mismos *caballeros de industria* que en Toledo me habian recibido en su nobilísimo órden. Señor cantor (exclamé entónces) esos ilustrísimos señores son muy conocidos mios, porque vivimos juntos en la misma Rua nueva.

Ya os entiendo, me respondió sonriéndose: eso es decir que entrásteis en la órden tres años despues que yo salí de Toledo. Dexé la compañia de aquellos caballeros, proseguí yo, porque me vino la gana de viajar y de ver mundo. Pienso dar la buelta á toda España, y sin duda valdré mas quando tenga mas experiencia. ¡ Acertado pensamiento! dixo el cantor: para perfeccionar el ingenio y los talentos no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon abandoné yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella Ciudad. Gracias á Dios que me ha dado á conocer un caballero de mi órden quando ménos lo pensaba. Unámonos los dos, caminemos juntos, hagámos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del próximo, y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Díxome esto con tanta franqueza y con tanta gracia, que desde luego acepté la proposicion. En el mismo punto ganó toda mi confianza, y yo la suya. Abrímonos recíprocamente nuestro pecho: me contó toda su historia, y yo le dixe todas mis aventuras. Confióme que venia de Portoalegre, de donde le habia hecho salir cierta maniobra desconcertada por un contratiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente baxo el trage de sopista, en que le veia. Luego que me informó de todos sus negocios determinamos dirigirnos á Mérida á tentar fortuna, y ver si

y po-

podiamos dar un buen golpe de mano, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales (así se llamaba mi nuevo compañero) no se hallaba en muy brillante situacion. Todo su haber consistia en cinco ó seis ducados, y en alguna ropa que llevaba en la mochila. Pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos en mi mula alternativamente, y de esta manera llegamos en fin á Mérida.

Apeámos en un meson de los arrabales, y Morales sacó luego de su mochila otro vestido, con el qual fuimos los dos á dar una vuelta á la Ciudad para descubrir terreno, y ver si se nos ofrecia alguna buena ocasion de ocuparnos, y la íbamos buscando con la mayor atencion. Pareciamos los dos (diria Homero) dos milanos, que desde lo mas alto de las nubes tienen fixos los ojos en la tierra; acechando todos los rincones por ver si descubren algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estabamos en fin esperando á que la casualidad nos presentase alguna ocasion de exercitar nuestra industria, quando vimos en la calle un caballero de pelo tendido, y todo cano, que con la espada en la mano se defendia contra tres que le iban arrinconando. Chocóme infinito la desigualdad del combate, y como soy

na-

naturalmente esgrimidor, corrí con mi espada á ponerme al lado del caballero. Imitó mi exemplo Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres cobardes, que tan villanamente le habian acometido.

Rindiónos el viejo un millon de gracias. Respondímosle cortesanamente que habiamos celebrado infinito la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle, y le suplicamos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores, nos respondió, estoy muy agradecido á vuestra generosa accion, y no puedo negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Gerónimo Mojadas, soy vecino de esta Villa, y vivo en ella con algunas conveniencias. Uno de los tres asesinos, de que ustedes me han librado, me pidió á mi hija por medio de otro sugeto, y porque no pudo obtener mi consentimiento vino á vengarse de mí, con espada en mano. ¿Y se podrá saber (le repliqué yo) por qué razon negó Vmd. su hija al tal caballero? Vóysela á decir á Vmd., me respondió. Tenia un hermano comerciante en esta Ciudad, llamado Agustin, el qual estuvo dos meses en Calatrava alojado en casa de Juan Velez de la Membrilla, su corresponsal. Son los dos íntimos amigos: pidióle Juan Velez mi única hija Florentina para su hijo con el fin de estrechar mas y mas la union y los intereses de las

dos

dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando del amor que nos tenemos los dos que yo ratificaria su promesa. Así lo hice, porque apénas volvió Agustin á Mérida, y me propuso esta boda, quando consentí en ella, por darle gusto; y por no desayrar su palabra. Envió el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociacion porque se le llevó Dios tres semanas ha. Poco ántes de morir me encargó mucho que no diese mi hija á otro que al hijo de su corresponsal. Ofreciselo, y este es el motivo porque se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra, por momentos estoy esperando al hijo de Juan Velez de la Membrilla para hacerle yerno mio, aunque jamas le he visto á él, como ni tampoco á su padre. Perdonenme Vmds. si les he cansado con relacion tan prolixa, lo que no hubiera hecho á no habermelo pedido Vmds. mismos.

Escuchéle con la mayor atencion, y suspendiéndome un poco el extraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome como transportado hácia el buen viejo, le dixe en tono patético: ¡es posible, señor Geronimo de Mojadas, que al mismo entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro! Estas palabras causaron en el

tal viejo una grande admiracion. No fue menor la que produxéron en Morales, el qual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecia un grandísimo bribon. ¿ Qué es lo que me dices ? respondió lleno de gozo el aturdido viejo. ¿ Es posible que tú eres el hijo del corresponsal de mi hermano ? Sí, señor, le respondí; y para mayor abundamiento le eché con decoro los brazos al cuello; y abrazándole estrechamente proseguí diciéndole : sí, señor, yo soy áquel hombre afortunado para quien está destinada la señora Florentina, la amable, la incomparable Florentina. Pero ântes de manifestaros el gozo que me causa el honor de entrar en vuestra honradísima familia, dadme licencia para desahogar un poco el dolor que me exêita la dulce memoria del Señor Agustin, vuestro dignísimo hermano : sería yo el hombre mas ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Al decir estas palabras volví á dar un abrazo al buen Gerónimo ; saqué el pañuelo blanco, y le puse por los ojos como para enjugarme las lágrimas, Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel embuste, quiso tambien ayudarle por su parte. Hizose criado mio, y comenzó á empujarme el sentimiento que yo habia mostrado por la muerte del señor Agustin, diciendo en tono ponderativo y lastimero : ¡ Ah, señor Gerónimo ! ¡ y qué pérdida ha hecho Vmd.

[L] por-

perdiendo á su querido hermano ! Era un hombre muy de bien , el fenix de los comerciantes; un mercader desinteresado , un mercader de buena fe; un mercader de aquellos que no se ven hoy.

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo. Léjos de hacérsele sospechoso nuestro enredo , él mismo nos ayudaba á llevarle adelánte. Y bien , me preguntó , ¿ y por qué no viniste derechamente á apearte á mi casa? ¿A qué fin irte à apear en un meson? Entre nosotros ya están demas los cumplimientos. Señor , respondió Morales, tomando la palabra. Mi amo es algo ceremonioso. No digo esto porque no sea en cierta manera excusable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el indecente trage en que nos veis. Robáronnos en el camino , y los ladrones se llevaron nuestros mejores vestidos. Dice la verdad este mozo , añadí yo. Ese es el motivo porque no me fuí en derechura á vuestra casa. Avergonzábame de comparecer en tan miserable equipage ante una señorita que jamas habia visto , y para hacerlo con la decencia que era razon estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado à Calatrava. No admito la excusa , repuso el viejo : ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa ; y desde aquí mismo quiero que vayas á tomar posesion de ella.

Diciendo esto , él mismo me tomó por la mano para guiarme. En el camino fuimos hablan-

blando del robo, y dixe que todo ello me importaba un bledo, que solo habia sentido me llevasen el retrato de mi adorada señora Florentina. Respondióme el Señor Gerónimo sonriéndose, que presto me consolaria de esta pérdida, porque el original valia mas que la copia. Con efecto luego que llegamos á su casa hizo llamar á la hija, que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una señorita perfecta. Aquí teneis, me dixo, aquella persona que os prometió su tio mi difunto hermano. ¡Ah señor, exclamé yo entónces en ayre de apasionado; no era menester decirme que era la amable señora Florentina. Sus bellísimas facciones están ya gravadas en mi memoria, y mucho mas en mi amante corazon. Si el retrato que perdí, y era solo un bosquejo de sus mas que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, figuraos lo que ahora pasará dentro de mí teniendo presente el original. Señor, me dixo Florentina, son muy excesivas vuestras expresiones, y no soy tan vana que me lisonjee merecerlas. No hagas caso de lo que dice mi hija (me interrumpió su padre) y vé adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dexó solo con su hija, y él, tomando de la mano á Morales se fué á otro quarto con él, y le dixo: con que al fin os robaron toda vuestra ropa, y con ella es cosa muy natural que tambien se hayan llevado todo vuestro dinero, que es por don-

dondè siempre empiezan? Si señor, respondió mi camarada: echóse sobre nosotros una quadrilla de bandoleros, y no nos dexó mas que el vestido que traemos á cuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio, y con ellas nos equiparemos con la decencia que es razon.

Pero miéntras vienen esas cambiales, replicó el bonísimo viejo, sacando un bolsillo, y alargándoselo, ahí van esos cien doblones, de que podreis disponer. Jesus, señor, replicó Morales; perdoneme su merced, que yo no le puedo recibir, porque estoy cierto que mi amo me reñirá, y quizá me despedirá de su servicio. ¡Santo Dios! todavía no le conoce Vmd. bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fué de aquellos niños que están prontos á pedir y tomar á todas manos. Antes pediria limosna que pedir prestado ni un solo maravedí. Mejor, dixo el buen hombre; ahora le estimo mucho mas. Yo no puedo llevar en paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas. Eso se dexa para los caballeros, los quales están ya en antigua posesion de contraerlas. Así que yo no quiero desazonar á tu amo, y si se ha de disgustar quando le ofrecen dinero, no se hable ya mas en el asunto. Diciendo esto, hizo ademan de volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dixo: tenga Vmd., señor, que ahora mismo se me

ofrece un pensamiento. Es verdad que mi amo tiene una grandísima aversion á tomar dinero ageno; pero no desconfio hacerle admitir vuestros cien doblones: tódo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los extraños, y otra es recibirle quando espontaneamente se le ofrece uno de la familia; y sabia muy bien pedir dinero â su padre quando lo habia menester. Es un mozo, que como Vmd. vé, sabe distinguir de personas, y hoy considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras razones semejantes se dió por convencido el buen viejo: alargó el bolsillo á Morales, y volvió á donde estábamos su hija y yo escopeteandonos á cumplimientos. Interrumpió nuestra conversacion. Informó á su hija de la accion que yo habia hecho con él, y de lo muy obligado que me estaba, sobre lo qual se desahogó en expresiones que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. Parecióme no malograr tan favorable ocasion, y le dixe que la mayor prueba que me podia dar de haberle sido grato aquel mi pequeño servicio, era el acelerar quanto le fuese posible mi suspirada union con su dignísima hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia, y me empeñó su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias seria esposo de Florentina; y que ademas de los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote añadiria otros quatro mil para darme esta nueva prueba de lo obligado

que

que estaba á la caballeresca accion que le habia salvado la vida.

Estábamos Morales y yo tratados con agasajo y con esplendidez en casa del buen Gerónimo de Mojadas, viviendo alegrísimos con la próxîma esperanza de embolsarnos no ménos que diez mil ducados, bien resueltos á retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Pero turbaba algun tanto esta alegría el molesto recelo de que dentro de aquellos tres dias podia presentarse el verdadero hijo de Juan Velez de la Membrilla, y dar en tierra con toda nuestra soñada felicidad. El suceso acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó el dia siguiente á casa de Florentina una cierta figura de paysano cargado con una maleta. No me hallaba yo en casa á la sazon, pero estaba en ella Morales. Señor, dixo el paysano al buen viejo, yo soy criado de aquel Caballero de Calatrava que ha de ser vuestro yerno, quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla. Acabamos de llegar en este punto, y él estará aquí dentro de un momento. Yo me he adelantado para dar parte á su merced. Apénas acabó de decir esto, quando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo, y turbó algo á Morales.

Era este señor novio un mozo ayroso, y de la mas bella disposicion. Enderezóse luego al padre de Florentina, el qual no le dexó acabar su salutacion, ántes volviéndose á mi compañe-

ro,

ro le dixo: y bien, ¿qué quiere decir este embrollo? Morales, hombre sereno, y descaradisimo, le respondió prontamente: señor esto quiere decir que esos dos hombres son de la quadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino. Conózcolos á entrámbos bien, pero muy particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo de Juan Velez de la Membrilla. Creyó el viejo á Morales, y persuadido á que los dos forasteros eran dos grandísimos bribones, les dixo: señores, Vmds. llegan ya tarde, porque otro los ha prevenido. El señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire Vmd. lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava, sepa que tiene en casa un embustero, un impostor. Mi padre el señor Juan Velez de la Membrilla no tiene mas hijo que yo. A otro perro con ese hueso, respondió el viejo. Yo sé muy bien quien eres tú. ¿No conoces á este mozo (señalando á Morales) á cuyo amo robaste en el camino? ¡Cómo robar! (repuso con enojo el novio) A no estar en vuestra casa, yo castigaria la insolencia de este desvergonzado que ha tenido atrevimiento para tratarme de ladron. Agradezca á vuestra presencia, cuyo respeto contiene mi justa cólera: mire Vmd. que le engañan. Yo soy el mozo á quien el señor Agustin su hermano prometió la hija de Vmd. ¿Quiere que le muestre todas las cartas que se escribieron quando se trataba este matrimonio? ¿Creerá Vmd. al retrato de su hija,

ya que me envió el señor Agustin poco ántes de su muerte.

No (replicó el viejo): ni el retrato, ni las cartas probarán nada para mí. Estoy muy informado del modo con que cayeron en vuestras manos; y el consejo mas caritativo que os puedo dar es, que quanto ántes os retireis de Mérida para libraros del castigo que merecen vuestros semejantes. Esto ya es demasiado (interrumpió el ultrajado mozo). Nunca sufriré que me roben impunemente mi nombre, ni mucho ménos que á un hombre como yo hagan pasar por un salteador de caminos. Conozco á varias personas de esta Ciudad, y ellas me conocen á mí. Voy á buscarlas, y volveré con ellas á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí. Diciéndo esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta aventura espoleó á Gerónimo de Mojadas para resolver que si fuese dable se efectuase la boda en aquel mismo dia, á cuyo fin salió á dar sus disposiciones.

Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, no por eso vivia sin inquietud. Temia las conseqüencias de los pasos que juzgaba, y bien, no dexaría el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y profundamente enagenado. ¿Qué tienes, amigo? le pregunté: paréce-

ceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas. Y como que lo está, me respondió; y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: mira ahora si tenia razon para estar pensativo. Tu temeridad nos mete en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera llenado de gloria, como saliera bien; pero segun todas las apariencias acabará muy mal, y soy de parecer que ántes que se acabe el enredo pongamos los pies en polvorosa, contentándonos con la pluma que hemos sacado del ala de este buen pavo.

Señor Morales, repliqué yo á este discurso, Vmd. es un hombre muy dócil, y cede facilmente á las dificultades. Hace bien poco honor á Don Matias del Cordel, y á los demas caballeros de la orden, con quienes tuvo la fortuna de tratar en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros no debe asustarse ni amilanarse con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las pisadas de estos heroes, y acreditarme digno discípulo de su escuela, yo, vuelvo á decir, hago frente á ese obstáculo, que tanto te espanta, y pretendo burlarme de él. Si lo consigues, repuso mi camarada, desde luego te declararé superior á todos los varones ilustres de Plutarco.

Apénas habia acabado de hablar Morales quando entró Gerónimo de Mojadas. Esta noche (me dixo) serás ya yerno mio. Tu criado

te habrá contado todo lo sucedido. ¿ Qué me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del corresponsal de mi hermano ? Estaba Morales cuidadoso de saber como saldria yo de este aprieto : y no fué poca su sorpresa quando me oyó decir con el semblante mas triste, y el ayre de la mayor sinceridad que me fue posible afectar : señor, de mí dependeria manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él ; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira ; y así quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Velez de la Membrilla. ¡Qué es lo que oigo ! Interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿ Pues qué ? No sois vos el mozo á quien mi hermano.... Sosieguese Vmd. Señor, le interrumpí yo tambien ; y ya que empecé á descubrirme sirvase oirme con paciencia hasta que lo diga todo. Ocho dias há que amo ciegamente á vuestra hijá, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pedírosla por esposa ; pero me cerrasteis la boca quando os oí que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dixisteis que al morir vuestro hermano os habia conjurado que la casaseis con Pedro de la Membrilla, que así se lo ofrecisteis, y que erais esclavo de vuestra palabra. Sacóme fuera de mí este discurso, y aconsejado mi amor con la desesperacion, me ocurrió

rió el estratagema de que me he valido. Es cierto que mil veces secretamente me he avergonzado yo mismo de esta cautela; pero me persuadí que vos mismo me la perdonariais, quando llegaseis á saber que soy un Príncipe Italiano que viajo *incógnito*. Mi Padre es Soberano de ciertos valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya. Imaginábame yo sorprehenderos agradablemente quando os revelase mi nacimiento, y desde ahora me complacia en el gozo de Florentina, quando despues de haberla dado mi mano, supiese la fina y delicada burla que la habia hecho. No quiere Dios, proseguí mudando de tono, que yo tenga este gusto. Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla: debo restituirle su nombre, cuésteme lo que me costare. En virtud de vuestra promesa ós creeis obligado á escogerle por yerno. Lo siento sin poder quejarme: pues debeis preferirlo á mí, sin reparar en mi alta clase ni en la cruel situacion á que me veis reducido. No quiero representaros que vuestro hermano no era mas que tio de Florentina, y que vos sois su padre, y que parecia mas justo cumplir la palabra que me habeis dado, que hacer punto de cumplir otra, la qual á la verdad os liga muy levemente.

¿Qué duda tiene eso? exclamó el buen Gerónimo. Es una cosa muy clara; y así estoy muy lejos de titubear entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustin él mis-

mismo desaprobaria que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que ademas de eso es un gran Señor, un Príncipe que quiere honrar nuestra familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Seria menester fuese yo enemigo de mí mismo, ó que hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija, y no solicitase todo lo posible la mas pronta execucion de este matrimonio. Con todo eso, señor, repliqué yo, no quisiera que Vmd. partiese de carrera y con precipitacion: atienda solo á sus intereses, sin respeto á la nobleza de mi sangre.... V. A. se burla de mí, interrumpió Mojadas. ¿Me tiene por tan mentecato, que habia de dudar un momento en abrir la puerta al grande honor que se me entra por mi casa? No, Príncipe, yo os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra soberana mano á la dichosa Florentina. En hora buena, le respondí. Id vos mismo á darla esta noticia, y á informarla de su glorioso destino.

Miéntras el buen hombre iba á dar parte á su hija de la conquista que habia hecho su hermosura, no ménos que de un gran Príncipe, Morales, que habia oido toda la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dixo: Señor Príncipe Italiano, hijo del Soberano de los Valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya, permitame V. A. que me arroje á sus pies para darle testimonio de mi alegría, y de mi pasmosa admiracion. A fe de

grandísimo bribon, que eres un prodigio. Teniame yo por el mayor hombre del mundo, pero hablando francamente, arrió vandera á vista de tu pavellon, sin embargo de que tienes ménos experiencia que yo. Segun eso, le respondí, ¿ya no tienes inquietud? Seguramente nó, replicó él. No temo ya al señor Pedro: ahora que venga su merced quando quisiere. Y étenos aquí á Morales y á mí mas firmes en nuestros estrivos que unos Gerineldos. Comenzámos á discurrir sobre el partido que habiamos de tomar luego que recibiésemos la dote, con la qual contábamos con tanta seguridad como si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo todavia no la habiamos agarrado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábanle dos vecinos y un alguacil tan respetable por sus bigotes, y por su tez amulatada, como por su honrado empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Mojadas, le dixo el tal mozo, aquí os presento á estos tres hombres de bien, que me conocen, y pueden decir quien soy. Sí por cierto, dixo el alguacil, y quiero declararlo. Certifico á todos aquellos que convenga como yo te conozco muy bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla. Qualquiera que tenga atrevimiento para decir lo contrario es un embustero, y un solemnísimo impostor. Señor alguacil, dixo entónces el buen Mojadas, yo le creo á Vmd. A mí me basta su

testimonio y el de los dos señores mercaderes que vienen en su compañia. Estoy plenamente convencido de que este caballerito que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. ¿ Pero qué me importa á mí? Sin embargo de todo eso, ya he mudado de resolucion, y no quiero darle á mi hija.

Oh! eso es otra cosa, dixo el alguacil. Yo solo vine á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre. Por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro, hacer violencia al señor Mojadas; pero desearia saber por qué motivo ha mudado de resolucion. Ya que pierdo la esperanza de ser su yerno quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia. No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo; ántes bien os confesaré que me cuesta dolor verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones. Vos mismo sois tan racional y generoso que me persuado no llevareis á mal que yo hubiese preferido á vos un pretendiente á quien soy deudor de la vida. Este es el caballero que veis aquí: este señor (prosiguió tomándome por la mano) es el que me libró de un gran peligro, y para mayor disculpa mia, y mayor satisfaccion vuestra, debo añadir que es un Príncipe Italiano.

Al oir esto Pedro quedó mudo y confuso. Los dos mercaderes, mirándose unos á otros, con

con los ojos abiertos y espantados. Pero el alguacil, como acostumbrado á echarlo todo á la peor parte, sospechó que tras aquella extraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podia valer algunos quartos. Comenzó á mirarme con la mayor atencion, y como mis facciones, que nunca habia visto, ayudaban poco á su buena voluntad, se volvió á exâminar á mi camarada con igual curiosidad. Por mala fortuna de mi Alteza, conoció á Morales, y se acordó de haberle visto en la carcel de Ciudad Real. Ah! Ah! exclamó, sin poderse contener: hé aquí un hombre honrado, á quien conozco tan bien como al señor Pedro. Desde luego le embargo la persona; y os lo declaro por uno de los mas grandes bribones que calienta el sol de España en todos sus Reynos y Señorios. Poco á poco, señor alguacil, dixo Gerónimo Mojadas, que ese pobre mozo es un criado del Señor Príncipe. Sea en buen hora, respondió: eso me basta para saber lo que debo creer. Por el criado saco yo lo que será el amo. No tengo ya la menor duda de que estos dos señores son dos insignes pícaros de marca, que se han unido para burlarse de vos. Soy muy práctico en esta casta de páxaros; y para haceros ver que son dos gentilísimas ganzuas, en este mismo punto voy á llevarlos á la carcel. Quiero que se aboquen con el Señor Corregidor, para que tengan con él una conversacion amistosa y reservada, y sepan de la boca de su Señoria que todavia se usan por acá pencas y rebenques. Alto ahí, se-

ñor oficial, replicó el viejo : no hay que llevar tan adelante el negocio. Digame Vmd. ¿no podrâ ser el criado un bribon sin que el amo lo sea ? ¿ Es por ventura cosa nueva que haya bribones en servicio de los Príncipes ? Vmd. nos burla con sus Príncipes, repuso el alguacil. Este mozo sobre mi palabra es un tunante, y así desde ahora les intimo á los dos que se dén *presos por el Rey*. Si se resisten, ó no quieren ir á la carçel por su pié, dexé á la puerta veinte ministriles que les llevarán arrastrando. Alons, Príncipe, me dixo, vamos caminando.

Confieso que me turbé ál oir estas palabras; lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Gerónimo Mojadas, ó por mejor decir nos arruinó enteramente en su concepto, y llegó á creer que habiamos querido engañarle. Con todo eso hizo lo que todo hombre de bien debia hacer en semejante ocasion. Señor oficial, dixo al alguacil, vuestras sospechas pueden ser verdaderas, y pueden ser falsas. Pero sean lo que fueren, no apurémos mas la materia. Permitid que estos caballeros se retiren á donde mejor les pareciere. Esta gracia y este favor os pido para desempeñar en parte la obligacion que les tengo. La mia, interrumpió el alguacil, era llevarlos desde este punto á la carcel, sin atender á vuestra intercesion; sin embargo por respeto á ella quiero dispensarme ahora en el cumplimiento de mi deber, pero con la indispensable condicion de que en este mismo momento han

han de salir de la Ciudad; porque si mañana los veo en ella, vive Dios que verán lo que les pasa.

Quando Morales y yo oimos que estábamos libres, volvimos á respirar. Amagamos á querer hablar con resolucion, y sostener que eramos hombres de honor; pero el alguacil nos miró á soslayo, y solo con esto nos impuso silencio: tal ascendiente tiene esta gente sobre nosotros. Vimónos, pues, precisados á cederle dote y Florentina á Pedro de la Membrilla, que verisimilmente pasó á ser yerno de Gerónimo Mojadas.

CAPITULO II.

Prosigue la historia de Don Rafael.

Salí de Mérida con mi camarada, y tomámos el camino de Truxillo, con el consuelo de haber ganado cien doblones en esta aventura. Transitámos por una Aldea resueltos á ir á hacer noche mas adelante. Vimos en ella un meson de bellísima apariencia. El mesonero y la mesonera estaban á la puerta sentados en dos bancos de piedra. El mesonero, hombre alto, seco, y ya entrado en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger, que mostraba oirlo con gusto. Quando vió que no nos apeábamos en su casa, señores, nos gritó, aconsejo á Vmds. que hagan alto en esta posada. Va ya á caer la noche, hay tres leguas mortales al primer lugar,

y no lo pasarán tan bien como aquí. Creanme, echen pie á tierra, que serán bien tratados y les costará poco dinero. Dexámonos persuadir: acercámonos mas al mesonero y á la mesonera; saludámoslos, y habiendonos sentado junto á ellos, comenzámos á hablar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era oficial de la Santa Hermandad, y la mesonera tenia traza de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus ahugetas.

Interrumpióse nuestra conversacion con el arribo de doce ó quince hombres, montados unos en caballos y otros en mulas, seguidos como hasta de unos treinta machos de carga. ¡O quántos huéspedes! exclamó el mesonero: ¿dónde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la Aldea llena de hombres y de bestias. Habia por fortuna una granja cerca del meson: en ella se acomodaron los machos y las cargas, y las mulas y los caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del Lugar. Los hombres pensaron ménos dónde habian de dormir que en lo que habian de cenar. Ordenáron que se les dispusiese una abundante cena. Ocupáronse en disponerla el mesonero, la mesonera, y una criada. Declaráron la guerra á las gallinas, pollos, pichones y demas aves del corral. Hicieron una olla española, émula de aquella arca donde se refugiaron contra el diluvio todos los animales. Con esto, con diferentes ensaladas y con variedad de frutas, hubo para todo el equipage, y sobró mucho para que les cupiese su parte al mesonero y mesonera con toda su familia.

Mo-



Morales y yo mirábamos de quando en quando á aquellos caballeros, los quales tambien nos miraban á nosotros. En fin travámos conversacion, y les diximos que si lo tenian á bien cenariamos todos juntos. Respondiéronnos cortesanamente que tendrian en ello particular gusto. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas, y aunque estos le trataban con bastante familiaridad, sin embargo se conocia que le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que en la ocasion contradecia á los otros sin ceremonia, y que ninguno se atrevia á contradecirle á él, ántes bien todos se conformaban con lo que decia. No sé con que casualidad cayó la conversacion sobre Sevilla, y como Morales comenzáse á elogiarla mucho, el hombre de quien voy hablando le dixo: caballero, Vmd. hace mucho favor á la Ciudad donde yo nací, ó á lo ménos muy cerca de ella, porque mi madre me dió á luz en Mairena. En el mismo me parió la mia, respondió Morales muy alegre, y no es posible que yo dexe de conocer á los parientes de Vmd. Sírvase decirme quien fue su señor padre. Un honrado Notario, respondió el caballero, llamado Martin Morales. ¡A fé que es singular la aventura! exclamó todo transportado mi compañero. Segun eso sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente, respondió el otro, y por consiguiente tú eres mi hermanito menor Luis, á quien yo dexé en la cuna quando salí de la ca-

sa paterna. Ese es es mi nombre, replicó mi camarada. Al decir esto se levantaron los dos de la mesa y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estábamos presentes; señores, dixo: verdaderamente que es muy extraño, y tiene algo de maravilloso este suceso. La casualidad ha dispuesto que quando yo ménos lo pensaba me haya encontrado con mi hermano, á quien há mas de veinte años que no habia visto. Dadme licencia para que os le presente. Entónces todos los caballeros, que por respeto estaban en pié, saludaron al hermano menor, y por poco no le sofocaron á abrazos y á cortesias. Sosegado este primer turbion nos volvimos á la mesa, y en ella estuvimos toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro, y todo el tiempo que duró la cena, estuvieron cuchucheando al oído, hablando sin duda sobre las cosas de su familia, miéntras los demas comiamos, bebiámos y nos alegrábamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida me llamó aparte, y me dixo: toda esta gente es de la familia del Conde Montaños, á quien el Rey acaba de nombrar por General de Mallorca. Conducen el equipage de su amo á Alicante, donde se ha de embarcar para su destino. Mi hermano es el Mayordomo de su Excelencia, y me propuso si me queria ir en su compañia; yo le respondí que no podia dexar la tuya; á que me replicó que si

tú querias venir con nosotros te facilitaria un buen empleo. Caro amigo, no dexemos escapar esta ocasion, y abracemos los dos tan buen partido. Vamos á Mallorca: si lo pasámos bien nos estableceremos allí; y si no nos tuviere cuenta nos volveremos á España.

Admití con gusto la proposicion. Incorporámonos entrambos con la familia del Conde, y partímos del meson ántes del amanecer del dia siguiente. Pusímonos en camino para Alicante caminando á largas jornadas. Luego que llegámos compré una guitarra, y me hice hacer un vestido decente. Todo mi pensar era en la Isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada Morales. Parecia que ámbos de acuerdo habiamos ya renunciado para siempre á la vitabona. Es preciso decir la verdad. Uno y otro queriamos acreditarnos de hombres de bien entre aquellos caballeros, y este respeto nos contenia. En fin nos embarcamos alegremente, lisonjeándonos de llegar presto á Mallorca; pero no bien habiamos salido del Golfo de Alicante, quando nos acogió una furiosa borrasca. Qué buena ocasion era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintando el ayre todo en fuego, fulminando rayos, y haciendo tronar las nubes, silvar los vientos, elevarse las ondas &c. pero arrimando á un lado todas las flores retóricas os diré sencillamente que fué muy violenta la tempestad, que nos obligó á ancorar en la Cabrera, que es una Isla desierta, defendi-

dida con un fortin, cuya guarnicion consistia entónces en cinco ó seis soldados y un oficial, los quales nos recibieron con mucha humanidad y agasajo.

Como nos veiamos precisados á detenernos allí muchos dias para acomodar nuestro velamen procurámos pasar el tiempo en diferentes diversiones, segun el genio de cada uno. Estos jugaban á los naypes, aquellos á la pelota &c. yo me iba á pasear por la Isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso que apénas se descubria un palmo de tierra. Un dia, que considerando aquellos lugares áridos y secos, estabamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó esteril donde la da la gana, sentímos todos de repente un gratísimo olor que nos dexó sorprendidos. Aun lo quedámos mucho mas quando volviéndonos hácia el Oriente, de donde venia aquella fragrancia, vímos un campo todo cubierto de madre selva, mas hermosa y odorífera aun que la de Andalucia. Acercámonos gustosos hácia aquellos bellísimos arbustos que perfumaban el ayre circunvecino, y hallámos que bordeaban la entrada de una profunda caverna. Era esta ancha y un poco sombria: baxamos á la cueva por una escalera ó caracol de piedra, adornada de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Quando llegámos abaxo vímos serpentear sobre un fondo de arena mas

ro-

roxa que el oro varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos el agua tan clara y tan cristalina que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada, que resolvímos volver á hacerla otra visita el dia siguiente, trayendo con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos á que tambien lo beberiamos con gusto en aquél delicioso y como encantado sitio.

Dexámosle con dolor, y quando nos restituímos al fuerte no quisimos negar á nuestros camaradas la noticia de tan felíz descubrimiento: pero el Comandante del fuerte nos dixo que como amigo nos advertia que por ningun caso volviésemos á la cueva de que habiamos quedado tan enamorados. ¿Y eso por qué? le pregunté yo. ¿Hay por ventura algo que temer? Y mucho, me respondió. Los Corsarios de Argel y de Trípoli vienen algunas veces á esta Isla, y hacen aguada en ese parage. Uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados, y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el Oficial no le quisimos creer. Parecianos que se zumbaba, y al dia siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros del equipage, y de propósito no quisimos llevar armas de fuego, para mostrar que no teniamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Baxámos al fondo de la cueva como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegria, vímos en la boca de la caverna muchos hombres con mostachos, turbantes, y vestidos á la Turca. Al principio creimos que eran algunos del equipage, que juntamente con el Comandante se habian disfrazado para chasquearnos. Preocupados de este pensamiento nos echámos á reir, y dexamos baxar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos. Presto quedamos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia á echarse sobre nosotros. *Rendios*, *perros*, nos dixo en lengua castellana, *ó aquí morireis todos*. Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las caravinas los que venian con él, y á la menor resistencia las hubieran descargado. Preferímos la esclavitud á la muerte. Entregámos nuestras espadas á los Moros. Cargáronnos de cadenas, lleváronnos á su navio, que no estaba muy distante, levantaron anclas, pusiéronse á la vela, y zinglaron hácia Argel.

Así pagámos el poco aprecio que hicímos del aviso y consejo del Comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el Corsario fué registrarnos hasta la camisa, y quitarnos todo el dinero que llevábamos. ¡Gran golpe de mano para él! Los doscientos doblones del mercader de Plasencia; los ciento que Gerónimo de Mojadas ha-

habia dado á Morales, que por casualidad y por desgracia llevaba yo conmigo, todos mudaron de dueño, pasando á manos del Corsario, que todo me lo atrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal provehidos: en suma el golpe bastaba para hacer rico á un raterillo. El pirata estaba todo contento; y el grandísimo verdugo, no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con insulsas bufonadas, las quales nos eran ménos sensibles que la dura necesidad de sufrirlas. Despues de mil impertinentes truhanadas echó mano de las botellas que habiamos puesto á refrescar, y las agotó todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por mofa é irrision.

Durante este enfadoso rato mis camaradas mostraban un exterior que hacia muy visible lo que interiormente pasaba por ellos. Se les hacia tanto mas doloroso el cautiverio quanto mas alegre era la idea con que se habian lisonjeado de pasar buena vida en Mallorca. Por lo que á mí toca tuve valor para tomar desde luego mi partido. Ménos consternado que los otros trabé conversacion con nuestro capitan mofador. Ayudéle yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dixo, me gusta tu buen humor y tu genio. Si bien se considera, en vez de gemir y suspirar es mejor armarse de paciencia, y aco-

modarse con el tiempo. Tócanos un buen son, añadió viendo que tenia junto á mí una guitarra: quiero ver hasta donde llega tu habilidad. Mandó que me desatasen los brazos, y al punto comencé á tocar, regalándoles con un fandango, que celebraron con grande aplauso, no haciendo ménos honor á mi voz que á mi guitarra. Habiame enseñado á tocarla el mejor maestro de Madrid, y con efecto no manejo mal este instrumento. Todos los Turcos que estaban en el navio móstraron con gestos y ademanes de admiracion el gusto con que me oian, por lo que conocí que en punto de música no le tenian muy delicado. El pirata se arrimó á mí, y me dixo al oido que seria un esclavo afortunado, y que podia estar seguro de que mis talentos me harian muy llevadera la esclavitud.

CAPITULO II.

Va adelante la misma historia.

Algo me consolaron estas palabras. Sin embargo no dexaba de inquietarme un poco el pensamiento sobre el empleo que me tocaria, y que el pirata me habia pronosticado en general y en confuso. Quando nos acercamos al puerto de Argel vímos una multitud de personas que habian acudido á la playa á recibirnos. Luego que saltámos en tierra hicieron resonar el ayre con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba

â

á estos el confuso rumor de las trompetas, flautas moriscas, y otros instrumentos de que se sirve aquella gente, y forman un estruendo desentonado, mas qué un apacible sonido. Era la causa de aquella extraordinaria algazara una falsa voz que se habia esparcido en la Ciudad. Habia corrido por ella que el renegado Mahometo habia muerto combatiendo con un grueso navio Ginoves; y todos sus amigos informados de su feliz retorno acudieron al puerto para dar testimonio de su alegria.

Quando hubimos desembarcado fuí conducido con mis compañeros al palacio del Bey Soliman, donde un escribano christiano nos exâminó en particular, preguntándonos nuestros nombres, edad, patria, religion y talentos. Entónces Mahometo, tomándome por la mano y mostrándome al Bey, comenzó á ponderarle mi voz y mi habilidad en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para decir que me queria en su servicio, y desde aquel punto me quedé en su Serrallo. Los demas cautivos fueron llevados á la plaza mayor, y puestos allí en pública venta segun costumbre. Cumplióse lo que Mahometo me habia pronosticado en el navio: Verdaderamente que fuí muy afortunado. No me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas. Mandó Soliman que me agregasen en cierto sitio particular á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á

quie-

quienes se les empleaba en fatigas muy ligeras. A mí solo se me encomendó que regase en los jardines las flores y los naranjos, empleo que en vez de llegar á ser fatiga podia llamarse diversion.

Era Soliman un hombre de quarenta años, bien hecho, muy atento, y aun galan para Moro. Era su favorita una Georgiana, que por su espíritu y su hermosura se habia hecho dueña absoluta de él. Idolatraba en ella y no se pasaba dia en que no la regalase con algun festejo, ya de música, tanto de voces como de instrumentos, ya tambien de comedias á la Turca, es decir, unos dramas en los quales no se tenia mas respeto al pudor que á las categorias de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farruchnaz, era apasionadísima á estos espectáculos. Algunas veces hacia que sus damas fuesen las actrizes de varias piezas Arabes en presencia del Bey. Tal vez aun ella misma representaba tambien algun papel, y lo hacia con tanta viveza y con tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un dia en que asistia yo á estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo así, y tuve la fortuna de dar gusto. Aplaudiéronme mucho todos, y la favorita (á lo que me pareció) me miró con ojos favorables y benignos.

El dia siguiente muy de mañana miéntras estaba yo regando los naranjos, pasó junto á mí un

Eunuco, el qual sin detenerse ni hablarme palabra, dexó caer á mis pies un billete, y siguió su camino. Cogí apresuradamente el papel con una especie de turbacion neutral entre el temor y la alegría. Tendíme á la larga en el suelo detras de los naranjos, por no ser visto de las ventanas del Serrallo. Abríle con mano trémula, hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritos en buen castellano estos pocos renglones: *Jóven Christiano, da mil gracias al Cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna te van á hacer feliz: el amor si correspondes á una persona que no es fea y que te estima; la fortuna si tienes valor para despreciar todo genero de peligros.*

No dudé ni un solo momento que el billete fuese de la Sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadian. Ademas de que nunca fui cobarde, la vanidad de verme favorecido, y aun solicitado por una dama que era el ídolo de un Príncipe, y Príncipe Moro, y la esperanza de que su favor me facilitaria mucho mas dinero del que era menester para mi rescate, me hicieron resolver á entrar en esta nueva aventura á costa de qualquier peligro. Proseguí, pues, en mi trabajo, pensando siempre en el modo que podia tener para introducirme en el quarto de Farruchnaz, ó por mejor decir, en los arbitrios que ella discurriria para abrirme este camino; pareciéndome, y no mal, que nó se contentaria con lo hecho, y que ella misma se adelan-

lantaria á librarme de este cuidado. Con efecto así sucedió, y no me engañó mi pensamiento. Una hora despues volvió á pasar junto á mí el mismo Eunuco que habia pasado ántes, y sin pararse me dixo: ¿Christiano has hecho tus reflexîones? ¿Tendrás valor para seguirme? Respondíle que si; y él, prosiguiendo siempre andando, añadió: *El Cielo te guarde: mañana por la mañana me volverás á ver*, y diciendo esto se retiró. Efectivamente al dia siguiente á cosa de las ocho se dexó ver, y me hizo señal que me llegase á él. Obedecí, y me conduxo á una sala donde habia una gran pieza de lienzo pintado, que acababa de traer otro Eunuco, para presentarla á la Sultana, y debia servir de decoracion en el teatro para una comedia Arabe, que ella tenia prevenida para diversion del Bey.

Desenrollaron sin perder tiempo los Eunucos la tal pieza, hiciéronme tender á la larga en medio de ella, y la enrollaron de nuevo, volviéndome y revolviéndome dentro de la misma con peligro de sofocarme. Cargáronla sobre sus hombros, uno de una punta y otro de otra, y de esta manera me introduxeron impunemente en el quarto de la bella Georgiana. Estaba sola con una esclava vieja, enteramente entregada á darla gusto. Desenrollaron la tela; y Farruchnaz luego que me vió prorrumpió en ciertos ademanes de alegría, que manifestaba bien el carácter de las mugeres de su pais. En medio de mi

mi natural intrepidez confieso que quando me ví de repente transportado en el quarto secreto de las mugeres sentí cierto terror. Conociólo muy bien la favorita, y me dixo: no temas Christiano, porque Soliman acaba de partir para su casa de campo donde se detendrá todo el dia, y nosotros nos divertiremos aquí libremente.

Consoláronme estas palabras, y en virtud de ellas me revestí de un espíritu y seguridad que redobló el gusto de mi patrona. Esclavo, me dixo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas dulce el rigor de la esclavitud. Téngote por muy digno del concepto que me debes. Aunque te veo en trage de esclavo descubro en todas tus modales un no sé qué de noble y de generoso que me obliga á creer no eres persona baxa ni del comun. Explícate, háblame con toda confianza, y díme quien eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que sea ménos costoso su rescate. Pero conmigo debes dispensarte de esta política, me ofenderia mucho semejante precaucion puesto que desde luego corre de mi cuenta el ponerte en libertad. Fiate de mí, sé sincero, y confiésame que naciste en mas que vulgares pañales. Con efecto señora (la respondí) corresponderia villanamente á vuestra generosa bondad si usara con vos de artificio ó disimulo. Vos quereis absolutamente que os descubra quien soy. Voy á obedeceros ciegamente. Soy hijo de un Grande de España (quizá decia en esto la verdad).

Por lo ménos la Sultana así lo creyó, y dándose á sí misma el parabien por haber puesto sus ojos en un hombre de importancia, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos con freqüencia. Tuvimos larga conversacion. En mi vida traté muger de mayor talento, ni de mas atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba mas que medianamente. Quando la pareció que era tiempo de separarnos me hizo acomodar en un gran ceston de juncos finos cubierto con un rico repostero de brocado, recamado de oro por su misma mano con flores delicadísimas, y llamando á los mismos Eunucos que me habian introducido les entregó aquella carga, como un regalo que ella embiaba al Bey; sobrescrito tan sagrado entre los que hacen la guardia al quarto de las mugeres, que ninguno tiene osadia ni facultad para mirarlo.

Hallamos Farruchnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos, y la amable Sultana poco á poco me fue inspirando tanto amor por ella, como ella sentia por mí. Dos meses se conservaron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy dificil que en un Serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos argos. Pero un contratiempo desconcertó nuestros pequeños negocios, y mudó enteramente de semblante mi fortuna. Un dia en que fui introducido en el quarto de la Sultana dentro de cierto dragon artificial que se habia fabricado pa-

ra no sé qué espectáculo, quando estaba yo hablando con ella muy descuidado, persuadido á que Soliman se hallaba en el campo, entró este en el quarto de la favorita tan repentinamente que la vieja esclava no tuvo tiempo para avisarnos. Yo tuve mucho ménos lugar para ocultarme, y así fue mi persona el primer objeto que se ofreció á los ojos del Bey.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la cólera á la admiracion arrojaban fuego sus ojos, centelleando llamas de indignacion y furor. Consideréme entónces como un hombre que estaba ya tocando el último instante de su vida, y me imaginaba en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farruchnaz conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito, y pedir perdon de él, dixo á Soliman: Señor, suplicoos que no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan y me representan infiel y traydora á vos, por consiguiente digna de los mas horrorosos castigos. Yo misma hice venir á mi quarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera perdidamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas exterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido infiel. Quise hablar con este esclavo Christiano para ver si podia lograr persuadirle á que se desprendie-

diese de su secta y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba, mas al fin conseguí desvanecer sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que abrazará el Mahometismo.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida, y la de una dama á quien amaba, quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra, y persuadido el Bey por mi silencio á que era verdad quanto habia dicho la Sultana, se dexó desarmar. Dama, dixo, quiero creer que no me has ofendido, y que el zelo de hacer una cosa que fuese grata al Profeta te empeñó en dar un paso tan delicado. Excusaré tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un Moravito. Vistiéronme á la Turca, y yo los dexé hacer quanto quisieron sin la menor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias. ¡Quántos Christianos puestos en igual apuro harian la misma baxeza que hice yo!

Concluida la ceremonia salí del Serrallo con el nombre de Sidi Alí á tomar posesion de un empleo de poca monta á que el Bey me destinó. No volví á ver á la Sultana, pero uno de sus

sus Eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una cantidad de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos*, juntámente un billete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia hecho Mahometano por salvarla la vida. Con efecto ademas de los regalos que habia recibido de la bella Farrúchnaz conseguí por su mediacion otro empleo mas considerable que el primero; de manera que en ménos de siete años me hallé el renegado mas rico que habia en todo Argel.

Ya habran conocido Vmds. que si yo concurria á las oraciones que hacian los Musulmanes en sus Mezquitas y practicaba las otras ceremonias de su Religion, era todo una pura figureria, y mera exterioridad. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el seno de la Iglesia, para cuyo fin pensaba retirarme algun dia á España ó á Italia con las grandes riquezas que habia amontonado. Miéntras tanto vivia alegremente. Estaba alojado en una bella casa. Tenia jardines sobervios, multitud de esclavos, y un Serrallo bien abastecido de caras bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquellas partes, sin embargo pocos Moros dexan de beberle con los ojos baxos y en secreto natural. Yo por lo ménos le bebia sin escrúpulo, ni mas ni ménos como lo hacian los otros renegados.

Acuérdome que me acompañaban ordinaria-

riamente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes pasaba muchas veces toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era Judio y otro Arabe. Teniálos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin sujecion y con toda libertad. Convidelos una noche á cenar conmigo. Habiáseme muerto aquel dia un perro que yo queria mucho. Lavamos su cadâver, y le enterrámos con todas las ceremonias que usan los Musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la Religion de Mahoma, si no puramente por divertirnos y por satisfacer la gana que entre dos vinos me dió de celebrar las exêquias de mi amado animalillo.

Sin embargo faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente me hallé en casa con un hombre que me dixo: Señor Sidy Alí vengo á Vmd. por cierta cosa de importancia. El señor Cady tiene necesidad de hablarle. Sirvase tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente. Decidme os suplico (le pregunté) qué pueda ser lo que me quiere. El mismo os lo dirá (respondió el Moro.) Todo lo que puedo deciros, es que un mercader que ayer cenó con Vmd. le ha dado parte de no sé qué impía ó irreligiosa accion que se executó en vuestra casa con ocasion de enterrar á cierto perro. Yo os intimo judicialmente que comparezcais hoy

 mis-

mismo ante el Juez, con apercebimiento de que no haciéndolo así se procederá criminalmente contra vuestra resistencia. Dixo, y sin esperar á que le respondiese me volvió las espaldas, dexándome aturdido con su intimacion ó apercebimiento. No tenia el Arabe el mas mínimo motivo para estar quexoso de mí, ni yo podia comprehender por qué me habia jugado una pieza tan ruin y traîdora. Sin embargo la cosa era muy digna de consideracion. Yo tenia bien conocido al Cady, hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso, y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos *sultaninos de oro*, y fuí derecho á presentarme. Hízome entrar en su gabinete, y luego que me vió me dixo en tono colérico y furioso. Sois un impío, un sacrilego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro, como si fuera un Musulman. ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis Mahometano únicamente para poner en ridículo las prácticas mas sagradas del Alcoran? Señor Cady, le respondí con sumision, pero sin abatimiento, el Arabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel traidor amigo fué cómplice de mi delito, si por tal se debe reputar haber practicado los honores de la sepultura con un doméstico fiel, con un inocente animal que poseia mil bellas

qua-

qualidades. Amaba tánto las personas de mérito y de distincion, que hasta en su muerte quiso dexarlas testimonios irrefragables de su estimacion y de su amor. En su testamento, del qual me nombró por único albacea, los declaró herederos de sus bienes, legando á unos veinte escudos, á otros treinta, &c. Esto es tanta verdad, que tampoco se olvidó de vos, pues me dexó muy encargado que os entregase los docientos sultaninos de oro que hallareis en este bolsillo: y diciendo esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el Cady toda su gravedad quando me oyó este discurso, y sin poder contener la risa, me despidió diciendo: Id en paz, Sidy Hali, hicisteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los hombres de mérito.

CAPITULO IV.

Suénase los mocos Don Rafael, limpiase, gargagéa, y va adelante con su relacion.

Salí de aquel pantano con este medio, y si el lance no me hizo mas sabio, á lo menos me hizo mas circunspecto. No volví á tratar con el Arabe ni con el Judio, y escogí para mi camarada de botellas á un Gentilhombre de Liorna, que era esclavo mio. Llamábase Azarini. No era yo como aquellos Renegados que

tra-

tratan á los cautivos Christianos peor que los mismos Turcos. Los niños no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar al servicio de otro amo que el deseo de conseguir su libertad, sin embargo de ser esta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en esclavitud.

Volvieron un dia los jabeques del Bey cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexô, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fuí á la plaza donde esta se celebraba, y compré una niña española de diez á doce años. Lloraba amargamente y se desesperaba. Admirado yo de verla tan afligida por su esclavitud en tan tierna edad, me llegué á ella y la dixe en lengua castellana que no se afligiese tanto, asegurándola que habia caido en manos de un amo que aunque le veia con un turbante en la cabeza era de corazon muy humano. Entregada la niña enteramente á su dolor, ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia, suspiraba, y se deshacia en lágrimas inconsolablemente, prorumpiendo de quando en quando en esta exclamacion. *¡Ay madre mia! Y por qué me habrán separado de tí! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas.* Mientras decia estas palabras, estaba mirando fi-

fixamente á una muger de quarenta y cinco á cinquenta años, distante pocos pasos, la qual muy modesta, silenciosa, y con los ojos baxos, estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéla si era su madre aquella muger á quien miraba. Si señor, me respondió con tierno dolor, por amor de Dios haga su merced que jamas me aparten de ella. Bien está; hija mia, le dixe; si para tu consuelo no deséas mas que el estar juntas las dos, presto estarás satisfecha, y quedarás consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de atencion quando reconocí en ella con toda la comocion que podeis imaginar todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡ Justo Cielo ! exclamé dentro de mí mismo. ¿Qué es lo que veo? Esta es mi madre, no lo puedo dudar. Pero ella, ó ya porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no la permitia ver otra cosa que enemigos en todos los objetos que se la presentaban, ó yá fuese porque el trage mahometano me hacia parecer otro hombre, ó porque en el espacio de doce años que no me habia visto me hubiese desfigurado; el hecho es que realmente no me conoció. En fin yo la compré, y llevémela á mi casa.

No quise dilatarla el gusto de que me conociese. ¿Señora es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¿Pues qué unos bigotes y un turbante me desfiguran tanto

to que no conozcais tras de ellos á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oir estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mis brazos con los suyos abiertos, nos abrazamos estrechísima y tiernísimamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la qual estaba tan ignorante de que tenia un hermano como lo estaba yo de que tuviese una hermana. Confesad, dixe entónces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habreis visto un encontrarse y un reconocerse las personas, que sea comparable con este original. Hijo, me respondió ella, grandísima alegria he tenido en volverte á ver; pero esta alegria está mezclada de un amarguísimo dolor. ¡Mi Dios! ¡En qué estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me seria mil veces ménos sensible que ese trage en que te veo.... Afe, madre (la respondí sonriéndome) que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto no es muy propia de una comedianta. A la verdad, señora, que sois muy otra de lo que erais, si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros contra mi turbante consideradme como un cómico que representa el papel de un Turco en el teatro. Aunque Renegado, soy tan Musulman como lo era en España; porque en el fondo no reconozco otra verdadera Religion que la Católica. No niego ni mucho ménos disculpo mi exterior apostasía: sé muy bien que en ninguna ocasion me era lí-

lícito dar señales de abandonar mi Religion aunque me costase mil vidas. Confieso mi pecado, sin excusar mi flaqueza. Pero si vos supierais las circunstancias que me hiciéron caer en ella, quizá vuestro justo dolor se convertiria en no ménos justa compasion. El amor fué el autor de mi delito. Sacrifiqué á esta deydad. En esto no hice mas que acreditarme hijo vuestro con mas ó ménos exceso. Fuera de que aun hay otra razon que debe moderar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis. Temiais hallar en Argel una rigurosa esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetoso, y bastantemente rico para que vivais con regalo y con quietud en esta Ciudad hasta que se nos proporcione una ocasion oportuna en que todos podamos seguramente restituirnos á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice: *no hay mal que por bien no venga.*

Hijo mio, me dixo Lucinda, una vez que estés resuelto á volverte á tu tierra y abjurar el mahometismo estoy consolada. Entónces irá con nosotros tu hermana Beatriz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en España. Sí señora, la respondí: espero que le tendreis, pues lo mas presto que sea posible partirémos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habreis dexado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No, hijo,

re-

repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio muy legítimo. Pero, señora, repliqué yo, ¿qué razon tuvisteis para conceder á mi hermanita esta preeminencia que me negasteis á mí! ¡Y cómo os habeis resuelto á casaros? Acuérdome haberos oido mil veces que nunca perdonariais á una muger jóven y linda el disparate de sujetarse á un marido. *Otros tiempos, otras costumbres* (respondió ella.) Si los hombres mas firmes en sus resoluciones están sujetos á mudar, ¿qué razon habrá para pretender que las mugeres sean invariables en las suyas? Quiero contarte la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hízome despues la siguiente relacion, que creo oireis con gusto, porque es curiosísima.

CAPITULO V.

Historia de Lucinda, madre de Don Rafael.

Habrá casi trece años, si te acuerdas, que dexaste la casa del Marquesito de Leganés. En aquel tiempo el Duque de Medina la Alta me dixo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señaléle el dia, esperéle, vino, y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener. Concedísele con la esperanza de que me le pagaria bien. Hizolo así. El dia siguiente recibí de parte suya varios re-

galos, que fueron seguidos de otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no podia durar largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, quanto no ignoraba que se habia escapado de otras, en que le habian aprisionado varias famosas beldades, cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, léjos de disminuirse el gusto que le daba mi condescendencia, cada dia parece que le tenia mayor, y que encontraba en ellas un saynete que las añadia nueva gracia. En suma tuve el arte ó la fortuna de asegurármele y de impedir que su corazon naturalmente voluble é inconstante se dexase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses habia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su amor seria duradero quando cierto dia una amiga mia y yo concurrimos á una visita donde se hallaba la Duquesa, esposa del Duque. Habiamos ido á ella convidadas para una academia de música, tanto de voces como de instrumentos que se celebraba en aquella casa. Casualmente nos sentamos algo detras de la Duquesa, la qual llevó muy á mal que yo me hubiese dexado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme un recado por medio de un criado diciéndome que me retirase prontamente. Respondíla con sobrada groseria; é irritada la Duquesa se quejó á su esposo, el qual vino á mí, y me dixo: Lucinda sal prontamente de aquí.

Quando los grandes Señores se inclinan á personas como tú, no deben estas olviderse de lo que son. Sí alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mugeres, siempre respetamos á estas mucho mas que á vosotras; y todas las veces que tuviereis la insolencia de pretender igualaros á estas sereis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna el Duque me dixo todo esto en voz tan baxa que ninguno pudo comprehenderlo. Retiréme avergonzada y confusa, pero llorando de rabia y de cólera por el desayre que habia recibido. Para mayor desgracia mia los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron no sé cómo todo lo que me habia pasado. No parece sino que algun diablillo, acechador y cizañero se complace en descubrir á los unos lo que sucede á los otros. Hace por exemplo un comediante en una francachela alguna extravagancia. ¿Acaba una comedianta de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado? Toda la compañia se halla inmediatamente informada hasta de la mas ridícula menudencia. Así supieron mis camaradas quanto me habia pasado en la academia; y sabe Dios quanto se divirtieron á mi costa. Reyna entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso yo me hice superior á todas sus malignas chocarrerias, y tardé poco en consolarme de la pérdida del Duque, á quien no volví á ver en mi casa, y aun

su-

supe que pocos dias despues se habia acomodado con una cantarina.

Miéntras una comedianta tiene la fortuna de estar aplaudida nunca le faltan amantes, y el amor de un gran Señor, aunque no dure mas que tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me ví sitiada de adoradores luego que se esparció por Madrid la voz de que el Duque me habia dexado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado volvieron todos á quemar sus inciensos en el altar conocido. Fuera de estos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fuí tan de moda como entónces. Entre los que solicitaban mi gracia ninguno me pareció mas ansioso ni mas fino que un grueso Aleman, Gentil-hombre del Duque de Osuna. No era la figura mas ayrosa ni mas amable del mundo, pero se mereció mi atencion con mil doblones que habia juntado en servicio de su amo, gastándolos generosa, ó sea pródigamente, para lograr la dicha de obtener algun lugar en la lista de mis amantes favorecidos. Este buen señor se llamaba Brutandorff. Miéntras hizo el gasto fué bien recibido en mi casa, pero apenas se le agotó la bolsa halló la puerta cerrada. Disgustóle este proceder. Buscóme en la comedia. Encontróme tras de los bastidores. Dióme sus quejas, reime de él en su misma cara. Entró en cólera, y dióme una bofetada á la Tudesca. Dí un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia, y dirigién-

giéndome al Duque, que estaba en su aposento con su esposa la Duquesa, en alta voz le dí agrias quejas de las Tudescas modales con que me habia tratado el señor Brutandorff. Mandó el Duque que prosiguiese la comedia diciendo que despues de ella oiria las partes. Acabada la representacion me presenté toda turbada y conmovida al Duque, exponiendo mi queja con viveza y con ardor. El Aleman despachó su defensa en dos palabras. Dixo que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre de repetirlo. El Duque, oidas las partes, y volviéndose al Aleman, sentenció de esta manera: Brutandorff, te despido de mi casa, y te mando no vuelvas á ponerte en mi presencia, no porque diste una bofetada á una comedianta, sino porque faltaste al respeto debido á tu amo y á tu ama, turbando un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el corazon. Apoderóse de mí una rabiosa ira y un inexplicable furor, considerando que no se habia despedido al Aleman por la ofensa que me habia hecho. Creia yo que un insulto como aquel, cometido contra una comedianta, debia ser castigado como un delito de lesa Magestad, y estaba muy persuadida á que el Tudesco padeceria la mas dolorosa y mas afrentosa muerte. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personages que representa. Esto me

me disgustó del teatro tanto, que desde aquel punto resolví abandonarle, y establecerme léjos de Madrid. Escogí para mi retiro la Ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* para ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y en alhajas: caudal que me parecia bastante para mantenerme con decencia el resto de mi vida, estando resuelta á hacerla mas retirada. Arrendé en aquella Ciudad una pequeña casa, y no recibí mas familia que una criada y un page, á los quales me mantuve tan desconocida como á todos los demas. Fingí ser viuda de un criado de la casa del Rey, y que habia escogido para mi retiro la Ciudad de Valencia por haber oido que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba á muy poca gente, y mi conducta era tan arreglada que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido comedianta. Sin embargo, y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivia en una hacienda propia, cerca de Paterna. Era un hombre de buena disposicion, y como de treinta y cinco á quarenta años, pero estaba muy adeudado; lo que no es ménos freqüente en los nobles del Reyno de Valencia que en los de todos los paises.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo quiso saber si en lo demas podria yo convenirle. A este fin despachó sus ocultos batidores para

ra que se informasen bien, y me sondeasen; por cuya relacion tuvo el gusto de saber que era una viuda de no desgraciada cara, de trato nada fastidioso, y ademas de eso bastantemente rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que habia menester; y muy presto se dexó ver en mi casa una vieja que me dixo de su parte, que prendado de mi virtud tanto como de mi hermosura me ofrecia su fe, juntamente con su mano, y que ratificaría esta oferta delante del Altar si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las circunstancias de aquel hidalgo; y por el mucho bien que me dixeron de él, bien que sin disimularme el lastimoso estado de su renta, determiné gustosa darle mi mano, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Xercia (este era el nombre de mi esposo) me conduxo luego á su hacienda. La casa tenia cierto ayre de antigüedad, de lo qual hacia mucha vanidad el dueño. Pretendia que la habian fabricado sus progenitores; y de la antigüedad de la fábrica deducia que la familia de Xercia era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel mudo instrumento de nobleza, que abierto por todas partes estaba amenazando ruina. Gastóse en repararle mas de la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de

ha-

hacer buena figura en el país; y éteme aquí convertida de repente en dama de aldea y en señora de hacienda. ¡Grande y portentosa metamórfosis! Habia hecho yo demasiadamente bien el papel de comedianta, para no saber representar y sostener el que correspondia al nuevo esplendor que me daba mi nuevo estado. Revestíame en todo de cierto ayre teatral de nobleza, de magestád y desembarazo, que en toda la aldea se habia formado alto concepto de mi nacimiento. ¡Oh quánto se hubieran divertido á costa mia si estuvieran instruidos en la verdad del hecho! Con quantos graciosos y satiricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y quanto se hubiera rebaxado de los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes.

Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañia de Don Manuel, al cabo de los quales se le llevó Dios. Dexóme bastantes cosas que desenredar, y por fruto de nuestro matrimonio á tu hermana beatriz, que á la sazon contaba solos quatro años de edad. Nuestra hacienda, que era quanto componia nuestros bienes, se hallaba empeñada entre muchos acreedores. El principal era uno llamado Bernardo Astuto, nombre que le convenia admirablemente. Exercitaba en Valencia el oficio de Procurador, que desempeñaba como hombre cocido y consumado en todas las trampas de los procesos; y á mayor abundamiento habia estudiado

le-

leyes, para estar mas instruido en hacer legales injusticias. ¡Terrible acreedor! Una hacienda entre las uñas de semejante Procurador es lo mismo que un pollo en las garras de un milano. Por tanto el señor Astuto, apénas cerró los ojos mi marido, puso el sitio á mi pobre casa. Infaliblemente la hubiera hecho volar en el ayre por las minas de la superchería judicial si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de mi enemigo se hiciese de repente esclavo mio. Enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con ocasion de nuestro pleito. Confieso que hice de mi parte todo quanto pude para inspirarle amor. El deseo de salvar mi posesion me obligó á probar con él todas aquellas alhagüeñas evoluciones de mi rostro y de mis ojos que me habian salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con todo mi magisterio en el arte temí mucho que pudiese enganchar al Procurador. Estaba tan totalmente embebido en su oficio, que parecia incapaz de hacer lugar á ninguna impresion amorosa. Con todo, aquel gato montes, áquel erizo, aquel rasca papel me miraba con mayor complacencia de la que yo me imaginaba. Señora (me dixo un dia) yo no entiendo de enamorar. Dedicado siempre á lo que correspondia á mi profesion, nunca cuidé de aprender las reglas, el uso, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de esto no ignoro lo que se llama lo esencial. Y para ahorrar de palabras solo diré que si Vmd. quiere

re casarse conmigo quemaré al instante el proceso, haré retirar á los demas acreedores, dispondré que se la confirme á Vmd. en la posesion de su hacienda, declarándola por dueña del usufruto, y á su hija de la propiedad. El interes de Beatriz y el mio no me permitieron dudar ni un solo punto. Acepté al instante la proposicion. El Procurador cumplió su palabra. Revolvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en la posesion de mi casa. Quizá fué esta la primera vez que supo servir bien al huérfano y á la viuda.

Amanecí, pues, un dia Procuradora, sin dexar por eso de ser dama de aldea, aunque este matrimonio me arruinó en el concepto de la nobleza Valenciana. Abandonaronme las señoras de la primera distincion, como á una muger que se habia envilecido, y no quisieron visitarme mas. Víme precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con las señoras de medio pelo. No dexó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratar únicamente con personas de distincion. Verdad es que tardé poco en consolarme; porque entablé conocimiento con la muger de un Escribano y con dos Procuradoras, todas tres, cada una por su lado, de un carácter singular. Entraba en él cierto ridículo que me divertia infinitamente. Cada qual se imaginaba muy superior á la otra. Estas mercedes entre dos luces (me decia yo á mí mis-

ma) se consideran muy arriba del comun. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas; mas veo que esta es la flaqueza universal. En este particular palpo ahora que tan locas son las hidalgas de aldea, como las demas de teatro. Cada qual se tiene en mas que su vecina. Para abatir y al mismo tiempo castigar su orgullo quisiera yo que se las obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos, tales quales eran quando vivian. Apuesto qualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas públicos, ni en las salas mas visibles.

A los quatro años de matrimonio murió el señor Astuto sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dexó á lo que yo poseía, me hallé una viuda rica, y por tal era tenida. En virtud de esta fama comenzó á obsequiarme un personage Siciliano, cuyo apellido era Colifiquini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó ser desde luego mi marido; dexando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo á España, segun decia, solamente por la curiosidad de viajar; y estaba en Valencia esperando ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años; era, aunque algo chico de cuerpo, de bella disposicion; y en fin me agradaba su figura. Halló modo de hablarme en particular, y te confieso la verdad, desde la primera conversacion quedé locamente enamorada de él. No

lo quedó él ménos de mí ; y creo (Dios me lo perdone) que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado, si estando tan reciente la muerte del Procurador me hubiera permitido contraer tan presto nuevo matrimonio ; porque desde que comencé á tomar gusto al hymeneo procuré respetar algo los estilos y ceremonias del mundo.

Convenimos , pues , en dilatar un poco nuestro matrimonio por el bien parecer. Miéntras tanto Colifiquini proseguia en su obsequio, y léjos de entibiarse en su amor se mostraba mas fino y mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba muy bien en punto de dinero; conocílo, y procuré que nunca le faltase. Ademas de que mi edad era doble de la suya me acordaba de lo mucho que yo habia hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años, y me parecia lo que ahora les contribuía yo una especie de restitucion en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible á que se corriese el tiempo que prescribe el ceremonial del mundo para pasar á otras nupcias. Apénas llegó quando nos presentámos en la Iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la muerte. Retirámonos despues á mi hacienda , donde puedo decir que vivimos dos años ménos como esposos que como dos ternísimos amantes. ¡ Pero hay ! que era muy fino nuestro amor , era muy grande nuestra dicha pa-

para que fuese muy duradera. Al cabo de este breve tiempo un accidente de aplopegía me privó de mi adorado Colifiquini.

Aquí no pude ménos de interrumpir á mi madre, diciéndola con alguna conmocion: ¡pues que! señora, ¿tambien murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. ¿Y cómo lo he de remediar yo? me respondió ella. Por ventura puedo alargar ni un solo momento los dias que Dios tiene contados? A los dos Maridos los lloré mucho. El que ménos lágrimas me costó fué el Procurador. Como este me buscó puramente por interes tardé poco en consolarme de su pérdida. Pero volviendo á mi Colifiquini te diré que algunos meses despues de su muerte, deseando yo ver una casa de campo cerca de Palermo que me habia dexado para mi viudedad, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz; pero en el viage fuimos apresados por los corsarios del Bey de Argel. Conduxéronnos á esta Ciudad, y por gran fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto hubiéramos caido en manos de un amo bárbaro, que nos hubiera maltratado, y baxo cuya dura esclavitud quizá habriamos gemido de por vida sin que tú hubieses oido hablar nunca de nosotras.

CA-

CAPITULO VI.

Prosigue la historia del hijo y de la madre.

Tal fué, señores, prosiguió Don Rafael, la relacion que mi madre nos hizo. Coloquéla despues en el mejor quarto de mi casa, donde viviese con toda libertad, y como mejor la pareciera: cosa que fué muy de su gusto. Habiase arraigado en ella un hábito de amar tan inveterado en virtud de tan repetidos actos, que absolutamente no podia estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algun tiempo, poniendo los ojos ya en este, ya en aquel de mis esclavos; pero finalmente fixó toda su atencion en Aly Pegelin, era un renegado Griego que freqüentaba mi casa. Inspiróla este un amor aun mucho mas vehemente que el que habia concebido por su adorado Colifiquini, y era tan diestra en enganchar á los hombres, que halló el secreto de encantar al tal Griego. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me dí por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habiame dado licencia el Bey para armar en corso y exercitar la pyratería. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho dias ántes que se acabáse dixe á Lucinda: madre presto saldremos de Argél, y dexaremos para siempre un

un lugar que tanto detestais y aborreceis.

Mudósela el color al oir estas palabras, y se quedó suspensa, guardando un profundo silencio. Sorprendióme esto extrañamente y la dixe admirado: ¡qué es eso, señora! ¡qué novedad veo en vuestro semblante! parece que os afligis en vez de alegraros. Parecíame á mí que os daba la noticia mas gustosa participándoos que estaba disponiendo nuestro viage para España, y conozco que ya no deseais restituiros á vuestra amada patria. Así es, hijo mio, me respondió: confieso que ya no lo deseo. Tuve en ella tantos disgustos y tantas pesadumbres, que la he renunciado para siempre. ¡Qué es lo que oigo! exclamé penetrado de dolor. ¡Ah, señora! no digais que los disgustos recibidos en vuestro pais son los que os le hacen aborrecer, decid que los nuevos amores entablados en este os han hecho odioso aquel. ¡Santos Cielos, y qué mudanza! Quando llegasteis á esta Ciudad todo quanto se os ponia delante os causaba horror. Aly Pegelin es el que os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda. Verdaderamente que amo mucho á este renegado, y quiero que sea mi quarto marido. ¡Qué proyecto es el vuestro! interrumpí todo horrorizado. ¡Vos casaros con un Mahometano! Sin duda habeis olvidado de que sois Christiana, ó solamente lo habeis sido hasta aquí de puro nombre. ¡Ah, madre mia! ¡y qué de cosas no es-

estoy viendo ya! Habeis resuelto perderos para siempre; porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo hice únicamente por flaqueza y por necesidad.

Otras muchas cosas la dixe para desviarla de aquel diabólico intento, pero prediqué en desierto, y á un peñasco. Habia tomado ya su partido. No contenta con dexarse arrastrar de su mala inclinacion, abandonándome á mí por entregarse á un renegado, quiso llevarse consigo á Beatriz; pero á esto me opuse fuertemente. ¡Ah infelicísima Lucinda! la dixe, si nada es bastante á conteneros, abandonaos sola al furor que os posee, y no querais arrastrar á una inocente al precipicio á donde os precipitais. No insistió mas en pedir á su hija, quizá por alguna centella de luz que por entónces rayó en ella. Así lo creía yo; pero conocia muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dixo dos dias despues: señor, mire Vmd. por sí. Un cautivo de Pegelin vino á confiarme un secreto que no debo ocultar á Vmd., para que no pierda tiempo en aprovecharse de él. Su señora madre ha mudado de Religion; y en venganza de que su merced no le ha querido dar á su hija está determinada á dar parte al Bey de vuestra próxîma fuga. No tuvo la menor duda de que Lucinda haria todo lo que el esclavo me avisaba. Habíala yo estudiado mucho, y estaba persuadido á que á fuerza de representar papeles trágicos en el tea-

tro

tro se habia familiarizado tanto con el delito y con la crueldad, que me veria quemar vivo, y no se conmoveria mas que si viese representada en una tragedia esta catástofre sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré quanto pude las prevenciones del embarco, y por no hacerme sospechoso tomé, segun las costumbres de los corsarios Argelinos, algunos Turcos conmigo, y salí del puerto con todos mis esclavos y con mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán ustedes que no me olvidaría de llevar todo el dinero, toda la plata y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos diez mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar la primera cosa que hicimos fué asegurarnós de los Turcos. Cargámoslos á todos de prisiones, lo que nos era muy fácil por ser mucho mayor el número de los esclavos. Tuvimos un viento tan favorable que en poco tiempo ganamos las costas de Italia. Arribamos á Liorna con la mayor felicidad; y toda la Ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando, y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo ninguna esperanza tenia de encontrarlas. ¿Pero qué transportes, qué demostraciones, qué estrechos abrazos de alegría se dieron padre

dre y hijo quando se reconocieron y llegaron á encontrarse? Luego que Azarini le informó de quien era yo y del motivo que me habia llevado á Liorna, me obligó el buen viejo á que no pensase en otro alojamiento que en el de su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me ví precisado á practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la Iglesia. Solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fe que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi navio, y dí libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los Turcos se les aseguró en las cárceles de Liorna para cangearlos á su tiempo por otros tantos Christianos. Los dos Azarinis padre y hijo practicaron conmigo todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz; partido que á la verdad no dexaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un Gentilhombre, y heredera de la hacienda de Xercia, cuya administracion habia dexado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna quando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorna algun tiempo partí para Florencia deseoso de ver aquella Corte. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos, á quienes me recomendaba como un caballero Español pa-

riente suyo. Yo añadí el *Don* á mi nombre de bautismo, á imitacion de no pocos paisanos mios que sin tenerle, y por hacerse honor, se le dan á sí mismos en los paises estrangeros. Haciame pues llamar con descaro *el señor Don Rafael*, y como habia traido de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta postiza nobleza, me dexé ver en la Corte con decoro. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini publicaban en todas partes que yo era hombre de distincion; y como no lo desmentian las modales caballerescas que habia estudiado bien, era generalmente tenido por persona de importancia.

CAPITULO VII.

Como soy christiano que ahora se sigue lo mejor de la historia de D. Rafael.

Supe entrometerme muy presto con los primèros Señores de la Corte, los quales me presentaron al Gran Duque, y yo tuve la fortuna de caerle en gracia. Dediquéme á hacerle la corte y á estudiar sus inclinaciones. Oia para esto con atencion lo que decian de él los cortesanos mas viejos y experimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho las prontitudes, los cuentos graciosos traidos con oportunidad, y los dichos agudos. Gobernéme por estas reglas, y todas las mañanas escribia en

mis

mis tabletas los cuentos que habian de lucirlo en aquel dia, y el modo de introducir ó de traer la conversacion adonde siempre viniesen á pelo. Sabia de memoria una gran cantidad de ellos, y tantos que parecia tener un saco lleno. No obstante que procuraba gastarlos con economia, veia que poco á poco se iva vaciando el saco de suerte que me veria precisado á echar mano de la triste figura llamada *repeticion*, si mi genio, fecundo en invenciones, no me socorriera con abundancia, de manera que yo mismo componia cuentos galantes y cómicos, que divertian mucho al Gran Duque. Y (lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion) todas las mañanas apuntaba en mi libro de memoria las agudezas y chistes que habia de decir aquel dia, vendiéndolos como hechos de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del Príncipe. Confieso que mis versos no valian un comino. Por eso no fueron criticados; pero aun siendo mejores dudo mucho que el Duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinitamente. Quizá seria por razon de los asuntos que yo escogia. Sea por lo que fuere, aquel Príncipe estaba tan pagado de mí que llegué á dar zelos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quien era yo, pero no lo consiguieron. Solamente llegaron á descubrir que habia sido un renegado. No dexaron de ponerlo en noticia del Prín-

Príncipe con la esperanza de desbancarme ; mas se quedaron burlados. Al contrario, este chisme solo sirvió para que el Gran Duque me obligase un dia á que le hiciese una fiel relacion de mi cautiverio en Argel. Hícesela con la mayor verdad, y le divirtió infinitamente.

Luego que la acabé me dixo : Don Rafael, yo te estimo mucho y quiero darte de esto una prueba tal que no te dexe género de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en la posesion de confidente mio te digo que amo apasionadamente á la muger de uno de mis Ministros. Es la muger mas linda de la Corte, pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su familia, y totalmente entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora el ruido que hace en Florencia su hermosura. Por aquí conocerás la dificultad de esta conquista. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha visto suspirar por ella. Ha conocido muy bien lo que pasaba en mi corazon; mas no por eso me lisonjeo de haberla inspirado amor. Ningun motivo me ha dado para consentir, ni aun para formar tan gustoso pensamiento. Sin embargo no desconfio de que llegue á serla grata mi constancia, ni creo la desagrade la misteriosa y reservada conducta con que me he arreglado hasta aquí. La pasion que abrigo en mi pecho por esta dama de sola ella

es

es conocida. En vez de abandonarme á mi inclinacion sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de Soberano, mi mayor cuidado ha sido deslumbrar á todo el mundo ocultándole mi amor. Pareciame que era deudor de esta atencion á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinteres y el zelo con que me sirve, los importantes servicios que me ha hecho, su fidelidad y su hombria de bien me obligan á proceder con la mas secreta circunspeccion en materia tan delicada. No quiero clavar un puñal en el pecho de un marido infeliz declarándome amante de su muger. Quisiera que ignorase siempre, si fuese posible, el fuego que me abrasa y me devora, porque estoy persuadido que moriria de dolor si llegara á saber lo que ahora te confio. Deseo, pues, ocultarle todos los pasos que doy, y he resuelto servirme de tí para que expongas á Lucrecia lo mucho que me cuesta y me hace padecer la violencia á que me he condenado yo mismo. Por tu mano la haré saber mis amorosos sentimientos. No dudo que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Introdúcete con Mascarini; procura ganar su amistad y confianza; freqüenta su casa, y haz lo posible para conseguir la libertad de hablar siempre que quieras á su muger. Esto es lo que pretendo y espero de tí, bien asegurado de que desempeñarás el asunto con la destreza y discrecion que pide un empleo tan espinoso y de tales conseqüencias.

Pro-

Prometí al Gran Duque hacer todo lo posible para corresponder á su inestimable confianza y para contribuir á la satisfaccion de sus deseos. Cumplí presto mi palabra. Nada omití para grangearme la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bien quisto del Príncipe me ahorró mas de la mitad del camino. Franqueóme su casa; dióseme entrada libre al quarto de su muger, y me atreveré á decir que en vista de mi respetoso y circunspecto proceder no tuve la mas mínima sospecha de la negociacion de que estaba encargado. Es verdad que como era poco zeloso, aunque Italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrándose en su gabinete me dexaba muchos ratos solo y á quatro ojos con Lucrecia. Al principio cumplí con mi comision fielmente y á la buena. Hablé á la dama sobre el amor del Gran Duque, declarándola que venia á su casa precisamente para hablar con ella sobre este asunto. Parecióme que no estaba muy apasionada de él, pero al mismo tiempo conocí que la vanidad la hacia oir sin gusto sus suspiros. Complaciase en oirlos con querer corresponderlos. Era verdaderamente muger juiciosa y muy prudente; pero al fin era muger, y advertí que su virtud iba insensiblemente cediendo á la magnífica y lisonjera idea de tener dulcemente aprisionado á un Soberano. En conclusion el Príncipe podia con

fun-

fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino veria rendida á su amor esta Lucrecia. Sin embargo un incidente nunca previsto ni pensado desvaneció sus esperanzas, como ahora lo oirán Vmds.

Soy naturalmente arriesgado con las mugeres, costumbre buena ó mala que me pegaron los Turcos. Lucrecia era hermosa. Olvidéme de que con ella solamente debia hacer el papel de embaxador. Habléla por mí en lugar de hablarla por el Gran Duque. Ofrecíla mis obsequios sin la menor ceremonia. En vez de ofenderse de mi atrevimiento y de responderme con enfado, me dixo sonriéndose: confesad, Don Rafael, que el Gran Duque ha tenido gran acierto en elegiros por su agente, pues tan zeloso y fiel sois en servirle. En verdad que le servís con una lealtad que no hay voces para alabarla. Madama, la respondí yo en el mismo tono, las cosas no se han de exâminar tan escrupulosamente. Dexemos á un lado las reflexîones, que conozco no me son muy favorables; yo solamente me he abandonado á lo que me dicta el corazon. Sobre todo no creo ser yo el primer confidente de un Príncipe que en punto de galanteo haya hecho traicion á su amo. Es cosa muy freqüente en los grandes señores que sus mercurios sean sus rivales. Eso bien puede ser, replicó Lucrecia, pero yo soy altiva, y ningun otro que un Príncipe será capaz de merecer mi inclinacion. Arre-

reglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudemos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir; pero con la precisa condicion de que jamas volvais á hablarme sobre semejante asunto: no haciéndolo así podrá suceder que os arrepintais muy de veras.

Bien que este fuese un caritativo *aviso al lector* de que debiera yo haberme aprovechado; proseguí sin embargo en hablar de mi pasion con la mi amada Lucrecia, y ademas la importunaba con mayor ardor sobre que correspondiese á mi cariño, y llegó mi temeridad á pretender tomarme algunas libertades. Ofendída la dama de mis discursos y de mis atrevimientos me echó muy enoramala, amenazándome que en breve sabria el Gran Duque mi insolencia, y le suplicaria me castigase como merecia mi arrojo. Díme yo tambien por ofendido de sus amenazas. Convirtióse en odio mi amor, y resolví tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Busqué á su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriria le informé de la secreta inteligencia que reynaba entre su muger y el Príncipe, pintándola á ella muy enamorada del Gran Duque para dar mas interes á la relacion. Lo primero que hizo el Ministro para precaver todo accidente fué encerrar estrechamente en un quarto á su esposa, encargando su custodia á personas de toda confian-

fianza. Miéntras ella estaba cercada de vigilantes argos que dia y noche la observaban y no dexaban camino alguno por donde pudiesen llegar al Gran Duque sus noticias, yo me presenté á este Príncipe con semblante triste, y le dixe que no debia pensar mas en Lucrecia, porque Mascarini habia sin duda descubierto todo nuestro enredo, puesto que habia comenzado á zelar y guardar á su muger, que yo no sabia por donde pudiese haber entrado en sospechas de mí, atendido que siempre habia usado el mayor disimulo y destreza; que quizá la misma Lucrecia habria informado á su esposo de mis pasos, y de concierto con él se habria dexado encerrar para librarse de solicitaciones que sobresaltaban y ofendian su virtud. Mostróse el Príncipe muy afligido al oir este informe, y á mí entónces me compadeció mucho su dolor, y mas de una vez me arrepentí de lo que habia hecho; pero ya no tenia remedio. Por otra parte confieso que sentia no sé qué secreta maldita alegria quando consideraba la situacion á que habia reducido á una muger que solo por soberbia habia hecho tanto desprecio de mis suspiros.

Gozaba sin embargo impunemente el placer de la venganza, tan dulce á todos los corazones mal hechos, quando un dia, estando con el Gran Duque con cinco ó seis Señores nos preguntó á todos: ¿qué castigo os parece mereceria un hombre que abusando de la

confianza de su Príncipe intentase soplarle su dama y apropiarse su amor? Merecia, respondió un cortesano, ser desquartizado vivo: otro opinó que debia ser molido á palos hasta que perdiese poco á poco la vida. El ménos cruel de aquellos Italianos, y el que se mostró mas favorable al delinqüente dixo que él se contentaria con que fuese precipitado de lo mas alto de una eminente torre. ¿Y Don Rafael, replicó el Gran Duque, volviéndose hácia mí, de qué parecer es? Yo á lo ménos, añadió, estoy persuadibo á que los Españoles no son menos severos que los Italianos en semejantes coyunturas.

Conocí bien, como se puede pensar, que Mascarini no habia guardado su juramento, ó que su muger habia encontrado modo de instruir al Gran Duque de quanto habia pasado entre los dos. No podia ménos de conocerse mi turbacion. Con todo eso me esforcé á responder con serenidad al Gran Duque: Señor, los Españoles son mas generosos. En semejante lance perdonarian con magnanimidad al desgraciado confidente, y por este noble rasgo de bondad harian nacer en el corázon del reo un eterno arrepentimiento de un delito en que habia tenido mas parte la flaqueza que la malignidad del corazon. Pues bien, me dixo el Duque, yo me siento con bastante ánimo para este acto de magnanimidad. Perdono al traidor conociendo que solo debo culparme á mí

mis-

mismo por haberme fiado á ciegas de un hombre desconocido, y de quien debia desconfiar despues de lo que me habian dicho de él. Don Rafael, esta es la venganza que tomo de vos: salid inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á poneros delante de mí. Retiréme en el mismo punto, ménos pesaroso de mi desgracia que consolado por haber salido tan bien de tan peligroso apuro.

Quando llegó Don Rafael á este punto de su historia no me pude contener sin interrumpirle diciéndole: para un hombre tan advertido como sois me parece fué grande error no haber salido de Florencia así que descubristeis á Mascarini el amor del Príncipe por Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el Gran Duque en saber vuestra traicion. Convengo en ello, respondió el hijo de Lucinda, y por lo mismo habia pensado huir el cuerpo quanto ántes á pesar del juramento que me hizo el Ministro de no exponerme al resentimiento del Príncipe.

CAPITULO VIII.

Da fin á su historia Don Rafael.

El dia siguiente al de mi despedida del Gran Duque me embarqué en un navio Catalan que salia de Liorna para Barcelona. Desembarqué en aquella Ciudad con lo que me habia quedado

do de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por hacer la figura de caballero Español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme quanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisfice mis ansiosos deseos lo mas presto que me fue posible. Luego que llegué á la Corte me apee por casualidad en uno de los mesones que llaman de *Caballeros*, donde me encontré con una dama que tenia por nombre Camila. Aunque habia salido ya de su menor edad, todavia era un bocado sabroso; testigo el señor Gil Blas, que poco mas ó ménos, por aquel mismo tiempo tuvo la fortuna de verla en Valladolid. No era fea, pero aun era mas discreta que hermosa. Ninguna aventura tuvo mayor talento para traer la Pesca á sus redes. Mas no era de aquellas chulas que negocian con lo que las produce el reconocimiento de sus amantes. ¿Acababa de despojar á un mercader rico ó algun mayordomo de un gran Señor? inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apénas nos vimos los dos quando recíprocamente nos amamos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer tambien comunidad de bienes. A la verdad no eran muy considerables los nuestros, y así los comimos todos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensa-

ba-

bamos en divertirnos uno con otro, sin aprovechar las disposiciones que teniamos los dos para vivir á costa agena. La miseria en fin dispertó aquellos ingenios que el placer tenia dormidos, y aun casi letárgicamente amodorrados. Querido Rafael, me dixo un dia Camila, demos algunas treguas, y hagamos diversion á nuestro infructífero amor. Nuestra fidelidad es nuestra ruina. Tú puedes atrapar á una viuda rica, y yo puedo enganchar á algun viejo poderoso. Si proseguímos en ser fieles uno al otro comenzarémos á ser miserables. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me has ganado por la mano. Ciertamente iba á hacerte la misma proposicion. Vengo en ello, reyna mia. Si por cierto, para la conservacion de nuestro amor es menester tentar otras conquistas. Las infidelidades que nos harémos serán otros tantos triunfos para entrámbos.

Ajustado este tratado salímos á campaña. Al princípio por mas diligencias que hicimos no podiamos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban majos y pisaverdes, es decir, personas que no tienen un ochavo, y á mí solo se me ofrecían aquellas mugeres que imponen contribuciones en vez de pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades apelamos á enredos y á ballaquerias. Hicimos tantos y tantas, que el Corregidor llegó á saberlas, y este Juez endiabladamente severo, dió órden que nos prendiesen.

El

El alguacil, que era tan buen hombre como taymado el Corregidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante cierta cantidad de dinero. Tomamos el camino de Valladolid, y arranchámonos en aquella Ciudad. Arrendé una casa donde me alojé con Camila, que pasaba por hermana mia, por evitar las resultas del escándalo. Al principio nos contuvimos ocultando nuestra habilidad y talentos, y teniendo á rienda nuestra industria hasta tantear y conocer bien el terreno.

Un dia se llegó á mi un hombre en la calle, y saludándome muy cortesmente me dixo: ¿ señor Don Rafael, no me conoce Vmd.? Respondíle que no. Pues yo, me replicó él, conozco á Vmd. perfectamente. Vile en la Corte de Toscana, donde servia yo en las Guardias del Gran Duque. Pocos meses ha que dexé el servicio de aquel Príncipe. Víneme á España con un Italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres semanas ha. Vivimos en compañia de un Castellano viejo y un Gallego, dos mozos muy honrados. Nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos como unos Príncipes, comiendo, bebiendo y divirtiéndonos á nuestra satisfaccion. Si Vmd. quiere agregarse á nosotros será muy bien recibido de mis compañeros, porque segun noticias siempre le he tenido á Vmd. por un hombre muy de bien, nada escrupuloso, y en fin caballero profeso en nuestra orden.

La

La franqueza con que me habló aquel bribon me estimuló á responderle con la misma. Ya que te has abierto conmigo con tanta sinceridad (le respondí) quiero yo hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion, y si la modestia me permitiera referirte mis hazañas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto. Pero dexando á un lado alabanzas propias me contentaré con decirte acetando la plaza que me ofreces en vuestra compañia, que no perdonaré á diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apénas dixe á aquel ambidextro que consentia en aumentar con mi persona él número de sus camaradas, quando luego me conduxo á donde estos estaban, y desde el mismo punto me dí á conocer á todos. Allí fue donde ví la primera vez al ilustre Ambrosio Lamela. Exâmináronme aquellos señores sobre el arte fino y sutil de hacer propio lo ageno contra la voluntad de su dueño. Quisieron saber sobre qué principios me gobernaba para exercitarle con destreza y sin peligro, descubríles tales y tantos ignorados por ellos que se quedaron admirados, pero mucho mas se pasmaron quando me oyeron hablar con desprecio sobre la sutileza de las manos, tratándola de mecanismo vil y baxo, asegurándolos que en lo que yo me aventajaba era en los golpes magistrales de robar que pedian testa, ingenio, sagacidad y conducta. Para persuadirles esta verdad, y para

que

que comprehendiesen mejor lo que les queria decir, los conté la aventura de Gerónimo Mojadas, y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que reconociesen por un genio superior, y todos unanimemente me nombrasen por su gefe. Tardé poco en justificar el acierto de su eleccion en una multitud de agudas briboneria que hicimos, de todas las quales era yo el director, y como la llave maestra. Quando se necesitaba alguna actríz para forjar mejor algun enredo echábamos mano de Camila, que era eminente en representar todos los papeles que se la encargaban.

Vínole por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio la tentacion de ir á Galicia. Partió, pues, á su patría, asegurándonos de su retorno. Despues que satisfizo su antojo volvió por Burgos, sin duda para dar algun golpe de maestro, y un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santíllana, de cuyos negocíos se informó muy bien. Vmd. señor Gil Blas (prosiguió dirigiéndome á mí la palabra) se acordará sin duda de la graciosa manera con que le desbalijamos en la posada de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospecharia Vmd. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que os sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino á buscarnos, informónos de todo, y toda la gavilla se encargó de lo demas. Pero no sabrá las

con-

consequencias de aquella aventura, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con su balija, montámos en vuestras mulas, y tomámos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demas camaradas, los quales se admirarian tanto como vos quando vieron que no pareciamos al dia siguiente.

A la segunda jornada mudámos de parecer, y en lugar de seguir el camino de Madrid torcímos hácia Toledo. Lo primero que hicimos en aquella Ciudad fue vestirnos decentemente. Vendímonos por dos hermanos naturales del Reyno de Galicia que viajaban por curiosidad. En poco tiempo entablámos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á las modales cortesanas y caballerescas, que facilmente deslumbraba á quantos me veian y trataban. A esto se añadia que como en un pais desconocido la calidad de los forasteros ordinariamente se mide por el gasto que hacen, y por el esplendor con que se portan, echábamos polvos á los ojos de todos con los galantes y magníficos festines que dábamos á las damas. Entre las que trataba encontré con una que verdaderamente me enamoró. Quise saber quien era, y hallé que se llamaba Doña Violante, muger de un caballero que cansado de sus caricias obsequiaba á una cortesana que se habia hecho dueña de su corazon. No necesité saber mas para determinarme á poner á Doña Violante en posesion de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la conquista que habia hecho. Comencé á obsequiarla siguiéndola á todas partes, y haciendo mil locuras para persuadirla que no aspiraba á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó la niña un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que no la desagradaba mi sana intencion. Recibí en fin un billete de ella en respuesta á muchos que yo la habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España y en Italia son tan á propósito para el desempeño de esta especie de comisiones. Decíame en el tal billete que su marido cenaba todas las noches en casa de su dama, y que hasta muy tarde no se restituia á la suya. Desde luego comprehendí lo que me queria decir en esto. Aquella misma noche fuí á hablar con Doña Violante por la reja, y tuve con ella una larga y muy fina conversacion. Quedámos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos habiamos de hablar en el propio sitio sin perjuicio de los demas pasos amorosos que se podian practicar entre dia.

Hasta entónces Don Baltasar (que así se llamaba el marido de mi princesa) podia darse por bien servido; pero yo queria amar físicamente, y una noche fuí al sitio consabido con ánimo de decir á la dama que ya no podia vivir si no lograba hablarla á solas en un lugar mas conveniente al exceso de mi amor, fineza que nunca habia podido conseguir. Pero apénas lle-

gué á ponerme cerca de la reja, quando ví venir á un hombre por la calle, el qual conocí que me observaba. Con efecto era el marido de Doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y viendo parado á un hombre baxo las rexas de ella comenzó él mismo á pasearse por la calle. Estuve dudoso por algun tiempo de lo que debia hacer, pero al fin me determiné abordar á Don Baltasar sin que yo le conociese, ni él me conociese á mí: caballero, le dixe, suplico á Vmd. que por esta noche me dexe libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á Vmd. Señor, me respondió él, la misma súplica iba yo á hacer á Vmd. Yo cortejo á una señorita que vive veinte pasos de aquí, á quien un hermano suyo hace guardar vigilantísimamente, por lo que quisiera vér del todo desocupada la calle. Espere Vmd. repliqué yo, que ahora me ocurre un modo de que ambos quedémos servidos sin incomodarnos; porque la dama que yo cortejo vive en esta casa, mostrándole la propia suya. Vmd. puede divertirse en la otra miéntras yo me divierto en esta, y hacemos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido. Convengo en ello, repuso él: yo voy á ocupár mi sitio; Vmd. quédese en el suyo, y socorrámonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fue para observarme mejor, como lo permitia la poca obscuridad de la noche.

Acerquéme entónces sin recelo al balcon de

Vio-

Violante. No tardó ella en venir, y comenzámos á cuchuchear. No me olvidé de hacerla mil instancias para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistió un poco á mis ruegos para hacer mas estimable la gracia; pero despues echándome un papel que ya traia prevenido en el bolsillo : ahí va, me dixo, lo que deseas, y verás bien despachados tus ruegos. Al decir esto se retiró, por quanto se iba ya acercando la hora en que acostumbraba recogerse á casa su marido. Pero este que habia conocido muy bien ser su muger el ídolo á quien yo sacrificaba me salió al encuentro, y con fingido alborozo me preguntó : ¿y bien, caballero, está Vmd. contento de su buena fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondí : y á Vmd. ¿cómo le fué en la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable? Oh, nó, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi bella volvió de su casa de campo un dia ántes de lo que habiamos pensado, y este contratiempo aguó nuestro contento y cortó mis no mal fundadas esperanzas.

Hicímonos Don Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad, y para estrechar mas el lazo nos citamos para la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separámos se fué Don Baltasar derecho á su casa, donde no dió á su muger la mas mínima señal de las buenas noticias que tenia de ella, y el dia siguiente acudió á la plaza segun lo acordado. Un mo-

men-

mento despues llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hízome el artificioso Don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado, todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle contándole yo el modo con que me habia introducido al conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido. No contento con esto le mostré el papel que habia recibido, y aun le leí tambien su contexto, que era el siguiente: *mañana iré á ver á Doña Ines, ya sabeis donde vive. En casa de esta fiel amiga mia nos hablaremos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis.*

Ese es un papel, dixo Don Baltasar, que promete á Vmd. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Anticípole á Vmd. la enhorabuena de la dicha que le aguarda. No dexó de mostrarse un poco turbado miéntras hablaba de esta manera; pero fácilmente me deslumbró ocultando á mis ojos su turbacion y su embarazo. Estaba tan embebido de mis alegres esperanzas, que ni siquiera me acordaba de observar á mi confidente, aunque este se vió precisado á dexarme sin duda por temor de que no conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aven-

aventura. Ignoro lo que pasó entre los dos, solo sé que Don Baltasar vino á casa de Doña Ines á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa ántes que entrase en la sala. Luego que desaparecí se serenaron las dos mugeres, que se habian turbado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habian ocultado ó hecho escapadizo. Lo que dixo á Doña Ines y á su muger no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entre tanto, no acabando todavia de conocer que Don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fuí derecho á la plaza; donde habia dicho á Lamela que me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapillo, y con suerte ménos escasa que la mia. Miéntras le esperaba ví que se venia há cia mí mi alevoso confidente con una cara muy alegre y mucho desembarazo. Luego que me abordó me preguntó cómo me habia ido con mi ninfa en casa de Doña Ines. No sé qué demonio (le respondí) enemigo de mis gustos, me viene á echar un jarro de agua en todos ellos. Miéntras estaba á solas con ella instando y suplicando llamó á la puerta su maldito marido, á quien lleve Barrabas. Me fué preciso pensar en el modo de retirarme prontamente. Salí por una puerta excusada dando mil veces al diablo

blò al grandísimo impertinente que viene siempre á descomponer mis medidas. A la verdad lo siento (repuso Don Baltasar, alegrísimo en lo interior de verme tan desazonado). Este es un marido importuno, que no merece quartel. Oh! en quanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche pasará por las baquetas su honor. Su muger, al separarnos, me dixo que fuese adelante con mi empeño, y no abandonase la empresa por tan pocas cosas, que prosiguiese en visitar sus ventanas á la hora acóstumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no dexase de ir escoltado con dos ó tres camaradas para que qualquiera lance me hallase bien prevenido. ¡O qué prudente es esa dama! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros. ¡O querido amigo! (repliqué yo fuera de mí, de puro gozo y echándole los brazos al cuello) y de quántas finezas no os soy deudor! Aun haré mas por vos, repuso él. Yo conozco á un mozo que es un Alexandro, este será tambien de la partida, y con tal escolta podreis divertiros á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para explicar mi reconocimiento á los favores de aquel nuevo amigo, tan encantado me tenia su zelo. Acepté en fin el socorro que me ofrecia, y dándonos el santo para cerca del balcon de Violante á la entrada de la noche, nos separámos. Don Baltasar fue á

bus-

buscar á su cuñado, que era el Alexandro de quien me habia hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el qual aunque no ménos admirado que yo del ardor con que Don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red como yo habia caido, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sinceridad de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podia perdonar á unos hombres como nosotros. Quando me pareció que era hora de presentarme á las ventanas de Violante, Ambrosio y yo nos acercámos á ellas bien prevenidos de buenas armas. Hallámos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pié firme. Llegóse á mí Don Baltasar y me dixo: este es el caballero de cuyo valor hablámos esta mañana. Entre Vmd. en casa de su dama, y disfrute su dicha sin cuidado ni inquietud.

Acabados los reciprocos cumplimientos llamé á la puerta de mi ninfa. Vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala, donde Violante me esperaba. Miéntras la estaba saludando, los dos traidores que me habian seguido hasta dentro de la casa, habian entrado en ella tan atropelladamente, y habian cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se habia quedado en la calle. Descubriéronse, y ya podeis imaginar el apuro en que yo me veria. Era menester discurrir poco y obrar

mu-

mucho. Cargáronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, yo les correspondí con tal denuedo, que en pocos instantes les hice descubrir mucha tierra. Díles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido, y el cuñado viéndole fuera de combate tomó la puerta, que Violante y la dueña habian dexado abierta al escaparse miéntras nosotros reñiamos. Fuíle siguiendo hasta la calle, donde encontré á Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mugeres que vió iban huyendo, estaba pasmado sin saber á qué atribuir aquella fuga, ni el rumor que habia oido. Restituímonos á la posada, y recogiendo de priesa lo mejor que teniamos, montámos en nuestras mulas, y salimos de la Ciudad ántes que amaneciese.

Conocimos muy bien que el negocio era de peligrosas conseqüencias, y que se harian en Toledo tales pesquisas que seria imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Villarubia, apeándonos en un meson, donde poco despues entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorve. Cenámos todos juntos, y él nos contó el trágico suceso que la noche precedente habia acaecido al marido de Violante, mostrándose tan léjos de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. Señores, nos decia, el suceso le supe esta mañana quando iba á mon-

tar á caballo. Con que solo entendi que no se sabia donde habia ido á parar Doña Violante, se hacian grandes diligencias para encontrarla; y siendo el Corregidor pariente de Don Baltasar estaba resuelto á no perdonar á medio ni gasto alguno para descubrir los autores del homicidio.

Nada me espantaron las pesquisas del Corregidor de Toledo. Sin embargo tomé desde luego la resolucion de salir quanto ántes de Castilla la Nueva, considerando que si encontraba á Violante confesaria quanto habia pasado, y daria tales señas de mi persona que la Justicia despacharia luego varias gentes en seguimiento de ella. En virtud de estas razones determinámos desviarnos de todo camino real desde el dia siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien conocidas todas las sendas extraviadas por donde podíamos entrar con seguridad en Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca nos metimos en las montañas que están ántes de llegar á la Ciudad, y por senderos desconocidos al comun, pero muy practicados por mi conductor, llegamos á una gruta que tenia toda la apariencia de hermita. Con efecto era la misma donde ayer noche llegaron ustedes á pedirme que les recogiese.

Miéntras yo me estaba recreando con la vista de aquellos contornos que me representaban un pais deliciosísimo me dixo mi compañero: seis

años

años há que pasando yo por aquí me hospedó caritativamente en esta hermita un viejo y venerable hermitaño. Repartió conmigo los escasos víveres que tenia. Era un santo varon, y me dixo cosas tan santas y tan buenas que faltó poco para desprenderme del mundo. Acaso vivirá todavía, y quiero ver si es así. Diciendo esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la hermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome: apeaos, Don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy raro. Eché pié á tierra inmediatamente, y atando nuestras mulas á un arbol seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré y ví tendido en un pobre gergon á un viejo anacoreta pálido, consumido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y tan larga, que le llegaba hasta la cintura, cubriéndole todo el pecho; tenia las manos puestas en cruz, y en ellas un gran rosario. Al ruido que hicimos quando nos acercamos á él entreabrió los ojos, que la muerte habia comenzado ya á cerrar, y mirándonos con languidez un momento: *hermanos mios*, nos dixo con voz desmayada y confusa, *seais quienes fuereis, aprovechaos del espectáculo que se presenta á vuestros ojos. Quarenta años viví en el mundo, y sesenta en el desierto. ¡Ah, y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis deleytes, y qué corto el que consagré á la penitencia! ¡O gran Dios! Temo*

mo mucho que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para satisfacer los pecados del licenciado Don Juan de Solis.

Apénas dixo estas palabras quando espiró. Quedámos los dos atónitos á vista de su muerte. Semejantes objetos siempre hacen impresion hasta en los mas desalmados. Duró poco nuestra conmocion; porque olvidamos presto lo que acabábamos de oir, y comenzámos á hacer inventario de todo lo que habia en la hermita. No tardámos mucho tiempo en hacerle, puesto que todos los muebles consistian en lo que habeis visto en ella. No solo la tenia el hermano Juan poco alhajada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallámos se reducian á algunas pocas nueces medio podridas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que dificilmente podrian deshacer las despobladas encias del santo varon. Una cosa nos dió mas golpe, y no dexamos de extrañarla mucho. Hallámos un papel cerrado como una carta, que el difunto habia dexado sobre la mesa, en la qual encargaba á quien le leyese que llevase su rosario y sus sandalias al Obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con qué intencion habia podido aquella buena alma desear que se hiciese á su Obispo semejante regalo. Oliános un poco á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. ¿Pero quién sabe si solo fué un si es ó no es de tonte-

teria ? El hecho es que no nos atrevémos á decidir este punto.

Hablando de ello Lamela y yo le ocurrió á aquel un extraño pensamiento. Quedémonos, me dixo, en esta hermita : disfracémonos en hermitaños. Enterrémos al hermano Juan. Tú pasarás por él ; y yo con el nombre del hermano Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estarémos á cubierto de las pesquisas del Corregidor de Toledo, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasarémos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la Ciudad de Cuenca. Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de fantasía, y por hacer algun papel en una que se me figuraba como pieza de teatro. Abrimos, pues, una sepultura á treinta ó quarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella al hermano Juan despues de haberle despojado de su hábito, que consistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos tambien la barba para hacerme con ella á mí una postiza ; en fin, despues de los funerales tomamos posesion de la hermita.

Pasámoslo muy mal el primer dia, viéndonos precisados á mantenernos solamente con la triste provision que nos habia dexado el difunto ; pero el dia siguiente ántes de amanecer

sa-

salió Lamela á campaña con las dos mulas, que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que habia comprado. Traxo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo, y una barbilla roxa de crines, la que se supo acomodar con tal arte que parecia natural. No hay en el mundo mozo mas mañoso que él. Formó y texió tambien la barba del hermano Juan: ajustómela á la cara, y metióme en la cabeza un gran gorro de lana obscura, que contribuia mucho á cubrir el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro perfectísimo disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipage de manera que no podiamos mirarnos sin que nos retozase la risa, viéndonos en un trage que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sándalias, alhajas que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al Obispo de Cuenca.

Pasáronse tres dias de nuestro hermitañismo sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al quarto entraron en la gruta dos paisanos. Traian al difunto (creyendo que estuviese vivo y sano) pan, queso y piñones. Luego que los ví me eché sobre mi tarima, y me fué facil alucinarlos. Fuera de que ellos no podian distinguirme bien por la escasa luz de la hermita, procuré imitar lo mejor que pude

la

la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras habia oido; de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella supercheria. Solo mostraron alguna admiracion de hallarse en la gruta con otro hermitaño ademas del hermano Juan. Pero advirtiéndolo el socarron de Lamela, les dixo con cierro ayre hipocriton: no os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una hermita de Aragon, y la dexé por venir á hacer compañia al venerable hermano Juan para asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los inocentes labradores prorrumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el Cielo su heroica caridad, y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos grandes santos en su pais.

Habia comprado Lamela unas grandes alforjas de tela blanca, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la qüesta en la Ciudad de Cuenca, que solo dista una corta legua de la hermita. Como la naturaleza le habia dotado de un exterior devoto y compungido con una voz semiatiplada y pegajosa, y que ademas de eso posee en supremo grado el arte de hacer valer estas prendas naturales, no es ponderable la facilidad con que movia el corazon de las personas caritativas á darle limosna. En poco tiempo le llenaron las alforjas los efectos de su piadosa libe-

beralidad: Amigo, Ambrosio, le dixe quando volvió á la hermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer los corazones christianos. Vive Dios que parece has exercitado por muchos años el oficio de demandante. Algo mas he hecho, me respondió él, que proveer decentemente mis alforjas. Sabe que he topado con cierta ninfa llamada Bárbara, que fué algo mia en otro tiempo. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican al mundo en público, y hacen una vida muy diferente en particular. Al principio no me conoció, tanto, que me ví obligado á decirla: ¿cómo así, señora Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos y vuestro humilde servidor Ambrosio? Por vida mia, señor Lamela, respondió Bárbara, que jamas podia soñar el veros vestido con ese trage. ¿Por qué diablos de aventura has venido á parar en hermitaño? Eso es cosa larga, la respondí, y ahora no puedo detenerme á contartela. Mañana á la noche volveré, y satisfaré tu curiosidad. Tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿Qué hermano Juan? replicó ella: ¿aquél viejo y buen hermitaño que vive en una hermita cerca de esta Ciudad? No pienses en eso, respondí. Es verdad que en otro tiempo tuvo muchos años; pero de pocos dias á esta parte ha remozado tanto que no soy yo mas mozo que él. Pues bien, respondió Bárbara, siendo eso así, que ven-

venga contigo. Sin duda que en esto se oculta algun misterio.

No dexâmos el dia siguiente de ir á casa de aquellas embusteras luego que la noche nos lo permitió. Ellas nos tenian prevenida una gran cena. Inmediatamente que entrámos en su casa nos quitámos las barbas postizas, arrimámos el hábito heremítico, y nos presentámos tales quales éramos. Ellas por su parte, por no parecer ménos francas que nosotros, se descubrieron tambien ni mas ni ménos como eran, haciéndonos ver todo lo de que son capaces las falsas devotas quando arriman á un lado las gazmoñerias de la aparente devocion. Pasámos casi toda la noche en la mesa, y no nos retirámos á nuestra gruta hasta poco ántes de amanecer. Volvimos presto á repetir la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastámos con estas ninfas mas de las dos partes de nuestro caudal. Pero cierto zeloso lo ha descubierto todo dando parte á la Justicia, la qual debia hoy venir á la hermita para apoderarse de nuestras personas. Ayer miéntras Ambrosio iba continuando su qüesta por la Ciudad una de las beatas le puso en la mano un billete, diciéndole: una amiga mia me entregó esta carta que iba ahora á buscar á un hombre para enviarsela á Vmd. Muéstresela al hermano Juan, y tomen los dos sus medidas en informándose de su contenido. Este es aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia; y el que me

obligó á abandonar tan precipitadamente mi solitaria habitacion.

CAPITULO IX.

Del consejo que tuvieron Don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.

Quando acabó Don Rafael de contar su historia, que á todos pareció demasiado larga, Don Alonso le dixo (por cortesia) que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplimiento tomó la palabra el señor Lamela, y volviéndose á su compañero le dixo : Don Rafael, el sol está ya para ponerse, pareciame razon que deliberásemos sobre el partido que debemos tomar. Dices bien, le respondió Rafael : es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongámos en camino, y procurémos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el Reyno de Valencia, donde pondremos en movimiento los resortes de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé qué presagios de que darémos golpes magistrales. Don Rafael, que tenia gran fe en sus presentimientos sobre estos asuntos, reputándolos infalibles accedió luego á su opinon. Don Alonso y yo, como nos habiamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, es-

pe-

Tom. II fol. 254.



peramos sin hablar palabra la resulta de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Comimos un bocado, y despues cargámos el caballo con un pellejo de vino y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teniamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque; pero aun no habiamos andado cien pasos quando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho que pensar. ¿Qué significa aquella luz? preguntó Don Rafael. ¿No sean quizá los corchetes de Cuenca despachados en seguimiento nuestro que sintiéndonos en este bosque nos vengan á buscar en él? No lo creo, dixo Ambrosio; ántes bien serán algunos viajantes que cogiéndoles la noche se habrán refugiado aquí hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero ir á reconocerlos, yo, miéntras tanto quédense los tres en este puesto, que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fué acercándo á paso de lobo hácia donde se dexaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las hojas, los ramos y matorrales que le impedian el paso, y al mismo tiempo iba mirando y observando hácia todas partes con toda la atencion que á su parecer merecia la cosa. Vió sentados sobre la yerva, al rededor de una candela colocada sobre un montoncito de tierra, á quatro hombres, que acababan de comer una em-

empanada y de agotar un barril de vino que iban pasando de mano en mano. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados á un árbol, y un poco mas léjos un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los quatro hombres que estaban sentados eran ladrones, y por la conversacion que los oyó acabó de conocer que no habia sido temeraria su sospecha. Disputaban los quatro salteadores sobre quien habia de poseer la dama que les habia caido entre las manos, y trataban de sortearla. Instruido plenamente Lamela volvió donde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que habia visto y oido.

Señores, dixo entónces Don Alfonso, la muger y hombre que tienen atados á un arbol los ladrones quizá serán una dama y un caballero de mucha distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctima á la barbarie y á la lasciva brutalidad de unos infames asasinos? Creedme, señores, echémonos sobre esta vil canalla, y mueran todos á nuestras manos. Consintió Don Rafael, diciendo: yo estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, cuyas conseqüencias no podian ménos de ser muy ventajosas para todos, y añadió: atrévome á decir que en esta ocasion el peligro no me atemoriza, y que ningun caballero andante empren-

prendió jamás con mayor gusto ni valor hazaña alguna peligrosa en servicio de su dama. Pero si las cosas se han de vender por su justo precio, y si no se ha de hacer traicion á la verdad, el hecho es que el peligro no era grande, porque habiendonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, nos era fácil executar nuestra resolucion á mano salva. Atamos, pues, á un arbol nuestro caballo, y nos fuimos acercando sordamente y á paso lento á los ladrones. Acalorados estos con el vino hablaban todos á un tiempo con voces desentonadas, rumor confuso que favorecia mucho al golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes que nos descubriesen, y disparándolas en un mismo punto todos quatro, apuntando cada uno al suyo quasi á boca de jarro, todos quatro ladrones cayeron tendidos en el suelo.

Agitado el viento con los tiros apagó la luz, y nos quedamos en una tenebrosa obscuridad. Sin embargo de eso acudimos inmediatamente donde estaban atados el hombre y la muger: desatámoslos prontamente, pero estaban tan preocupados del terror que no tuvieron espíritu ni voz para darnos las gracias por el bien que los haciamos. Verdad es que aun ignoraban si nos debian mirar como á bienhechores ó como á nuevos enemigos que los habian librado de los otros, quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procuramos aquietarlos quanto ántes, asegurándolos

que

que los ibamos á conducir á una venta, que segun decia Ambrosio, no distaba mas que media legua de allí, donde podrian recobrarse del susto, descansar lo que les pareciese, y seguir despues libremente su camino. Despues de esta seguridad, que los consoló y los confortó grandemente, los metímos en su coche y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron á visitar las faldriqueras de los vencidos. Volvimos despues á desatar y traer con nosotros el caballo de Don Alfonso, y nos apoderamos tambien de los de los ladrones que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos y llevados otros del diestro seguimos al hermano Antonio, que habia montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el señor Lamela nos habia dicho que distaba del bosque no mas que una media legua.

Llamamos á la puerta con gran fuerza dando terribles golpes, porque toda la gente de casa estaba profundamente dormida. Levantáronse y vistiéronse de priesa el ventero y la ventera, que no mostraron el mas mínimo enfado porque los hubiesen despertado á lo mejor del sueño, quando vieron un equipage que prometia hacer mucho mas gasto del que efectivamente hizo. En un momento se encendieron luces por toda la venta, D. Alfonso y el ilustre hijo de Lu-

cia

cinda dieron el brazo á la dama y al caballero para ayudarlos á baxar del coche, sirviéndoles como de gentil hombres hasta el quarto donde los conduxo el ventero. Allí se hicieron mil cumplimientos recíprocos, y quedamos verdaderamente admirados quando llegamos á entender que los personages que habiamos librado eran no ménos que el mismo Conde de Polan y su hija Serafina. ¿ Pero quién podrá describir el asombro de esta dama y de Don Alfonso quando recíprocamente se reconocieron los dos? El Conde no atendió á este pasage porque estaba distraído. Púsose á contar muy por menor el modo con que habian sido atacados por los ladrones y caido al fin en sus manos despues de haber muerto al cochero, á un page y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que estaba infinitamente obligado á todos nosotros, y que si queriamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria tales pruebas de su reconocimiento que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó agradecido.

Ni á la hija de aquel señor se le olvidó darnos tambien mil gracias por la libertad que nos debia; y habiendo juzgado Don Rafael y yo que naturalmente gustaria Don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella jóven viuda, lo dispusimos prontamente divirtiendo y entreteniendo al Conde de Polan. Bella Serafina, dixo á la dama el Don Alfonso en voz muy baxa, ya no me quejaré

de

de mi desgraciada suerte que me obliga á vivir como un vandido desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir en parte al importante servicio que se os ha hecho. Ah! respondió ella suspirando, ¿sois vos el que me habeis salvado el honor y la vida? ¿Sois vos á quien mi padre y yo debemos tanta obligacion? ¡Ah Don Alfonso! ¿por qué fuisteis vos quien dió muerte á mi hermano? No dixo mas, pero dixo lo bastante, y lo dixo en un tono mas que suficiente para que él conociese que si Don Alfonso amaba perdidamente á Serafina, no amaba ménos ciegamente Serafina á Don Alfonso.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros desde que se separaron del Conde de Polan. Del importante proyecto que formó Ambrosio, y de qué manera se executó.

Despues de haber empleado el Conde de Polan la mitad de la noche en darnos las gracias y en protestarnos que podiamos estar seguros de su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de qué modo caminaria con seguridad á Turis, á donde tenia ánimo de ir. Dexámos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salimos de la venta siguiendo el camino que á Lamela se le antojó escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció cerca de Campillo. Ganamos prontamente las montañas que hay entre aquel Lugar y Requena. Descansamos aquel dia, y le pasamos en contar nuestro caudal, que considerablemente se habia aumentado con el dinero que habiamos cogido á los ladrones, en cuyas faldriqueras se encontraron mas de trecientos doblones. A la en-

trada de la noche nos volvimos á poner en camino, y el dia siguiente al amanecer entramos en el Reyno de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos. Emboscámonos en él, y llegamos á un sitio por donde corria un arroyuelo de agua cristalina que lentamente se deslizaba hasta embocarse en las aguas del Guadalaviar. La apacible, y deliciosa sombra con que nos brindaban los árboles y la abundante yerva que el campo ofrecia para los caballos bastarian para determinarnos á hacer alto en aquel ameno campo aun quando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos, pues, y nos dispusimos á pasar allí aquel dia alegremente; pero quando quisímos almorzar nos hallamos con las alforjas mal provistas. Comenzaba á faltarnos el pan, y la bota estaba poco ménos que agonizando. Señores, dixo entónces Ambrosio, sin Ceres y sin Baco no me agrada el sitio mas delicioso. Es menester renovar nuestras provisiones, y yo parto á Xelva á este fin. Xelva es un bello Lugar, distante de aquí solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viage. Dixo, cargó en el caballo el botarron y las alforjas, montó y partió del bosque á tan buen paso, que nos prometímos seria muy pronta la vuelta.

Sin embargo no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del medio dia, y aun se acercaba ya la noche á encapotar los árboles con su obscuro y negro manto, quando

vi-

vimos já nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto por las muchas cosas de que venia proveido. No solo traia el botarron lleno de excelente vino, y las alforjas atestadas de viandas asadas y cocidas, sino que reparamos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dixo sonriéndose: yo se la doy á Don Rafael, y á todos los mas diestros adivinos del mundo, á que no adivinan por qué ni para qué compré todo este fardo de ropa. Diciendo esto le desató él mismo con sus manos, y lo deshizo para que viéramos por menor lo que encerraba aquel especie de fardo. Mostrónos un manteo negro, y una sotana del mismo color, que completaban un hábito largo; dos chupas, y dos calzones de paño negro; un tintero de cuerno, compuesto de dos piezas ligadas con un cordon; una de las quales era en forma de caña, hueca por adentro, y servia para meter las plumas; una mano de papel fino; un gran sello, y un candado, juntamente con una barreta de lacre ó cera verde. ¡Vive Dios! exclamó zumbándose D. Rafael luego que vió todas aquellas baratijas: vive Dios que el señor Ambrosio ha empleado bien el dinero. ¿Qué diablos piensas hacer de todos esos cachivaches? Un uso admirable, respondió Lamela. Todos esos géneros solo me han costado diez doblones, y estoy persuadido á que nos han de valer mas de quinientos. Con-

tad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de cosas inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas voy á daros parte de un proyecto que me está baylando en la cabeza. Oid y juzgad.

Despues de haber hecho provision de pan me entré en una pasteleria, y ordené que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, con igual número de gazapos. Miéntras todo esto se estaba cocinando entró en la pasteleria un hombre muy colérico quejándose agriamente de la injuria que le habia hecho un mercader del Lugar, y dixo al pastelero: Por Santiago Apostol que Samuel Simon es el mercader mas vil que hay en toda la Villa de Xelva. Acaba de afrentarme en su tienda públicamente. No me quiso fiar el grandísimo ladron seis varas de paño pardo, sabiendo muy bien que soy un oficial honrado, y que á ninguno he quedado jamas á deber un ochavo. ¿No os admirais de tal bestia? El fia sin reparo á los caballeros quando sabe por experiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un maravedí, y no quiere fiar á un vecino honrado que está seguro de que le ha de pagar hasta el último cornado. ¡Qué mania! ¡maldito Judio! ¡con qué gusto te veria yo quemado! Puede ser que se me cumpla algun dia, y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Estaba oyendo yo con la mayor atencion á aquel pobre oficial, el qual dixo otras muchas cosas del susodicho Samuel, y de repente sentí

no

no sé qué interno prenuncio de que yo mismo había de vengarle, haciendo una pesada burla al señor Samuel Simon. Amigo, pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente, ¿no me direis de qué genio es ese mercader? Del peor que se puede imaginar, me respondió broncamente. Es un desenfrenado usurero, remedando toda la apariencia de hombre concienzudo y virtuoso. Es un Judio que por interes se hizo Católico; pero su alma es tan Judia como la del mismo Caifás.

No perdí una sílaba de todo lo que dixo el irritado menestral; y luego que salí de la pastelería procuré informarme de la casa de Samuel Simon. Enseñómela un hombre. Párome á ver su tienda, exâmínola toda, y de repente se me viene á la imaginacion un enredo que digerí con presteza, pareciéndome digno de un humilde criado y compañero del señor Gil Blas de Santillana. Voyme derecho á una ropería, y compré los hábitos que veis, uno para el que ha de hacer papel de Comisario del Santo Oficio, otro para el que ha de representar el de Secretário, y el tercero para el que ha de hacer de alguacil. Esta fue la causa de mi tardanza.

¡Ah querido Ambrosio, interrumpió Don Rafael arrebatado de gozo, y qué admirable idea! ¡qué plan tan asombroso! Envidio tan delicadísima invencion. Daria yo los mayores enredos de mi vida porque se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Amigo Lamela, prosiguió, pene-

tro

tro todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en la felicidad de la execucion. Solo necesitas de buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imaginada; pero estos actores los tienes á mano. Tú, con tu cara de plañidera, devota y compungida, harás el de Comisario del Santo Oficio, yo el de Secretario, y el señor Gil Blas, si se dignare, hará el de alguacil. Ya están los papeles distribuidos; mañana representarémos la comedia, y yo respondo del suceso, á ménos que lo eche á perder todo alguno de aquellos accidentes imprevistos que importunamente suelen venir á dar en tierra con los planes mas sabia y maduramente concertados.

Yo, por lo que á mí toca, solo concebí en confuso el proyecto que Don Rafael alabó tanto; pero durante la comida me le explicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Despues que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho al botarron copiosas sangrías, nos tendimos á dormir sobre la yerba. Tardamos poco en dormirnos; pero ápenas amaneció quando el señor Ambrosio comenzó á gritar: *alerta*, *alerta*; los que tienen entre manos grandes empresas que executar no han de ser dormilones ni perezosos. Maldito sea el señor Comisario, le dixo Don Rafael entre dispierto y dormido, y lo que su Señoría ha madrugado. En verdad que el Judiazo de Samuel Simon dará á todos los diablos tanta vigilancia. Conven-

go en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas que esta noche soñé que yo le estaba arrancando los pelos de la barba. ¿ Y este sueño, señor Secretario, no es de muy mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras chufletas, que se dixeron, nos pusimos todos de buen humor. Almorzamos alegremente, y nos dispusimos para representar nuestros personages. Ambrosio se echó acuestas las vayetas y el hábito largo, de manera que tenia toda la traza de un verdadero Comisario. Don Rafael y yo nos vestimos como pedia el papel que cada uno habia de representar, esto es, uno de Secretario, y otro de alguacil. Gastámos bastante tiempo en disfrazarnos y en instruirnos, tanto que eran ya mas de las dos de la tarde quando salimos del bosque para encaminarnos á Xelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba; ántes bien era del conjuro el no dexarnos vér en el Lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo caminá-bamos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas de la Villa, dando tiempo á que acabase enteramente la luz del dia.

Quando nos pareció tiempo dexamos nuestros caballos en aquel sitio á cargo de D. Alfonso, el qual estimó mucho que no le obligásemos á hacer otro papel en una burla tan pesada y de tan delicadas conseqüencias. Don Rafael, Ambrosio y yo nos fuimos derechos á la puerta de Samuel Simon. El mismo salió á abrirla, y quedó extrañamente sorprendido quando se vió en

su

su casa con aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho mas luego que Lamela (que llevaba la palabra) le dixo en tono y ayre imperioso: seor Samuel, de parte del Santo Oficio, cuyo indigno Comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entregueis la llave de vuestro gabinete y escritorio. Quiero ver en él si son verdaderas las delaciones y acusaciones que hay contra vos.

El mercader á quien habia desconcertado este discurso, dió dos pasos hácia tras como si alguno le hubiese empujado ó dado un golpe en la barriga. Léjos de sospechar en nosotros alguna burla ó supercheria creyó de buena fe que algun enemigo suyo le habia delatado al Santo Oficio. Tambien és muy posible que no reconociéndose él mismo por el mejor Católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna pesquisa ó secreta informacion. Sea lo que fuere nunca ví hombre mas perdido ni mas turbado. Obedeció sin resistencia, y con todo el respeto que corresponde á un hombre que venera y teme á la Inquisicion. El mismo nos abrió su gabinete; y al entrar le dixo Ambrosio: señor Samuel, á lo ménos recibid con sumision las órdenes del Santo Oficio; retiraos á otro quarto, y dexadnos hacer libremente lo que nos toca. No fué ménos obediente á esta segunda órden, que lo habia sido á la primera. Retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su gabinete, donde sin pérdida de

tiem-

Tom. II. fol. 269.



tiempo nos dimos priesa á buscar el dinero. Costónos poco trabajo y ménos tiempo el encontrarle. Estaba en un cofre medio abierto, donde habia mas del que podiamos llevar. Consistia en gran número de talegos, cada uno con su marca, y todo él era en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro; pero no todas las cosas han de salir á medida de nuestro paladar, tuvimos paciencia é hicimos virtud de la necesidad. Llenamos bien los volsillos, las faldriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello donde lo podiamos encajar sin que hácia fuera se conociese; de suerte todos ibamos cargados con un peso exôrbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer ni aun sospechar; gracias á la destreza de Ambrosio y de Don Rafael, que nos hicieron ver y palpar como no hay en el mundo cosa mejor que ser cada uno eminente en el arte que profesa.

Salímos del gabinete despues de haber hecho nuestro negocio, y por una razon que es fácil de adivinar, el señor Comisario sacó el candado que llevaba prevenido, y por su misma mano le echó á la puerta poniéndole su sello, y diciendo á Simon: Maestre Samuel, de parte de la Santa Inquisicion os pongo precepto de que no toqueis á este candado ni á este sello, que es el del Santo Oficio, el qual vos y todos deben respetar. Yo volveré mañana á esta misma hora á levantarle, y á daros mis órdenes,

Hecho esto mandó abrir la puerta de la calle, por la qual fuimos todos desfilando alegremente, y quando hubimos andado como unos cinqüenta pasos, comenzamos á caminar con tanta velocidad que apenas tocábamos con el pie en tierra sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la Villa, y montando en nuestros caballos tomamos el camino de Segorve dando gracias por tan feliz suceso al Dios Mercurio, patron de todos los robos.

CAPITULO II.

De la resolucion que tomaron Don Alfonso y Gil Blas despues de la aventura del capitulo precedente.

Caminamos toda la noche segun nuestra loable costumbre, y nos hallamos al amanecer á vista de una miserable Aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados nos desviamos con gusto del camino real para acercarnos á unos sauces que se descubrian como á unos mil y doscientos pasos de la Aldea, en la qual no nos pareció conveniente detenernos. Quando llegamos á los sauces vimos que hacian una apacible sombra, y que los bañaba el pie un claro y bullicioso arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolvimos pasar en él lo restante del dia. Quitamos los frenos á los

ca-

caballos para que pudiesen pacer, y nos tendimos sobre la verde yerva. Reposamos un poco, y despues acabamos de desembarazar las alforjas y el botarron. Luego que hubimos almorzado opíparamente nos pusimos á contar el dinero que habiamos robado al pobre Samuel Simon, y hallamos que montaba como á unos tres mil ducados; cantidad que añadida al caudal que ya teníamos, componia un capital no despreciable.

Como se habian acabado nuestras provisiones y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y Don Rafael, que ya se habian despojado de sus hábitos inquisitoriales, se ofrecieron á ir á buscarlas, diciéndonos que querian tomarse ese trabajo porque la aventura de Xelva los habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve para ver si se les presentaba ocasion de emprender otra nueva hazaña igual ó mayor que la precedente. Vosotros, dixo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, á donde presto volveremos á buscaros. Señor Don Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la vuelta de Vmds. sea como la vuelta del humo. Temo que si una vez se van, tarde nos juntarémos. Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor, y no merecíamos que nos hicieses tan poca merced. Es verdad que en parte te disculpo, y no me puedo quejar de la desconfianza que tienes de nosotros,

acor-

acordándote tambien de lo que hicimos en Valladolid quando abandonamos á los compañeros que teniamos en aquella Ciudad. Pero sábete que te engañas enormemente. Aquellos camaradas eran de un perverso caracter, y ya no podiamos aguantar mas su compañia. Es menester hacer esta justicia á los de nuestra profesion; que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interes dé ménos motivo á la division; mas quando no son conformes las inclinaciones puede alterarse la union como en el resto de todos los demas gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico á Vmd. y al señor Don Alfonso que nos hagan mas merced, y que tranquilicen su corazon en punto al deseo que Don Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

Es muy fácil, dixo entónces el hijo de Lucinda, librarle de toda inquietud en este punto. Basta para eso dexar dueños del caudal á estos señores. La mejor caucion de nuestra segura vuelta será que quede todo en sus manos. Ya vé Vmd. señor Gil Blas, que esto se llama no andarnos por las ramas, sino ir derechos al punto de la dificultad. Quedareis así resguardados sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fé, tendreis todavia dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto, respondí yo; y así podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con las al-

for-

Borjas y el botarron, dexándome á mí con Don Alfonso, el qual me dixo luego que se fueron: señor Gil Blas yo quiero abriros enteramente mi corazon. Confieso que me avergüenzo, y que á mí mismo me estoy continuamente acusando de la villana condescendencia que tuve en juntarme con estos bribones y en venir hasta aquí con ellos. No os puedo decir quantos millares de veces me he arrepentido de tan infame ruindad. Ayer noche miéntras me quedé solo guardando los caballos hice mil reflexiônes que me despedazaban el corazon. Consideré que era muy ageno de quien nació con honra y se crió con principios de una christiana educacion vivir con unos hombres tan malvados como Rafael y Lamela; que si por desgracia (como demasiadamente puede suceder) se descubriese algun dia una de estas maldades y cayésemos todos en manos de la Justicia me veria públicamente castigado, quizá con una muerte afrentosa y como un vil ladron. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estos funestos pensamientos, y así te confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de tan mala compañia, por no ser cómplice en los nuevos delitos que en adelante podrán hacer. Tengo por cierto (añadió) que no desaprobarás este pensamiento. Seguramente no, le respondí. Aunque Vmd. me vió ayer hacer èl papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes burlas

son de mi gusto, y mucho ménos las de aquella última especie, ántes bien me decia yo á mí mismo miéntras estaba representando el tal papel: á fé, señor Gil Blas, que si la Justicia viniera ahora á cogerle á Vmd. por la golilla, no lo habia de contar por gracia, y que sin duda le pagaría bien el salario que el señor alguacil tenia tan merecido. Así que, señor Don Alfonso, no estoy ménos fastidiado que Vmd. de tan honrada compañía, y de buena gana se la haré á Vmd., si es que me lo permite, á qualquiera parte que vaya. Quando vuelvan estos señores les suplicarémos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano ó desde esta misma noche nos despedirémos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dixo: pasarémos á Valencia, y nos embarcarémos para Italia, donde podrémos entrar al servicio de la República de Venecia. ¿No es mucho mejor seguir la noble y gloriosa carrera de las armas que continuar la ruin y arrastrada vida que traemos? En aquella podemos hacer buena figura con el dinero que nos ha tocado. No ya porque dexe de remorderme la conciencia de servirme de dinero tan mal adquirido; pero sobre que la necesidad me obliga á ello, juro de resarcir á Samuel Simon el daño que pude hacerle á la menor fortuna con que me favorezca la guerra. Aseguré á Don Alfonso que en las mismas disposiciones me

me hallaba yo, y quedamos de acuerdo en que el dia siguiente, al amanecer, nos separariamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, levantando el campo y llevándonos el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dexándonos dueños de él no permitió que ni aun siquiéra nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en Valladolid disculpaba este robo por derecho de represalia.

Hácia el fin de la tarde volvieron de Segorve Ambrosio y Don Rafael. La primera cosa que nos dixeron fué que habian hecho un viage muy feliz, y que dexaban echados los fundamentos de una aventura, que, segun todas las apariencias, sería sin comparacion de mucha mas ganancia que la del dia anterior. Comenzó á contarnos el plan el hijo de Lucinda; pero Don Alfonso le atajó, diciéndole que él estaba resuelto á separarse de la compañia; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolucion. Por mas que hicieron para persuadirnos que prosiguiésemos acompañándolos en sus expediciones, no les fué posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomamos el camino de Valencia.

CA-

CAPITULO III.

Como Don Alfonso se halla en el colmo de sus dichas; y la aventura por la qual se vé Gil Blas de repente en feliz situacion.

Camináamos felizmente hasta Buñol, donde por una desgracia fué preciso detenernos. Sintióse malo Don Alfonso. Asaltóle una ardiente calentura con crecimientos que me hizo temer por su vida. Por gran fortuna no habia Médico en el lugar, y salimos á buen précio de aquel susto, pués sólo nos costó el miedo. Al tercer dia se halló el enfermo enteramente limpio, á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido á lo que habia hecho por él, y como era recíproca la inclinacion del uno por el otro nos juramos una eterna amistad.

Proseguimos nuestro viage firmes siempre en la resolucion de embarcarnos para Italia á la primera ocasion que se ofreciera así que llegásemos á Valencia. Pero el Cielo dispuso las cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa casa de campo que estaba en el camino una multitud de gente que formaba un gran corro, y baylaban dentro de ella divirtiéndose alegremente. Acercámonos á ver la fiesta, y Don Alfonso que estaba muy ageno de hallar el objeto que se le presentó, se sor-

pren-

prendió extrañamente al descubrir entre los concurrentes al Baron de Steinbach. Este, que tambien reconoció por su parte á Don Alfonso, corrió luego hácia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo exclamó: ¡Ah, querido Don Alfonso! ¡Vos aquí! ¿Es posible que lo creá? ¡Por toda España se os andaba buscando, y ahora una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos!

Apeóse prontamente del caballo mi compañero, y partió precipitado á dar mil abrazos al Baron, cuya alegria me pareció excesiva. Ven, hijo mio, le dixo el buen viejo: presto sabrás quien eres y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le introduxo en la sala, donde yo tambien entré con ellos, porque me habia apeado; y até á un árbol los caballos miéntras ellos se abrazaban. El primero que encontrámos fué el dueño de la misma quinta. Era un hombre como de cinqüenta años, y de bellísima traza: señor, le dixo el Baron de Steinbach, aquí teneis á vuestro hijo. A estas palabras, Don César de Leyva, que así se llamaba aquel señor, echó los brazos al cuello de Don Alfonso, y le dixo llorando de gozo: reconoce, hijo mio, al padre que te dió el sér. Si te he dexado ignorar por tan largo tiempo tu verdadero estado cree que ha sido á costa de una cruel violencia. Mil veces he suspirado de dolor, mas no podia hacer otra cosa. Caséme con tu madre solo por amor, era de nacimien-

to muy inferior al mio: vivia yo baxo la autoridad de un padre duro é impetuoso, fuéme preciso tener secreto un matrimonio contrahido sin su consentimiento. Valíme de mi amigo el Baron de Steinbach, único dueño de mi confianza, quien de acuerdo conmigo te crió. En fin ya no vive mi padre, y puedo declarar al mundo que tú eres mi único heredero. Aun no lo he dicho todo: pienso casarte con una dama, cuya nobleza es igual á la mia. Señor, le interrumpió Don Alfonso, suplicoos que no me hagais pagar tan cara la dicha que me acabais de anunciar. ¿Será posible que la primera noticia del honor que tengo de ser hijo vuestro ha de venir acompañada con otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ¡ Ah, señor! No querais vos ser mas cruel conmigo que lo fué vuestro padre con vos. Si este no aprobó vuestros amores, á lo ménos tampoco os obligó á tomar muger. Hijo mio, respondió Don César, ni yo pretendo tampoco tiranizar tu inclinacion ni tus deseos. Solo quiero tengas la complacencia de ver á la esposa que te tenia destinada ántes de resolverte á tomar otro partido. Es hermosa; pero no por eso te haré violencia. No está léjos: hállase actualmente en esta misma casa. Sigueme, y si no te agradare, te doy palabra de no obligarte á que te cases con ella. Diciendo esto tomó de la mano á Don Alfonso y le conduxo á un magnífico quarto, permitiéndonos al Baron de Steinbach

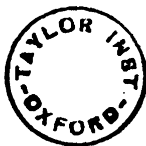
y á mí que los fuésemos siguiendo.

Estaban en él el Conde de Polan con sus dos hijas Serafina, Julia, y Don Fernando de Leiva su yerno, el qual era sobrino de Don César. Acompañábanlos otras muchas damas y caballeros. Don Fernando (como ya se ha dicho) habia sacado á Julia de su casa, habíanse casado, y con motivo de esta boda habian concurrido á festejarla los aldeanos de los contornos. Luego que se dexó ver Don Alfonso, y que su padre le presentó á toda la compañia, se levantó el Conde de Polan y corrió exhâlado á abrazarle, diciendo á gritos: sea bien venido mi libertador. Don Alfonso (prosiguió el Conde) reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la del padre. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina; cuyo honor salvaste tambien. Este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor y tu generosidad. El hijo de Don César correspondió con las mas vivas expresiones de reconocimiento al cumplido que le hacia el Conde de Polan, no siendo fácil discernir qual de los dos afectos competian la preferencia en su agitado corazon, ó el gozo de haber descubierto su distinguido nacimiento, ó la dicha tan cercana de lograr por esposa á su idolatrada Serafina. Con efecto pocos dias despues se celebró este matrimonio con el mayor gusto

y aplauso de los contrayentes y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que concurrieron á libertar al Conde de Polan, este me conoció, y me dixo que corria de su cuenta mi fortuna. Yo le dí muchas gracias por su generosidad, pero le respondí que no aspiraba á otra que á la de servir á Don Alfonso, el qual me declaró mayordomo de su casa, honrándome despues con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho al pobre Samuel Simon, me despachó á restituirle todo el dinero que le habiámos robado; esto es, á hacer una restitucion lo qual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia de acabar.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.



INDICE DE LOS CAPITULOS contenidos en este segundo tomo.

LIBRO QUARTO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.



